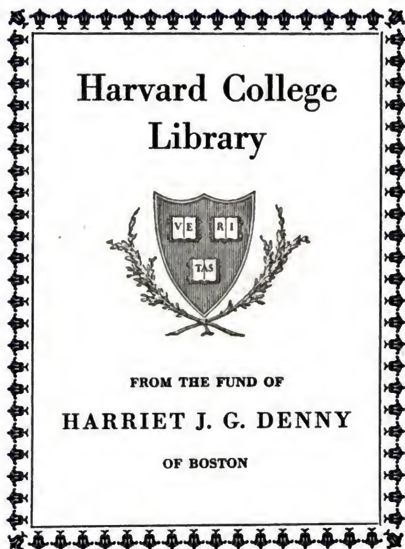

Harvard College
Library
VE RI
TAS
FROM THE FUND OF
HARRIET J. G. DENNY
OF BOSTON

MANUEL M. DE SANTA ANA.

CUENTOS

Y

ROMANCES ANDALUCES.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.—1869.

IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA,
Calle del Rubio, número 21.

CUENTOS Y ROMANCES ANDALUCES.

1869

[Cover]

CUENTOS

Y

ROMANCES ANDALUCES,

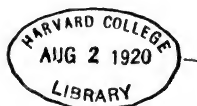
CUADROS Y RASGOS MERIDIONALES,

POR

MANUEL MARIA DE SANTA ANA.

1844.---1869.

MADRID.
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.
Calle del Rubio, núm. 23.



AL LECTOR.

1844--1869.

Las dos fechas colocadas al frente de estas líneas, dicen el largo espacio de tiempo, durante el cual he distraido mis ócios, ó mis disgustos, con la composicion de los *Cuentos* y *Romances* que hoy entrego á la murmuracion pública.

¿Podria ó deberia haber dejado dormir á unos y otros en el fondo de mi pupitre?... Quizás. Pero esto habria sido despreciar el consuelo que la Providencia me ofrecia en bien tristes momentos. Víctima, á principios de 1869, de una dolencia que me ataba á un sillon, pero que me dejaba libres todas las facultades del alma; ataraceado mi cuerpo por los dolores, y sintiendo, mas que los dolores mismos, la inaccion y la tristeza á que me condenaban, recordé que en 1844 habia yo escrito y publicado un tomo de *Romances*, que era ya difícil encontrar en las librerías: y me propuse hacer de él una nueva edicion; y, no se rian mis lectores, hallé alivio desde aquel punto, ante la idea y la esperanza de abandonar un momento la política, en la que soy un verdadero héroe por fuerza, para encontrarme, con la imaginacion al menos, en medio de los sitios, de los hombres y de las cosas que tan feliz me hacian, cuando por carecer de fortuna me podia creer el mundo, desgraciado.

Busqué, pues, mi obra de 1844, pero mi desengaño no pudo ser mas amargo. Mi obra de 1844 habia sido escrita en circunstancias especiales. Un amigo, del que conservaré perpétua y agradecida memoria, quiso favorecerme decorosamente, y tomó á su cargo el publicar los roman-

ces que alguna vez yo habia compuesto para distraerle, porque él, aunque rico, no era feliz; se comprometió á pagar la obra y á sostener durante el tiempo de la publicacion al autor; y yo, que tenia mas necesidades que romances, me puse á escribir... á escribir... á escribir; y el resultado fué que escribí mucho; mucho que la indulgencia ó el mal gusto literario de mis contemporáneos ha reproducido cien veces en otras obras; pero mucho malo é indigno de conservarse; por lo que ví que de mi obra de 1844 solo podia utilizar los romances escritos antes de empezar su publicacion. Quise entonces espurgar mi obra de 1844 y sustituir una parte de su contenido con lo que la necesidad, mi buen humor ó el deseo de complacer á mis amigos, me habia hecho escribir algunos años despues. Mis apuntes, aunque numerosos, no podian serme mas útiles sin embargo. Las lagunas que encontraba me dejaban sin conocer ni poder adivinar mi propio pensamiento. Los cuentos que tenia escritos revelaban por su pensamiento capital, y á veces por su forma, que no habian sido compuestos para ser publicados. Se conocia que habian tenido su orígen en alguna de aquellas inolvidables comidas que en 1844 y 1845 nos veian reunidos, amigos y satisfechos de nuestra pobreza, á una docena de hombres jóvenes, de los cuales casi todos han llegado á ser la gloria del país; pero no por esto mas dichosos; y eran mas para contados que para impresos. Mas no me desanimé por tantas dificultades.

Retirado el mes de febrero último á Sevilla; metido, por desgracias de familia, en el cuarto siempre triste de una fonda, que la soledad entristece los salones mas espléndidamente alhajados; paseando unas veces con el lapiz en la mano por las deliciosas y casi siempre desiertas márgenes del Guadalquivir, ó confundiéndome otras, liado en mi capa con los hombres del pueblo; identificándome con su lenguaje, sus ideas y hasta sus sentimientos; siendo en fin en 1869, si no el mismo, la sombra de lo que era en bien lejanos dias, abrí mi libro de 1844 y arranqué de él las dos terceras partes de su contenido; leí mis viejos apuntes, y rasgando mucha parte de ellos, encontré y separé algunos que creí dignos de conservarse, no por su escaso mérito literario, sino porque revelan costumbres que van desapareciendo y de las que en breve no ha de quedar memoria; arrojé al fuego, ó escondí en lo mas hondo de mi cartera, muchos de mis cuentos, pero completé

y modifiqué no pocos; y con estos y aquellos materiales formé el libro que ahora presento al público.

Una última lectura de sus páginas, hecha despues de impresas, y antes de ser escrito este prólogo, resucitó en mi ánimo la duda de si habria mejor acertado dando al fuego todos los rengloncitos que me he atrevido á llamar versos; pero lo confesaré sin rubor y hasta con orgullo; al leer mi nombre, despues de tan largo silencio, al frente de una obra literaria, siquiera sea esta de corto valor, me creo en el dichoso y nunca olvidado tiempo en que vivia entre versos y poetas; me parece que voy á encontrar á la vuelta de una calle á aquellos buenos y fieles amigos, de los que unos han bajado á la tumba, otros han sido arrebatados por el torbellino de la política, y otros arrojados á tierra estranjera; espero hallar en el paseo ó en el teatro á la mujer rubia ó morena que era mi angel inspirador, cuando no se encargaba de este papel mi sastre ó mi fondista; y hasta olvido, última de las felicidades posibles, la política, los partidos, los periódicos, y todo eso que ha podido traer cuatro cuartos á mi gabeta, pero llevándose en cambio, gracias á la política, que siempre he aborrecido, y á la que hoy mas que nunca quisiera ser estraño, la eterna sonrisa que se veia en mis labios, el cariño que buscaba en todos mis amigos, y la paz y la tranquilidad de mi alma.

DEDICATORIA.

Gachona del alma mia,
flor, en tina, que derramas,
fuego por tus negros ojos,
puñales por tus pestañas;
permite, que, de rodillas,
pues por su reina te aclaman
mis sentidos corporales,
y mis potencias del alma,
ponga el mal trazado libro
que tienes aquí, á tus plantas,
que pisar debieran flores
mas que estas *coplas* sin gracia.
Tales cuales son, no obstante,
quiero que á encontrarte vayan
ya que mis males me roban
de tus ojos la luz clara (1).
Ellas te dirán las veces
que al pintar yo una muchacha,
tan fresca como las rosas,
como un alfolí, salada;
de esas que van repitiendo
con el meneo de sus naguas,
«no quiero» á los corazones
que, al verlas pasar, las llaman;
pensaba yo en la real hembra,
de mi corazon el ama;
en la madre de mis hijos,
pedazos de mis entrañas;
y que al pintarlas con ojos
ardientes como dos áscuas,

---

(1) Esta dedicatoria ha sido escrita en Sevilla en febrero de 1869

pensaba solo en los tuyos,
que aun de lejos me achicharran.
Y esos mozos pendencieros,
y esas hembras resaladas,
y esos gitanos truhanes,
y esos frailes y beatas,
y cuantos salen á cuento,
de mis cuentos en la cháchara,
tambien te dirán que tuyas
son, si hay alguna, sus gracias,
pues para tí se escribieron;
para hacer menos pesadas
las horas que, de tí ausente,
lloré nuestra ausencia amarga.
Esclavos son que te envio,
tal vez con la lengua larga,
tal vez vistiendo colores
de los que á los ojos saltan;
mas no por esto les niegues,
si una sonrisa te arrancan,
un lugar, el mas humilde
dentro de tu pura alma.
Podrá ser que alguna vieja
murmuradora y beata,
de las que escupen el caldo
y se comen las tajadas,
me forme, gachona, un cargo,
porque permito que vaya
tu claro nombre cubriendo,
con su luz, tan negras páginas;
pero á esa yo por respuesta
daré, que á veces se engarzan
en plata pura y finísima,
las falsas piedras de Francia;
y que, en la ocasion presente,
son, para cubrir mis faltas,
las falsas piedras, mis versos;
tu nombre, la pura plata.

¡A LOS TOROS! (1)

Curra, la moza mas curra
de las mozas de mi tierra,
con mucha sal en la cara,
mucha gracia en las caderas,
mucha plata, y mucho rumbo
por sus muchísimas prendas;
un lunes, tarde de toros,
aguarda con impaciencia,
de veinte y cinco alfileres,
á su gachon, Juan Lanceta,
barbero de profesion,
junto al barrio de la Feria.
Viste Curra una basquiña
de alepin, angosta y negra,
y golpes lleva en los puños,
y en los hombros charreteras
de caireles, y en la falda
flecos de joyante seda:
una rosa y dos claveles
su cara trigueña besan,
y cruzan sus negros rizos
horquillas de cinco tercias.
Gargantilla de corales;
pendientes de claras piedras
de Francia; mantilla blanca,
caida hasta las caderas;
guante calado; abanico
de marfil; peina de teja;

(1) Este romance, dedicado en 1844 á mi querido amigo D. Tomás Rodriguez Rubí, vuelve á ser dedicado, con placer, al mismo en 1869. La política no ha logrado romper los lazos de mi amistad. (Nota del autor.)

medias de seda, y zapatos
verdes su adorno completan.
Ya el calesin se divisa,
ya las campanillas suenan,
y resuena el empedrado
bajo el peso de las ruedas.
Entre ladridos de perros,
y maldiciones de viejas,
y gritos de vendedores,
llega y pára la calesa;
sube Curra; en el pescante
el calesero se sienta;
tiende el látigo; el caballo
corre; cúbrense las rejas
de envidiosas, que murmuran
lo que hacer no pueden ellas,
y hácia la plaza de Toros,
caballo, gente y calesa,
van dando vuelcos, de modo,
que es milagro si no vuelcan.
Ni César ni Carlomagno
mas orgullosos se vieran,
de la púrpura vestidos,
sobre el trono de la tierra,
que, al lado de su gachona,
se columpia Juan Lanceta,
vestido á la jerezana,
sobre la humilde calesa,
con sombrerillo de alcuza,
inclinado hácia la oreja;
pañuelo y faja celestes;
calzon y chaqueta negra;
chaleco color de caña,
y blanco botin de suela.
Milagrosamente sana
llega al circo la pareja;
Juan salta, y recibe á Curra
en sus brazos; pagan; entran,

y en un andamio de sombra
próximo al toril, se sientan;
mas no sin grande trabajo,
porque es colosal empresa
poder meter los pedazos
de unas redondas caderas
entre otras dos, tan redondas
y tan duras como ellas,
cuando á la plaza de Toros,
próximo á empezar se llega.
—¡Hágase usté allá!
—No quiero.
—No apriete usted.
—¡Otro aprieta!
—Niña, ¿quiere hacerme el gusto
de apartar las faldas esas?
—No me da á mí la real gana.
—¡Pues habrá de ser!
—Mi reina,
si quiere usted estar ancha,
sálgase á la plazoleta.
—Lo que yo quiero es tener
donde sentarme.
—Á la empresa
va usted con el memorial.
—Yo me haré justicia seca:
concluye Curra; y tirándose
sobre los que están mas cerca,
y haciendo del cuerpo cuña,
en el andamio abre brecha,
y se sienta, como he dicho,
y á Juan pone entre sus piernas.
La corrida aun no ha empezado
y aun andan entre barreras
los vendedores gritando:
—¡Bocas de la Isla, frescas!
—¡Seis naranjas por dos cuartos!
—¡Avellanas como peras!

—¡Agua, el aguador! ya voy...
—¡Almendrados de canela!
—¡Chochos; garbanzos tostaos,
y cotufas de Valencia!
—¡El barquillero, barquillos!
—¡Suspiros y viscotelas!
Y si á estos gritos se añaden
las voces mil descompuestas
con que uno al chochero llama,
y otro al aguador vocea;
y otro insulta al que está lejos;
y otro empuja al que está cerca;
y otro pide que se quite
un señor las gafas negras,
y otro, en que se las ponga,
si se las quita, se empeña;
—y el inmenso abaniqueo
que en los andamios se observa;
—y los pañuelos atados,
llenos ó vacios, que vuelan
desde la plaza al tendido,
del balcon á la barrera,
con plata, para las compras,
con frutas, hechas las ventas,
—y un borracho que aquí empina;
y allí un gachon que requiebra;
—y en lo mas bajo una moza
que se hace miel y jalea;
—y mas allá otra muchacha,
mas roja que una cereza,
que, con la mantilla echada
hácia atrás, y de pié puesta,
á sus amigas que están
á doscientos pasos de ella,
las dice, á grito pelado,
que un chulo la dá jaqueca,
que el picador la hace gracia,
ó que el matador la encela;

—y en todas partes pañuelos
que dos mil manos menean;
dan á Juan, y dan á Curra,
una idea, aunque imperfecta,
de lo que son las *corridas*
antes de empezar la fiesta.
Hace la tropa el despejo;
y el presidente hace seña
de empezar; y un alguacil
sale á caballo á la escena,
con sombrero de tres picos
y antigua casaca negra:
pide la llave y la coje,
y le aplauden y celebran;
si no la hubiese cogido
naranjas sobre él llovieran.
Toma la llave el que abre
de los chiqueros la puerta.
Otra vez el presidente
mueve un pañuelo de seda,
y al redondel la cuadrilla
sale de plata cubierta;
delante los matadores,
el mas nuevo á la derecha,
detras los chulos, y luego
los picadores que cierran
la marcha, con las mulillas
que sobre su cuello ostentan,
banderolas de colores
y campanillas sin cuenta.
Suena el clarin: la divisa
ponen al toro, y la fiera
salta al circo rebrincando
porque el hierro le hormiguea.
Pónense los picadores
del toril á mano izquierda,
y el vicho arremete á ellos
y hace que la tierra muerdan.

Una vez huyen del toro
y oyen voces como estas:
—¡Pillo!
—¡Tunante!
—¡Arrastrao!
—¡Cabrito!
—¡Poca vergüenza!:
y otras que al toro se arroja,
y cae el picador y rueda;
—¡Jesús!
—¡La Virgen te asista!
por todas partes resuena.
Segunda vez el clarin
toca, y corre hácia la testa
del toro, con banderillas,
de chulos una pareja;
y un par *al cuarteo* le pone,
y otro *al paso* le encasqueta,
y otros *á topa carnero*,
al sesgo ó *de sobaquera*.
Toma el matador los trastos,
cuando el clarin vez tercera
toca, al pañuelo sumiso
que agita la presidencia;
y se vá sereno al vicho;
y le tiende la muleta;
y le pasa por encima
del pecho y de la cabeza;
y cuadrándose de frente,
y arreglando la cabeza
del animal y *liando*
el trapo en su misma jeta,
una estocada de á libra
á los rubios le endereza;
y el toro en pocos momentos
huye, pára, ruge, tiembla,
recula, la cerviz dobla
pierde pié, muerde la tierra.

A una fiera *de sentido*
sigue un vicho sin cabeza,
blando al palo, y que *se crece*
con el castigo, ó *se mengua*;
que á un chulo tira á los aires:
ó al que dan tan mala briega,
que sale la media luna
y el tendon le desjarreta.
Entre col y col, lechuga,
dice un refran, pero en fiestas
tales, entre toro y toro,
mas que lechugas, botellas.
Concluye, al fin la corrida,
y unos sus lances motejan,
y otros sus suertes alaban,
y otros maldicen las fieras:
y otros, como Juan y Curra,
tendidos en su calesa,
al son de las campanillas
el *Arenal* atraviesan,
de celos matando hombres,
de envidia matando hembras.

EL ALMACEN DE LOS GERÓNIMOS.

El prior de los Gerónimos,
que años hace que vivian
en el convento que aun vemos
del Bétis sobre la orilla,
empezó á escrupulizar
de las idas y venidas,
que á Sevilla y á la Algaba
los santos padres hacian.
—¿Padre prior?
—¿Qué se ofrece?
—Ir necesito á Sevilla.
—¿Para qué?
—Para comprar
calzoncillos y camisas.
—¿Padre prior?
—Hable, hermano.
—Á la Algaba ir me precisa.
—¿Para qué?
—Para que me pongan
sifon á la lavativa.
—Padre prior, necesito
ir á comprar manzanilla.
—Yo zapatos...
—Yo sombrero...
Hé aquí las frases contínuas
que entre el prior y sus frailes
sonaban mas que la epístola,
y lo que en graves escrúpulos
al padre prior metia.
Queriendo, pues, impedir
las entradas y salidas

de los frailes, y el pretesto
con que cada cual salia,
reunió el prior en la celda,
á la prioral mas contígua,
cuantos objetos pudieran
frailes querer en su vida.
Y así armado, cuando un monje
con las pretensiones iba
de salir, este diálogo
frecuentemente se oia:
—¿Padre prior?
—¿Qué me quiere
su paternidad?
—Las ligas
se me han roto.
—El almacen
fuertes las tiene y bonitas.
—Padre prior, un sombrero
me hace falta:
—No se aflija:
en el almacen lo hay.
—Padre, no tengo camisas.
—Al almacen.
—Por zapatos
tengo que ir.
—Con hebillas
se han traido al almacen.
Y el almacen impedia
salir á los buenos padres,
privados como se veian
del pretesto de hacer compras,
para obtener la salida.
Ufano estaba y contento
el prior de su inventiva,
y suponia que sus frailes
ya en salir no pensarian,
cuando penetró en la celda
prioral, con dulce sonrisa,

vista baja y paso corto,
un fraile de campanillas.
—¿Padre prior? dijo entrando.
—Padre, ¿qué á verme le obliga?
contestó el prior.
—Que es fuerza
que marche al punto á Sevilla.
—¿Tendrá su paternidad
que hacer compras? Cuanto pida
hallará en el almacen;
telas, frutas, libros, sillas...
—No, padre, repuso el monje
inclinando mas la vista
hácia el suelo... Es que me llama
de confesion una hija,
que es tambien algo parienta,
que me cose, y que me mima,
y á quien no puedo negar
los consejos que me pida.
—Es verdad, dijo el prior
conteniendo una sonrisa.
¿Parientas? ¡No se han traido
al almacen, y es desdicha,
porque en ese caso yo
tuviera allí tres familias!

UN CONTRABANDO.

I.

Con el chicote en la boca,
y el sombrero hácia la oreja,
y el trabuco sobre el brazo,
y el jaco bajo las piernas,
gusto, regusto y gustazo
de la gente de mi tierra,
iba Pedro de La-Cambra (1)
desde el Ronquillo á Gerena.
A su lado, y sobre un potro,
cabalga Pablo Centellas,
mozo de arrogante estampa,
gran corazon, buena rienda,
que no abandona á La-Cambra,
vengan riesgos cuantos quieran.
Platicando van de amores,
con la falsa indiferencia
del que arriesga en la partida
su vida, á mas de su hacienda,
cuando resuena un silbido,
y otro silbido contesta,
y otros silbidos se pierden
del monte en las anchas quiebras
—Mal me güele: dice Pedro,
y arrima al jaco la espuela,
saliendo á todo galope;
Pablo le sigue de cerca,
y en menos que canta un gallo,
ambos compadres se encuentran,

(1) Célebre contrabandista sevillano.

entre cien machos cargados
de vino, tabaco y sedas.
—Buenas noches, camaráas.
—Nuestramo téngalas güenas.
—¿Viene completo el ganao?
—Ojalá siempre anduviera
como ahora: porque disen,
que los chineles (1) gorpean
por aquesos andurriales,
y, si no miente Juan Lesnas,
naiya tiene que esta noche
jande la Mari-morena.
—¿Que si no miento? Tio Paco,
¿sabe usté que ya me apesta
tanta dua sobre dua?
Mariquita sea mi Pepa
si en llegando al Bajondillo,
y en dando un pienso á las bestias,
con la punta del cuchillo,
no le abro las tragaeras!...
—Chitito, y cá uno á su puesto.
—Sea, mi amo, lo que usté quiera.
Pero siempre que yo jablo
el señó Paco... por señas,
que me lo dijo Tomasa...
la nieta de aqueya agüela
que vive junto al mercao...
Vaya, mi amo, ¡y qué piernas
tiene la chica!... Me dijo,
que en casa de la estanquera,
la prenda de Anton Peroles,
aseguró el saca-muelas,
que esta noche toa la ronda
viene á dár sobre las bestias.
—Vengan si quieren: Perico
de La-Cambra nunca tiembla,

1) Alguaciles ó guardas.

y, si no busca enemigos,
el que lo busca lo encuentra.

II.

¿De quién son esos machos
con tanta sea?...
Son de Pero La-Cambra,
van á Gerena (1).

—¡Bien, saleroso!
—Que viva
la gente de nuestra tierra!...
—Venga otra copla.
—Otra copla.
—Pues vaya otra copla fuera.

¿De quién son esos machos
con tanto rumbo?...
Son de Pero La-Cambra,
van á Bormujos.

—Apanda, Pablo, la muy (2),
que en ley de Dios, ni en consensia
está el cáñamo pa hilao;
con que toma la elantera,
y al que te diga Jesú,
le hases la mano, y requiescan.
Tú, Juan Lesna, vé á la cola,
y usté, tio Paco, á la erecha,
que en la isquierda quea La-Cambra,
y el que aquí asome la jeta,
no hay mas remedio que unsiones;
habla mi charpa... y la entrega (3).

(1) Cancion popular andaluza.
(2) Apanda la muy: guarda la lengua.
(3) La entrega: suple, piel.

Dice Pedro, y sus palabras
antes que dichas son hechas:
cesa el cantar, y en silencio
sigue su marcha la recua.
—¡Alto allá! desde un repecho
grita una voz clara y hueca.
—¿Quién lo manda?
—Quien lo puede.
—Pues á lo claro: contesta
Pablo, montando el trabuco.
Y al través de la arboleda
se divisan diez ginetes.
—Y ¿no hay mas gente que esa?
Muchachos, vamos pa elante.
—¡Alto allá! con doble fuerza
manda el jefe del resguardo.
—Es que si ustedes se empeñan,
repone Pablo, á sus chanzas
responderá boca-negra (1).
Y en confuso remolino
se confunden y atropellan,
los hombres tras de las cargas,
tras de los hombres las bestias,
ancho círculo formando,
en que se vuelven trincheras
las cargas, mientras los hombres
disparan al través de ellas.
Y unos, temblando, descargan,
sin apuntar, la escopeta;
y otros, firmes y serenos,
apuntan, tiran y aciertan.
Acá los valientes votan,
allá los záfios blasfeman,
mientras acullá los tímidos
á mil santos se encomiendan.
Solo La-Cambra tranquilo,

(1) Bocanegra: así llaman al trabuco los contrabandistas.

en medio de tanta gresca,
despreciando el vivo fuego
de las enemigas fuerzas,
se dirige al comandante
de la partida y...
—Vergüensa,
le dice, debiera darte,
si tú vergüensa tuvieras,
de venir jasiendo el guapo,
con tanta la morisqueta;
porque el domingo pasao,
cuando te ví en la taberna,
no te diñé los parneses (1)
con que acalla mi pruensia,
la lengua del intendente
y del resguardo las lenguas.
Toma, tunante, y te aviso
que á la segunda, ten cuenta,
se encarga Pero La-Cambra
de hacerte entrá por verea.
Á las dos horas y cuarto
se almacenaba en Gerena,
limpia de polvo y de paja,
y en casa de la estanquera,
toda la hacienda de Pedro,
mientras del reino la hacienda,
gracias á sus servidores...
Pero aquí detente, lengua,
que en los tiempos que alcanzamos,
no faltará quien se ofenda.

(1) No te di el dinero.

ANDANA.

Poner un alcalde orden
quiso en mozas y en casadas,
y al cura pidió noticias,
de todas sobre las mañas.
En vano pretendió el cura
que de su empeño cejara.
—«Yo quiero saber *de todas*
cómo viven, cómo andan,
(dijo el alcalde): tan solo
podré yo así vigilarlas.»
Y el cura cedió, pensando
darle una leccion de marca.
—«Para esto, señor alcalde
(observó el cura) nos basta,
que usted se encuentre á mi lado
cuando las mujeres salgan
de misa mayor; entonces
si oye usted que digo: *andana*,
mire á la que por delante
de nuestras personas pasa,
y de esa tenga usted cuenta
para hacerla entrar en caja.»
Y cual lo propuso el cura
se hizo en la primera Pascua.
Estaban cura y alcalde
del templo á la misma entrada,
y en cuanto *andana* decia
el uno, el otro observaba
quién era la pecadora,
y con sonrisa villana,
—«Ya me lo tenia tragado»
el alcalde murmuraba.

Dos mujeres de la iglesia
salieron al fin tapadas;
mas no tanto que el alcalde
no las conociese á entrambas;
y al pasar por frente á ellos
repitió el padre de almas:
—Andana.
—¡Cómo! (El alcalde,
gritó con mortales ansias).
Que es mi mujer, señor cura.
—La verdad antes que nada.
Andana, señor alcalde.
—Señor cura, que es mi hermana.
—¿No queria saber *de todas*
la vida?...
—¡Es que esas que pasan
son mi hermana y mi mujer!
—Pues, andana, andana, andana.

LA NOCHE EN EL MELONAR.

—«Cármen: trinca la mantilla
y díñame la pañosa (1);
que andando se quita el frio,
y el cuerpo me pide broma.
—¿Y adónde, bueno?
—Meneate:
echa al campo la persona,
y cruza conmigo el puente,
y pon al Tardon la proa.
Allí, á un lado del camino,
hay, junto al rio, una choza,
de ramas verdes cubierta,
con esteras por alfombra,
donde vamos á tragarnos,
mano á mano, y boca á boca,
dos tajadas de melon
chorreando miel y gloria.
—Hágase tu voluntad.
—Pues, trotando y que arda Troya!»
Y al trote con su querido
llegó al melonar la moza.
. . . .
Era una noche de agosto.
El sol, que por quince horas
libre se habia desplomado
sobre la tierra gredosa,
envuelta en densos vapores

(1) La capa.

habia dejado la admósfera,
que, con trabajo, la brisa
despejaba juguetona.
Hondo silencio reinaba
en derredor; mas las ondas
del ancho rio parecian
traer apagadas notas
de las voces que se alzaban
en la orilla, no remota,
y opuesta, donde Sevilla
en lecho dormia de rosas.
Sin luz en la choza humilde,
sin luna en la rica bóveda,
solo una pálida estrella,
medio oculta entre las sombras,
solo una luz, que rielaba,
del Betis entre las olas,
ó que allá, lejos, lucia
vacilante, turbia y sola;
la oscuridad quebrantaba,
bulto daba á las personas
de Cármen y de su amante,
al pisar ambos la choza.
. . . .
—¡«Buenas noches, tio Carpanta!
—La Vírgen, Manuel, te oiga.
¿Qué es lo que te trae y te pide
el cuerpo?
—Que usted me coja
el mas dulce y el mas gordo
melon que á mano se ponga,
que con él quiero obsequiar
á esta prenda salerosa.
—Pues andandito: aquí tienes
lo que ni una emperaora
tendrá en su mesa, un melon,
que antes de abrirlo, miel brota.
—¡Buen peso tiene! Carmela:

alza la nagua, y coloca
sobre ese cacho de estera
los pedazos de tu popa;
que yo, arrebujo mi capa,
la tiro, y sin ceremonia,
sobre sus pliegues me tiendo
para tragar con pachorra.
Traiga ese melon y abrámosle.
Mi navaja con virola
abre, lo mismo una tripa
que un melon, si me acomoda.
Toma: ¿qué tal?
—Como azúcar.
Venga otra tajada.
—Y otra,
y que la miel te chorree
al pecho desde la boca.
¡Tio Carpanta, es cosa rica!...
Pero de dormir ya es hora
y si usted nos lo permite
haremos aquí la rosca.
—Como quieras: tu eres dueño
de la casa y la persona.
—Pues entonces, al avio...
Deja, Cármen, que te ponga
bajo tu rubia cabeza
la chaqueta que me sobra;
bajo tu cuerpo mi capa
y encima mi ropa toda.
Que tengas frio, imposible
me parece, mas no importa;
si calor te hiciera falta
yo lo presto, y por arrobas.
Y si echarte no te agrada
acércate mas, y dobla
sobre mi hombro tu cabeza,
y arrima el labio á mi boca.
. . . .»

A las seis de la mañana
si no han mentido las crónicas,
dejaron Manuel y Cármen
sueño, melonar y choza;
y, volviendo hácia Sevilla,
dicen que decia la tonta:
—Manuel, ¿cuándo volveremos,
que el melon me supo á gloria?

TODOS SARGENTOS.

Cuando llegó la noticia,
allá en los primeros años
de este siglo, que el francés,
salvando á Despeñaperros,
se dirigia, á marchas dobles,
hácia el sevillano suelo,
cuentan que acudió un gitano
á la junta de armamento,
y juró, que él solamente
bastaba para el empeño,
de acabar con los *soldados*
de todo el francés ejército.
Entre risas y entre bromas
se aceptó el ofrecimiento,
y el gitano salió al campo
de todas armas cubierto.
Mas en cuanto los franceses
se presentaron, ni el pelo
se volvió á ver del gitano,
hasta el dia en que partieron
—Camaráa (díjole entonces
un güason), ¿de qué agujero
sale usté? ¿Por qué, cobarde,
no cumplió su juramento?
—Porqué (respondió el gitano)
yo pensé que era el ejército
francés de *soldaos* rasos,
y ¡eran toititos *sargentos!*

LA CONFESION DEL GITANO.

Confesábase un gitano
en tiempo de la Cuaresma,
con un fraile que tenia
ancho el buche y manga estrecha.
Examinábale el padre
de los misterios que encierra
nuestra redencion humana,
segun las divinas letras;
y preguntó al penitente,
¿qué noticias tenia ciertas
sobre la muerte del Hijo?
Torció el gitano la geta;
miró al fraile de reojo,
y rascándose la oreja
dijo al fraile:—Yo no sé
nada de la muerte esa.
—¿Qué estas diciendo? ¿No sabes
que el padre envió á la tierra
al angel Gabriel?
—Ni jota.
—¿Y que una judia doncella
al Hijo dió en sus entrañas
forma humana?
—Ni una letra.
—¿Y que padeció?
—Tampoco.
—¿Y que lo mataron?
—Ea:
ni yo á ese Grabiel conozco,
ni trato yo con doncellas,
ni he visto ninguna riña,
ni me he metio en pendencias.

ni sé de ninguna muerte
del hijo ni de la agüela;
ni quiero ya confesarme,
ni me detengo en la iglesia

. . . .

Salió el gitano del templo,
y encontró casi á sus puertas
á otro gitano, y cogiéndole
con terror por la chaqueta:
—¿Compare, á donde va usté?
le preguntó con reserva.
—A confesarme.
—Compare,
vuelva usté y toque soleta,
que anda el fraile averiguando
quién diñó muerte violenta
á un chaval, que el tio Gabriel
debió traer de su tierra,
y que dicen que ha escondio,
no sé dónde una doncella,
de cuya vida y costumbres
no se sabe cosa cierta.
Conque, compadre, andandito,
sin que la crisma usté güelva,
y, antes que andar con justicia,
apande el mirlo (1) y nagencia.

(1) Calle la boca.

EL SERMON Á SANTA CLARA.

Predicaba un franciscano
un sermon á Santa Clara,
y no encontraba espresiones
con que ensalzar á la Santa.
—¿Dónde, decia, la pondré
que se halle bien colocada?
¿Dónde encontraré un lugar
digno de virtudes tantas?
¿La pondré sobre ese altar?
Nó, que vendrán las beatas,
y, á fuerza de besuqueos,
mancharán sus tocas blancas.
¿La pondré en esa cornisa?
Nó, que es fácil que se caiga,
y descalabre á un devoto,
en medio de sus plegarias.
¿La pondré sobre este templo?
¿La pondré sobre esas casas?
¿La pondré sobre esas calles?
¿La pondré sobre esas plazas?
¿La pondré?...
—No, padre mio:
(contestó un majo que estaba
de las preguntas cargado),
no la lleve usté y la traiga...
Pongala usté aquí, en mi sitio,
porque mi cuerpo se larga
como la Santa lo haria,
huyendo de tanta cháchara.

UN PASEO POR EL RIO.

Alzábase en otro tiempo,
al fin del popular barrio
de Triana, y á la orilla
del Guadalquivir cercano,
un monasterio de frailes
carmelitas, titulado
de los Remedios, muy célebre
por su huerta de naranjos.
Siempre tras de una ventana
cuadrada, de cuatro palmos,
mirábase á un gordo lego,
con hábito arremangado,
y dispuesto á despachar,
si se lo pedian, dos cuartos
de naranjas, que eran justas
seis, grandes como seis platos.
Lejos Sevilla, el convento
solo, y el camino malo,
cuantos darse pretendian
de naranjas un empacho,
antes que pasar el puente,
preferian tomar un barco
y hacer rumbo á los Remedios,
el ancho rio costeando.
Junto á la torre del Oro
se hallaban, para estos casos,
veinte barcos con sus toldos,
constantemente amarrados.
Y en uno de ellos, la tarde
de un dia de Santiago
del año de... (no me acuerdo
precisamente del año)

entré yo con cinco amigos
y seis muchachas de garbo,
para ir á comer naranjas,
por el rio paseando.
   Dos empuñaron los remos,
yo en la popa recostado
cogí el timon, y los otros
á cantar luego empezaron,
y á saltar como unos locos,
y á reir como unos sándios,
y á requebrar las muchachas,
y á pellizcarlas de paso.
   A fuerza de brazo y remo
en media hora llegamos
á los Remedios; en tierra
nos pusimos de dos saltos;
ocho cuartos de naranjas
nos dieron en un capacho;
y al barco todos volvimos,
y á comerlas empezamos.
   Miel las naranjas vertían
en que los dientes clavábamos;
y á cada bocado en ellas,
miel chorreaban los lábios.
   Mas eran mucho mas dulces
los apretones de manos,
las miradas, las sonrisas,
que cruzaban por los lábios
de las mozas retrecheras,
que, mal fijas en los bancos
de la barca, nos ceñian
la cintura con sus brazos,
temiendo caer al agua,
y sin piedad apretándonos,
á cada fuerte balance
que el remo imprimia en el barco.
   Naranja tras de naranja,
bocado tras de bocado,

antes que las ganas nuestras
las naranjas se acabaron;
y entonces, cuando ya el sol
rápidamente al Ocaso
caminaba, y se cubrian
de negro crespon los campos;
y rompian solo el silencio
los remos que, acompasados,
sobre las aguas caian,
y alzábanse chorreando;
entonces de una campana
se oyó el sonido lejano,
y, ante el *Toque de oraciones*,
nuestros gritos se apagaron,
suspendiéronse las bromas,
quietas quedaron las manos,
y alzando al cielo los ojos,
breves momentos rezamos,
—Santas y benditas noches
nos dé el Señor.
—¡Alabado
sea su nombre!
—Y que la Vírgen
nos lleve á la orilla en salvo.
Tras de estas salutaciones
luego á bogar comenzamos,
y hácia Sevilla volvimos
pausadamente remando;
cerca, muy cerca unos de otros;
bajo, muy bajito hablándonos;
y diciéndonos *jachares*
mas tiernos que un mantecado;
mas dulces que un caramelo;
mas olorosos que un nardo;
y mas fijos en mi alma
que el sol mismo en el espacio.

EL SECRETO.

Predicaba un capuchino
de la Pasion cierto dia,
y á gritos y á puñetazos
hacia temblar la capilla.
El auditorio aterrado
se alargaba ó se encogia
ante los puños del Padre
que, al gritar, sudaba tinta.
—Ya le prenden, ya le azotan;
ya le coronan de espinas;
ya le llevan al calvario;
ya van y lo crucifican:
gritaba el fraile; y el pueblo,
sollozando y de rodillas,
á cada grito del fraile
con sus ayes respondia.
Solo estaba frente al púlpito
un majo, con la sonrisa
en los labios, y que los hombros
de vez en cuando encogia,
como quien dice: ¿á mi qué?
Víolo el padre, montó en ira,
y al gran pedazo de bárbaro
estas palabras le endilga:
—¿Es posible, hombre protervo,
que tú únicamente rias,
cuando de Jesús la muerte
á todos llorar nos miras?
—Es que estoy en el secreto.
—¿En qué secreto? ¿Deliras?

—En que si ahora se muere
solo es de mentirijillas;
y que ese hombre, que hoy
anda en manos de justicia,
tendrá indulto y saltará
del joyo al tercero dia.

LO DIJO EL MÉDICO.

Sufrió un gitano un insulto
y murió, ó le dió por muerto
el barbero de la Algaba,
que chaciendo estaba de médico.
Como era pobre el gitano,
y ni hijos, mujer ni deudos
tenía, no se halló viviente
que acompañara á su féretro;
si se esceptua á un compadre
suyo, su fiel compañero.
lo mismo para tirarse
cuatro cañas del manchego,
que para esquilar un burro,
ó para ponerse en medio
de un camino, y encontrarse
lo que no perdian sus dueños.
Este, que aquel dia borracho
estaba. como otros ciento,
tomó á su cargo el llevarle
y enterrarle en un majuelo;
y sea porque aquel jugo,
tan conocido del muerto,
vida le dió, ó porqué
fué el insulto pasagero,
es lo cierto que, al echar
dentro de la fosa al cuerpo,
con el golpe revivió,
y esclamó con triste acento:
—Comparito, que estoy vivo.
—¿Que usté está vivo? No es cierto:
contestó el otro gitano,
balbuciente y soñoliento.

Muerto está usté, de veritas.
—No que estoy vivo.
—¡Embustero!
¿Si querrá usté saber mas,
compare, que el mismo méico?
Y dándole con la azada
en la mitad de los sesos,
el que era muerto de broma,
quedó al fin, de veras, muerto.

UNA CURIOSIDAD DISCULPABLE.

Los franceses en Granada
á penetrar aprestábanse;
y en un convento de monjas,
de la entrada no distante,
el vicario habia reunido,
en circunstancias tan graves,
para darlas los consejos
de su esperiencia, á las madres.
—Estos herejes, decia
con santo fervor el padre,
penetran en los conventos,
pegan fuego á los altares,
no respetan á las monjas,
las requiebran, y estremézcanse,
¡hasta roban á las vírgenes
para con ellas casarse!
Despues de este sermon, piénsese
el terror inesplicable
con que las monjas verian
al ejército acercarse.
Al primer toque de caja
que á ellas llegó, cual torcaces
palomas se refugiaron
en nichos y en mechinales.
Una, entre todas tan solo,
curiosa, ó menos cobarde,
pero que contaba cerca
de sesenta navidades,
en vez de seguir el rumbo
de sus hermanas, con ágil
paso se subió á una reja
desde donde la era fácil

ver pasar á los franceses;
y en tan oportuno instante
se subió, que ni un soldado
hubo que á ella se escapase.
Curioso objeto la monja
fué á la tropa un solo instante:
pero, vieja y fea, ninguno
erre, la dijo, ni hache.
Ya las últimas hileras
habian desfilado casi,
y un caporal, no mal mozo,
quedaba solo en la calle,
cuando la vieja doncella,
que se habia cansado en balde
mucho tiempo, por llamar
la atencion con sus visajes,
gritó, haciendo con la mano
señal de que se parase.
—Eh, militar, militar,
¿cuándo vienen á robarme?

EL ROCIO.

En medio de las marismas
de la provincia de Huelva,
entre húmedos arenales
y junto á bosques de aneas (1),
triste, humilde, y frecuentado
solo por las primaveras,
de la Vírgen del Rocío
el santüario se encuentra.
Numerosas hermandades,
fundadas á muchas leguas
de distancia, á esta Señora
devocion y amor profesan;
y una vez todos los años,
el segundo dia, por señas,
de Pascua de Pentecostés,
van en procesion á verla.
Marchan delante á caballo,
y rodeando la enseña
de la hermandad, cuatro mozos
con ciriales y escopetas.
Detrás siguen los hermanos
con cirios, y en dos hileras,
y conduciendo á las ancas
de sus caballos, sus prendas.
Van luego los mayordomos
con su vara, en alto puesta,
y sus caballos al paso,
por que mas graves parezcan.
Y al fin viene el *Sin pecado*,
en cuyo centro se ostenta

(1) Pajas ó juncos largos que sirven para tejer los asientos de las sillas mas usadas en Andalucía.

de la Vírgen del Rocío
la imágen graciosa y bella;
y ante el que marchan, haciendo
ruido que se las pelan,
el pito y el tamboril,
que un mismo devoto suena.
Mozas mil de rompe y rasga
la marcha devota cierran,
en cien carretas, colgadas
de espejos y colchas viejas.
Dos grandes y mansos bueyes,
coronadas sus cabezas
con frontispicio de esparto,
cintajos y lentejuelas,
de cada carretà tiran,
cintas llevando por riendas;
y arrastran con torpe paso
aquellas casas con ruedas.
No fué el arca de Noé
depósito de mas fieras,
ni de Babel en la torre
prodigiosa hubo mas lenguas,
que lenguas y fieras hay
chuzonas y desenvueltas,
entre las colchas y cañas
de una adornada carreta.
Más que rezando, riendo,
y requebrando á las hembras,
los hermanos no se paran
hasta verse entre tinieblas.
Duermen la primera noche,
ó mejor diremos, velan,
en cuatro aisladas casuchas
á que apellidan *la Aldea*:
la segunda *en el Palacio*,
cortijo, sito á dos leguas
del santüario; y al dar
el alba la vez tercera,

poniéndose luego en marcha,
en órden y en forma idéntica
con que salen de Sevilla,
presto á la ermita se acercan.
¡Espectáculo sublime
la ancha marisma presenta,
en el momento en que el sol
se refleja en las arenas,
y por puntos diferentes
abren por los pinos brecha,
precedidas de sus guardas,
cien hermandades diversas;
y á vuelo van las campanas
de la hermita, vocingleras,
y vivas mil á la Vírgen
del Rocio los aires pueblan!
Desde el alba, hasta las doce
de la mañana celebran
unas y otras hermandades,
cada cual sola, sus fiestas:
y terminadas, se tienden
todos á dormir la siesta,
no sin haber antes dado
fin á jugosas meriendas.
A veces se arman camorras,
y al aire salen las *teas* (1);
pero grita todo el mundo:
¡viva la Vírgen! y cierran
las navajas los que luchan,
se dan las manos, en prueba
de amistad, y firman paces
con la fé de las botellas.
Y cuando ya en el Ocaso
sepulta el sol sus melenas,
las hermandades se forman,
y van á dormir contentas.

(1) Navajas.

el dia primero al *Palacio*,
y el dia segundo á la *Aldea*,
y el dia tercero á Sevilla
donde al entrar forman época.
Llegar suelen á Tomares,
de Sevilla á media legua,
las carretas por la tarde,
mas nunca en Sevilla entran,
sino de noche, buscando
lucimiento y fama, y gresca,
con sus cantares por dentro,
con sus hachones por fuera.
¡Que es ver la bulla que traen
con cuernos y panderetas!
¡Que es mirar cómo á las unas
las otras pinchan y pegan!
¡Que es oir su gresca y risa,
y sus gritos y sus quejas,
y sus tiernas seguidillas
y sus sentidas playeras!
Mujer hay que no ha comido
en cinco dias, ni espera
comer los cinco siguientes,
si el colchon mismo no empeña,
y sufre y paga con gusto
su parte en la concurrencia,
aunque, á la noche siguiente,
tenga por cama una estera.
El ruido de la gente
que se apiña, y se codea,
y se pega, y se maltrata
por ver pasar las carretas;
los gritos de los que venden;
el crujir de las cadenas
del puente (1), que se estremece
bajo el peso de las ruedas;

(1) Hablamos del puente de Barca que existia cuando escribiamos este romance.

los que van y los que vienen;
y el olor á pez y á brea
que despiden los hachones
que alumbran tan rara escena,
dan al puente de Triana,
en ocasiones cual esta,
los honores de un infierno
fundado sobre la tierra.
Y despues que de Sevilla
dentro de los muros entran,
y cada carreta toma
la direccion que le peta,
por veinte calles á un tiempo
parece que se despeña
un río de luz y de bromas,
de gritos y panderetas.

LA MUERTE REPENTINA.

Diariamente tres amigos
en un café se juntaban,
y uno dejó de asistir,
sin conocerse la causa.
Al cabo de algunos dias,
uno de los que quedaban,
dijo al otro:—¿Sabe usted
que nuestro compañero acaba
de casarse, y que por esto
es que á nuestro lado falta?
El que oyó tal cosa, entonces
dijo con voz asombrada:
—Compañero, la salud
de nuestro amigo era mala;
mas, la verdad, no creia
que su fin tan cerca estaba.

EL PURGATORIO.

Llegó á las puertas del cielo
un hombre harapiento y tosco,
y á los golpes de la aldaba,
acudió San Pedro pronto.
—Qué se ocurre? preguntó
San Pedro, entreabriendo un poco
la puerta.
—Quisiera entrar;
se atrevió á decir el otro.
—Que traerá la papeleta
supongo del purgatorio.
—No señor.
—En ese caso
no hay entrada; conque jorro.
Y cerró el porton San Pedro.
El infeliz quedó solo,
y se empezó á lamentar
de su suerte de este modo:
—¿Cuándo acabarán mis males?
¿Es posible, Dios piadoso,
que despues de haber sufrido
diez años á aquel demonio
de mujer, tan vieja y fea,
y tan puerca sobre todo,
ni hallar consigo el descanso
cerca de tu escelso trono?
San Pedro que habia quedado
tras la puerta, presuroso
la abrió y dijo al infeliz:
—Hablara usted para Otoño!
A haberme dicho su suerte
no me hubiera hallado fosco.

Entre usted, que aquí se cuenta
cada año de matrimonio,
si es con mujer de mal génio,
que gaste postizo el moño,
que sea vieja, ó tenga primos,
por veinte de purgatorio.
Entró el pobre, y cuando iba
San Pedro á echar el cerrojo,
quiso entrarse de rondon
por la puerta un hombre gordo,
colorado, reluciente,
fino, limpio y oloroso.
—A dónde va usted? San Pedro
le preguntó; y él, con tono
de quien piensa que al oirle
han de convencerse todos,
contestó:
—¿A dónde? Adentro.
—¿Trae papeleta?
—¡Qué tonto!
¿Qué he traer papeleta,
si claro oí que á ese prójimo
se le dá entrada en el cielo
porque sufrió un matrimonio;
y yo he doblado dos veces
mi cuello al santo consorcio?
—Entonces (gritó San Pedro
cerrando el porton de pronto)
no espere entrar en la gloria,
ni ahora, ni nunca. ¡Eh, Jopo!
Aquí se admite á los mártires,
pero no cuelan los tontos.

LA FUERZA DE LOS PESARES

Quedó un beato viudo
y fueron á consolarle,
todos los santos varones
de su génio y de su clase.
A cada nueva visita,
los clamores renovábanse
del víudo, y las entrañas
partía á todos con sus ayes.
Solo volvía consolado,
cuando al interior entrábase
de la casa, á estar, decia,
á solas con sus pesares.
Una vez más que otras veces
duró su ausencia, y un fraile,
temiendo una gran desgracia,
entró en la alcoba á buscarle.
No hallándole aquí, pasó
mas y mas para adelante,
hasta dar en la cocina...
pero, !puede imaginarse
cuál se quedaria al ver,
que al que temió muerto hallarle
le halló abrazando á la moza,
que por cierto no era un angel!
—¿Qué es esto, señor don Blas?
esclamó asombrado el padre.
Y le contestó el viüdo,
mientras la moza escapábase:
—No se asombre, que estas son
de mi trastorno señales:
y es que uno, con el pesar,
no sabe lo que se hace.

BODAS Y ENTIERROS.

I.

SEVILLA 11 DE 184...

Compare, me alegraré,
que al recibo de esta carta,
gose usté de igual salú,
que su mare, que Dios haiga;
en compañía de Teresa,
la vendeora é tenazas,
que lo tiene á usté cogío
por mitá de las entrañas.
¡Ay compare de mi vía!
usté no sabe las ansias,
que paesco, desde el punto,
que usté se largó á Chiclana.
¿Se acuerda usté de Carmela
la gitaniya de marras,
aqueya que fría guñuelos
en Santa María de Grasia (1),
aqueya, que me tenia
lo mesmito que unas gachas,
con su porte y su meneo,
y su sandunga y su labia,
aqueya, caiga usté muerto,
espichó como una rana.
Oiga usté compare y diga,
si tengo rason sobrada,
colgaito de una ensina,
pa bailar la sarabanda.
Estaba yo con el Nene,

(1) Convento de religiosas, situado en el centro de Sevilla, y en cuyo solar existen hoy preciosas casas.

apurando cuatro cañas
de Sanlucar, la otra tarde,
junto al puente de Triana,
cuando vino la tia Gancho,
y me dijo: Pepe, anda,
si quieres ver á Carmela,
porque la probe se larga.
Compare, creamelo usté,
pero el buché que pasaba
entonces por mi gañote,
como si fuese una bala
de cañon, en el estógamo
me abrió un boquete de á vara.
El Nene quiso etenerme;
pero yo, que camelaba
á la jembra, con faitigas
negras, trincando la capa,
antes de decir Jesús,
me puse junto á su cama.
. . . .
En fin, compare, espichó,
como espichan las gitanas,
llevándose con sus cuerpos,
de sus gachones las almas.
Entonces, mientras vistian
á la difunta de gala,
con los pelos estendíos,
y la corona, y la palma,
dí la güelta, con mis penas,
de su familia á la sala.
¡Ayí viera usté compare,
cómo las jembras lloraban,
y los hombres maldesían
de su fortuna tirana!
—¡Qué lástima de princesa,
muerta en la flor de sus grasias!
saltó la prima del Surdo
arañandose la cara.

—¡Probesita!
—Mala muerte
coja al ladron, sin criansa,
que no se muera de pena,
cuando sepa esta desgrasia!
—Ya se murió la alegria
del mundo!
—Que no acabara,
hecho peasos, el méico,
que no cura unas tersianas!
. . . .
—Señores, basta de yanto!
gritó la Carrajolana (1),
güeno está lo güeno; pero
la chiquiya era una Santa,
y si está en el quinto sielo
no hay pa que erramar mas lágrimas.
—Dice bien Pepa!
—?Quién dúa
que tiene rason? Tío Chancla,
meta usté mano á la bota,
que el dolor seca las gaitas.
. . . .
Asómbrese usté, compare!
¿Sabe usté qué hiso la taifa
mientras la pobre Carmela
del diablo ó de Dios gosaba?...
Comparito, emborracharse!
Imagine usté las ansias,
que pasé, viendo lo poco
que de mi *chaí* se acordaban!
En fin, compare, acabó
la tía Gancho su mortaja
y nos llamó.., ¡Ay compare,
ni Santa Rita de Casia,
mas hermosa paresía,

1) Vecina de la Carretería, barrio estramuros de Sevilla.

que mi prenda amortajada!
Una boteya de vino
de Jeréz, y media hogasa
de pan blanco y una sura (1)
para el dueño de la barca (2),
eran toas las provisiones,
de mi prenda idolatrada.
Comparito, el corason
se me hase trosos, y el alma,
cuando pienso que en el mundo
no veré mas á mi chaira.
Cuando esto pienso, compare,
y que bajo la guáaña
de la muerte, no he caío
antes de sufrir su falta,
me dirijo á la boega
de mi primo Juan Carpanta
y, trincao de un barril,
no termino mis plegarias,
ni mi yanto por Teresa,
mientras queda al barril, lágrima.

(1) Peseta.
(2) Entre los gitanos creen todavía por tradicion en las necesidades físicas de los difuntos, y en la precision de pagar el pasage en el infierno. Confieso que esta costumbre no es la mas generalizada.

BODAS Y ENTIERROS.

II.

CHICLANA 20 DE OCTUBRE DE 184...

Compare, á la mesma hora,
que usté me anunsió la muerte
de la jembra mas hermosa,
que tuvo Sevilla y tiene,
estaba yó con Teresa,
camino de S. Vicente,
pa casarnos, segun manda
Dios, y el mundo lo previene.
Compare, mucho he sentío
su desgrasia, pero deje
usté las penas á un lao,
que es justo que ahora se alegre
con mis dichas, como á mí
sus pesares me entristecen.
Iba la luz de mis ojos,
con un vestío seleste,
y una mantilla de punto,
y unas sapatillas verdes,
que era una gloria mirarla,
desde el sapato al copete.
Yo, como usté puée pensarlo,
iba vestío á lo terne,
con botines, capa corta,
y marsiyé de cabetes.
La novia ademas llevaba,
sortijas, coyar, pendientes
y pulseras, que es muy justo
que lo lusca quien lo tiene.
Señó Pepe, no es posible,

que usté ni siquiea sospeche,
la bulla que ha hecho mi boa,
entre aquestas probes gentes.
Como no me falta un peso,
ni para gastarlo frente,
ayí viera usté la chusma
que, á cualquier parte que fuese,
seguia mi coche... Compare,
lo menos cincuenta veces,
abrí la faja y pagué
mas vino, que vino tienen
las bodegas de Jerez,
Valdepeñas y Tembleque.
  Paso compare en silensio,
las bendisiones y aperges,
que sufren los probes novios
cuando se casan: parese
que anda el diablo en el negosio,
segun bendisiones llueven.
  Salimos pues de la iglesia,
y entre amigos y parientes,
si diez y ocho no entramos
en mi coche, entramos veinte:
la tía Roña, Cascarillas,
el Tiñoso, Juan No-teme,
la novia, el pare, el parino,
la marina, y otros nenes,
que hase tiempo que en presiyo
reservado un sitio tienen.
Como el coche se acababa
y chorreaba la gente
todavía, mandó el bato (1),
que al pescante se subiesen
los chavales, de manera,
que al fin solo diez y siete
quedamos dentro del coche,

(1) Padre.

que fué milagro patente.
Los chiclaneros, que nunca
vieron con ojos alegres,
que á cargar con la mas guapa
chiclanera yo viniese,
comiendose de coraje
las ensias con los dientes,
toda su tirria mostraron
al ver mi triunfo solene.
—¡Mira qué escuchumisao
vá el novio! (desian.)
—No tiene
dos adarmes de sustansia.
—Mala boda.
—Que se queje
Teresa á Ponsio Pilato,
si la nues la sale verde.
—¿Y la novia?—¡Probesita!
¡Como hay Jesús, que la quiere
mal quien la vistió!
—¡Qué risa!
¡Si entre rosas y claveles
lleva quince!
—¡Y tres coyares!
—¡Y dos pares de pendientes!
—¡Y sortijas de abalorios,
en los diez dedos!...
—¡Y un peine
de cuerno, y otro de concha,
y otro de piedras!
—Tío Retes,
¿Sábe usté cuántas personas
van en el coche?...
—Nó.
—Veinte
por lo menos.
—¡Jesucristo!
¡ni las sardinas arenques!»...

Hasta aquí llegó la chusma
con sus insultos; mas ¿créen
que se dió por satisfecha?...
Pues se engaña quien lo piense.
Con pitos, flautas, senserros,
esquilones y almireses,
tal baraunda formaron,
formaron tal sonsonete,
que sonará en mis oidos,
aunque pasen treinta meses.
Compare, llegué al *palacio*
de mi suegro, y aquí tiene,
tras de tantos sinsabores,
prinsipio mi güena suerte.
Como es antigua costumbre,
que naide á turbar se atreve,
los parientes de Teresa,
que avelan largos parneses (1),
quién mas, quién menos, toítos
pagaron su contingente.
Inútil jusgo desir,
si el vino de Pajarete
corrió, si corrió mistela,
si hubo de sobra aguardiente,
con masa frita y guñuelos;
que en los lanses como aqueste,
cuanto tiene un hombre gasta,
si nó gasta más que tiene.
Llegó la noche y... Compare,
ni la Vírgen de los Reyes
mas hermosa que Teresa,
ha sío nunca, ni ser puede.
¡Ay, compare, que miráas
me echaba de rechupete!
¡Qué remona y qué salada
qué retosona y qué alegre!

1) Que tienen mucho dinero.

La cama!—siento, compare,
que la franquesa me fuerse
á contar casos y cosas,
que la historia calla siempre.
Sobre un tablado de pino,
pintado al olio de verde,
con siete cuartas de altura
y un espaldar de otras siete,
llenos de flores y gasas
de colores diferentes,
cinco colchones, brindaban
descanso á mi amor cresiente.
. . . .
En fin, compare, la taifa
se fué tirando cohetes,
y... amaneció: los padrinos
nos dieron el aguardiente,
y esta, compare, es la hora,
y este dia hace dos meses,
que los trapos de Teresa
están de un clavo pendientes (1).
Compare, si de mi afecto
tiene dúa, si usté quiere
que yo le esplique mi dicha
en dos pinseladas, eche
la vista al pie de esta carta,
donde amorosos ensienden,
dos corasones de almagra,
llamas de palo campeche.
Con esto y con desearle
consuelo á sus padeseres,
compadre, acabo mi carta,
y hasta mas ver.—De usted siempre.

(1) Esto necesita esplicacion. Es fija costumbre entre los gitanos que las ropas de novia han de ponerse á la espectacion de vecinos y amigos al dia siguiente del casamiento.

LA CENA INDIGESTA.

Estaba un ajusticiado
en lo alto de la escalera
de la horca, y quiso el fraile,
auxiliador, darle fuerzas.
—En que has de cenar (le dijo)
con Cristo esta noche, piensa.
Y respondió el desdichado:
—Si tan grande dicha es esa,
yo, padre, le cedo el puesto;
cóma, hasta gastar las muelas,
porque siempre, padre, á mí
se me indigestó la cena.

¡SEA TODO POR DIOS!

Un ladron, que, al ser ladron,
era tambien un real mozo,
con una hermosa beata
se halló de un bosque en el fondo
Ella con buenos vigotes,
él enamorado y loco,
no fué mucho que la echara
solo unos cuantos piropos;
que la diera cuatro abrazos,
y que, á sus plantas, de hinojos,
la arrancara cuatro besos
entre llantos y soponcios.
Si á la beata agradaba
la broma, ó si daba enojos,
no lo sé; pero se cuenta,
que, á cada apreton de á folio
con que el ladron la apuraba.
ella en aflijido tono,
decia:—¡Sea todo por Dios!
¡Mas pasó Dios por nosotros!

EL PAGO DEL PISO.

Es inmemorial costumbre
de toda la Andalucía,
que hablen de noche, en las rejas,
los mozos con sus queridas.
No faltan madres que, urañas,
tales costumbres prohiban,
mas cuando mandan las madres,
nunca obedecen las hijas;
que estan las niñas de ogaño
en contínua rebeldía,
contra toda ley materna,
si un solo gusto las quita.
Así es que la hermosa Antonia,
hija, cuñada ó sobrina
de un zapatero de viejo,
mas conocido en Sevilla
que Pizarro en el Perú,
rancios amores traía
con Gregorio Mata-siete,
mozo de estampa bonita,
por quien dejó en otros tiempos
sin esperanzas ni vida,
á Perico Tentaciones...
Fueron y vinieron dias
y Mata-siete llamaba,
y Antoñuela respondia,
y sonaban los cristales,
y se asomaba la niña,
y eran los hierros testigos
de las promesas mas finas.
Pero el diablo que no duerme
dispuso que de Melilla,

adonde estuvo seis años,
por no sé qué fechurías,
volviese al fin Tentaciones,
y que trajese la misma
pasion que, seis años antes,
por Antoñuela sentía.
Cuatro semanas gastó
nuestro hombre, día por día,
en hallar una ocasion
á sus amores propicia.
Dijo, espuso y alegó
cuanto en su favor podia,
sus méritos y servicios,
sus esperanzas perdidas,
sus trabajos en presidio
y su honradez en Sevilla;
pero el necio Tentaciones
ignoraba que las niñas
suelen ser mas desdeñosas,
cuando se ven mas queridas.
Mientras Perico creyó
que sus males consistian,
en caprichos de mujeres,
ó en locas antipatías,
llevó con paciencia el lance,
mas luego que á su noticia
llegó, que todas las noches
á la ventana venía
de Antonia, un mozo de un barrio
distinto del de la chica,
usando de los derechos
que la costumbre autoriza,
intentó *cobrarle el piso*,
ó partirle la tetilla.
Pagar en Sevilla el piso,
es una costumbre antigua,
reducida á que los mozos,
que buscan y hallan queridas

en otro barrio distinto
del suyo, á pagar se obligan
á los mozos convecinos
de su prenda, la propina
suficiente á derramar
seis vasos de manzanilla;
só pena de sostener
á cada noche una riña,
y de abandonar el campo
si en algo tienen la vida.
Supo Pedro Tentaciones,
que á las ocho se veian
en la reja los amantes,
y, apenas las negras tintas
de la noche sucedieron
á las azules del dia,
rebujándose en la capa,
y cubriéndose la vista
con el sombrero de alcuza,
la calle de Antonia pisa,
adonde ya Mata-siete
requebraba y seducía
á su chula, con palabras
mas tiernas que las natillas.
—¿Tanto me quieres, Gregorio?...
al gachon decia la niña.
Y el buen mozo contestaba:
—¿Que si te camelo?... Mira:
mándame que ponga en Flandes
si es tu gustaso, una pica:
dime que le arranque á un toro
de Lesaca la divisa,
y ordéname, si te peta,
que, de Cádiz á Sevilla,
me pegue diez puñalás
con cualquiera que te embista,
y verás, prenda del alma,
que Mata-siete no olvía,

con las glorias de ser dueño,
su obligasion mas presisa,
que es vivir pa defenderte,
y morir por que tú vivas.
—Ay!... gritó Antonia temblando,
y mirando, por encima
del hombro de su querido,
la traicionera sonrisa
de Tentaciones...
—Qué pasa?. .
¡Ola, tenemos bromitas!
dijo Gregorio fijando
en Tentaciones la vista,
y echándole hácia el arroyo...
Camará... usté permita,
que me tome la molestia
de desearle mas vista,
pá no tropezar de nuevo,
con quien no sufre cosquillas.
—Camará, ¿me hase usté el gusto
de escuchar dos palabritas?
—¿Por qué no?.. ¿De qué se trata?
—¿Sabe usté lo que se estila
cuando un moso, busca abrigo
fuera de su barrio?...
—Diga,
en plata lo que usté quiere,
y no me canse...
—¡Qué viva
tiene usté la sangre!
—Mucho.
—Pues acabando. La niña
bien vale cuatro pesetas,
y si usté piensa seguirla
jonjabando, es necesario
que lo pague en Mansanilla,
ó en sangre, que á mí lo mismo,
esto que aquello me priva.

—Mi bolsa como mi puño
son de usté...
—Ambas se estiman...
¿Andando?...
—Andando... Antoñuela,
aguarda, que aquí, á la esquina,
voy con este camará
á diligensias presisas.
. . . .

Trascurrió un cuarto de hora,
y ya Antonia presentia
mal del lance, conociendo
de Tentaciones la envidia,
cuando juntos y embozados
vió, con gusto, que volvían
los dos antiguos rivales,
hácia su ventana misma.
—Camará, (dijo Perico,
luego que atisbó á la chica),
si de mi bolsa ó mi braso
alguna vez nesesita,
mande, como puede, á un hombre,
que de corason lo estima.
Y sin decir mas palabras
dobló Perico la esquina,
esplicando con un surco
de sangre, tanta política.
—Qué ha sido? preguntó Antonia.
—Ná entre dos platos, mi vida.
Que Perico Tentaciones
cobrarme el piso quería,
y yo le he pagao en monea
que guardará mientras viva.

LOS TRES MEDIOS.

Mientras llegaba la hora
de oir á un fraile francisco,
que, á predicar de las *Animas*
habia á Santiponce ido;
metiéronse en la taberna,
á tirarse cuatro lisos (1)
Juan Uba y Pedro Sarmiento,
borrachos los dos y amigos.
Despues de apurar dos *medios* (2)
de lo blanco y de lo tinto,
propuso Juan, que bebiesen
el tercer *medio*, á Perico.
—Compare, usté me perdone,
más por hoy, no quieo mas vino;
porque tengo ya una turca
de pare y muy señor mio.
—Compare, solo el tercero.
—Si no pueo mas, comparito.
—Vaya el tercero, y nos vamos
á oir al fraile en dos brincos.
—Pues, porque quiero escucharle,
compare, á ver si consigo
con sus consejos la gloria,
que nó y re que nó le digo.
Y sin aguardar respuesta,
emprendió Pedro el camino
de la iglesia; y le siguió
Juan, con diez varas de hocico.
Pusiéronse bajo el púlpito,

(1) Nombre que dan los borrachos á los vasos tan anchos por la boca como por el fondo.
(2) Dos medios cuartillos.

y en instante tan propicio,
que entonces daba á su plática
el predicador principio.
—*Por tres medios* puede el hombre
hallar del cielo el camino;
empezó á decir el fraile...
¡más nunca lo hubiera dicho!
porque, apenas Juan oyó
lo de los *medios*,
—So endino!
gritó, (dirigiendo á Pedro
un sopapo tras del grito).
¿No queria usté salvarse?
Pues ya escucha usté, clarito,
que hemos perdío la gloria,
por no haber tomao más vino.
Se echara usté el tercer *medio*
y nos hubiéramos ido,
por los tres, que dice el padre,
derechos al Paraiso.

LA BOQUITA DE VERDADES.

Tenía doña Vicenta
gran confianza en su hija,
que era de esas que á sus cuerpos
las guardan sus caras mismas.
En su virtud confiada,
la niña entraba y salia,
sin temer de los mancebos
asechanzas ni perfidias.
—Yo quisiera ver que alguno,
cuando voy temprano á misa,
ó si tarde á casa vuelvo,
á atacarme se atrevia:
decia la niña; y su madre
gritaba:—Crean á mi hija,
que es boquita de verdades,
y no ha mentido en su vida.

EL PELADERO DE PAVA.

Si en la esquina de una calle
líado veis en su capa
á un mozo; con el sombrero
que las narices le tapa;
en jarras puestos los brazos;
algo encogido de espalda;
y apoyándose en el muro,
cual si le doliera el alma
de esperar; puestos los ojos
en una baja ventana;
silbando de vez en cuando,
é impaciéntandose hartas;
és que ese mozo padece
fatigas color de caña,
por una moza, á la que
su madre ó su tia la guarda,
y no tiene otro consuelo,
en sus penas y en sus ánsias,
que venir á comer hierro,
de noche, y pelar la pava.
Pasar puede ante su vista,
mientras que á su prenda aguarda,
un regimiento de mozas,
moviendo lenguas y faldas;
cuando más, él las dirige
entre dientes dos palabras,
que pueden ser: ¡viva el garbo!
ó ¡bendita sea tu alma!
y ellas siguen su camino
con el requiebro mas anchas,
y él vuelve á mirar la reja
donde ver quiere á su amada.

Tambien suele haber vecinas,
que por que á la novia aman,
ó por que del novio gustan,
ó por que los dos les cargan,
desde el cierre de cristales
de sus fronterizas casas,
observan, si llega el mozo
temprano ó tarde, si anda,
si se impacienta, si silba,
si hace señas, si le llaman,
y si, en resumidas cuentas,
habla, pide, toma ó marcha.

Pero ni de estos vigías,
que á su dicha ponen trabas,
se ocupa el mozo que anhela
ver en la reja á su chaira.

¿No observais que, poco á poco,
él de la esquina se aparta,
y restregándose viene,
paso á paso por la tapia;
y más se mete el sombrero,
y más se lía en la capa,
y se encoge más de hombros,
y más pone el brazo en jarras,
y los ojos siempre fijos
en un punto, se adelanta,
y atraviesa la corriente,
y contra un quicio se aplasta?

Pues eso es, que ha notado
que ya no hay luz en la estancia,
donde junta la familia
de su prenda idolatrada,
ó reza el santo Rosario,
ó para un pobre trabaja,
ó, hasta que llega la hora
de dormir, juega á la báciga.

El galan sabe que en breve
todos duermen en la casa,

y que en breve á la que adora
verá en la ventana baja;
y su corazon dá golpes
con mas fuerza que una aldaba,
y escucha, y de su querida
los pasos siente en el alma,
y oye el crujir de su ropa,
y el olor siente que exhala,
y todo, cuando aun las puertas
de cristal siguen cerradas.
Se abren al fin; pero no
sin que antes la niña cauta
no haya apagado la luz;
que en el barrio hay lenguas malas.
En otro tiempo las mozas
de pie la noche pasaban,
cual si buscaran los labios
el nivel como las aguas;
pero hoy, que menos amor
toman y dan que palabras,
ó se sientan, ó se echan
de bruces en la ventana;
y un pañuelo á la cabeza
traen, que prenden á la barba,
temiendo que se constipe
el amor, que en cueros anda;
y sentadas ó tendidas,
de todas suertes, las caras
medio enseñan, en la sombra,
tras la entreabierta persiana.
Qué se dicen los amantes
en esas noches tan largas
del invierno; y en qué el tiempo
de esas largas noches pasan;
ni es cosa siempre sabida,
ni es prudente averiguarla;
mas poco más, poco menos,
ved aquí lo que allí charlan.

—¡Gracias á Dios! Me temia
que esta noche no bajaras.
—Culpa ha sido de mi madre
que evita...
—Bueno es que haya
á quien echarle la culpa.
—Dí mas bien que tú te cansas
pronto de esperar.
—Pepilla,
no me achicharres el alma.
¿No sabes que por mirarte,
soy, en esa esquina, estátua,
y que los hombres me apestan
y que las hembras me enfadan?
¿No sabes que yo no vivo
sino las horas que pasan
á tu lado y que por verte,
dejo mi oficio y mi casa?
Ni que el trono me ofrecieran
del emperador de Francia,
yo dejara de adorarte,
yo de esperarte dejara.
—¿Tanto me quieres?
—Te quiero,
más que las rosas al agua,
que, en sus hojas, cual brillantes,
deja el rocío en la mañana:
más que á su hijo la madre
que á su pecho le amamanta,
y teme que á arrebatárselo
venga una muerte temprana;
más que el náufrago, perdido
en lo inmenso de las aguas,
anhela llegar al puerto
donde salvacion aguarda.
—¡Bendita tu boca sea!
—Y bendita sea tu cara
toda entera, y tu sandunga

que va chorreando gracia;
y bendito sea tu cuerpo,
y benditos sean, tu alma,
y el padre que te engendró,
y el cura que te echó el agua.
—¡Ay Manuel, me vuelves loca!
—¡Ay Pepilla, que me matas!
—¿Volverás mañana?
—Sí.
—Pues márchate ahora.
—Aguarda,
y un consuelo á mi cariño
antes dame que me vaya.
—Toma una mano.
—Eso es poco.
—Toma las dos.
—No me bastan.
—¿Qué mas quieres?
—Dame un beso.
—¡Un beso! ¿Qué es lo que hablas?
¡Es pecado!
—Dios perdona
á los que de veras se aman.
—¿Y si lo vé una vecina?
—Todas duermen, á Dios gracias.
—¿Y si mi madre nos oye?
—Tambien tu madre descansa.
—¿Y si tú lo cuentas luego?. .
—Tus dudas solo me agravian.
—¿Y sí?... En fin, vamos, no quiero.
—¿Es decir que me engañabas
cuando jurabas quererme?
¡No Pepa, tú no me amas!
¡Mal haya, amen, el cariño
que tan mal, traidora, pagas!
—Pero un beso...
—Ay, no esperes
que yo vuelva á esta ventana,

ni pase por esta calle,
ni este mes, ni en diez semanas.
—Pero un beso...
—Es lo que das
á una vieja desdentada
que te encuentras, y á un chiquillo,
y en la mano á un padre de almas,
—Pero Manuel...
—Pero Pepa...
—No me exijas que me haga
indigna de tu cariño.
—El amor todo lo ensalza.
Cuando dos labios á unirse
misteriosa fuerza arrastra,
y la víl carne obedece,
y el espíritu es quien manda,
el beso que entre dos labios
un alma á la otra enlaza,
quema, achicharra, calcina,
mas no deshonra, ni mancha.
—Pues toma y vete...
—Y vencida,
más que el pensamiento rápida,
besa y huye, y salta y cierra
cristales, puertas y aldabas,
cual si del pecado horrible
que de cometer acaba,
tema que á pedirla cuenta
vengan el mundo y la fama;
mientras su feliz amante
pausadamente en su capa
se envuelve, saca un cigarro,
lo enciende, y en la ventana
por última vez la vista
clavando, un suspiro exhala,
y parte saboreando
su peladero de pava.

UNA CAIDA DESGRACIADA.

En una inmensa reunion
de gentes cogí á un ratero,
hasta el puño introducida
su audaz mano en mi chaleco.
Sujetéle por el puño,
á entregarle á un juez dispuesto;
pero, al oir su disculpa,
me eché á reir, y soltelo.
—Por esas calles de Dios,
me dijo, yo iba corriendo,
dí con usted, me caí,
me alzé, tropezé de nuevo,
y así, rodando, rodando,
me hallé dentro del chaleco.

LA MODA DEL PARAISO

Decidió Juana casarse;
mas era tan pobre Juana,
que el dia antes de la boda,
no habiendo en toda la casa
otra ropa que la puesta,
y siendo fuerza lavarla,
ella y sus padres metieron
sus ropas en la colada.
Estaban pues hija y padres
como en los tiempos de gracia,
sin faltar á sus personas
más que las hojas de parra.
cuando inesperadamente,
el novio, al que no esperaban,
por estar aquel dia ausente
del pueblo, llamó á la aldaba.
¿Qué hacer en trance tan crítico?
Ninguno á acertar llegaba.
¿Hacerse el sordo? Imposible;
porque el novio era una ganga,
y pudiera rechiflarse
si le impidieran la entrada.
¿Presentarse en aquel traje?
¿Qué entonces de ellos pensara?
Mas los golpes sucedíanse
cada vez con mas pujanza,
y la niña se afligia,
y el padre votos echaba,
como cuando allá en la guerra
ascendió á cabo de escuadra,
y la madre á veinte santos
consejo pedía con lágrimas.

Y escucharla debió alguno,
porque ya desesperaba
de remedio, cuando un grito
lanzó que se oyó en Tartaria,
y dijo:—No hay que apurarse.
No ha de decirse que haya
faltado en nuestra familia
ropa, dignidad ni gracia.
Tú, Juanita, ponte el gorro
y tú, marido, la espada,
que yo cojo el abanico;
y si esto al novio le espanta,
sepa, porque sienta orgullo,
que nuestra familia acaba
de llegar del Paraiso,
y allí, esta moda se gasta.

LA VISTA DE LAS ESTRELLAS.

—Compare, ¿quién me ha metío
en apreturas tan negras?
Si esto sigue, voy á echar
la asaura por la geta.
Así decia un gitano
á un compañero de penas,
yendo tras la cofradía
del Señor de la Paciencia;
apretado por delante,
y por detrás con mas fuerza,
y sacando con trabajo
por encima la cabeza.
—Comparito, que me ajogo;
repetia; y con gran flema,
le respondia su compadre:
—Comparito, usté exajera:
Si esto es estar en el cielo!
—Si señó, la gloria es esta:
(repuso el gitano, echando
lagrimones como peras)
¡Que me han diñao un pisoton
con que he visto las estrellas!

EL BARATERO.

Embozado hasta los ojos,
y el sombrero hasta las cejas,
con un codo junto al cielo
y el otro junto á la tierra,
hablando poco y al alma
cuando el caso se presenta,
pása todas las mañanas
de su casa á la taberna,
Miguel Rayo, baratero,
respetado por sus fuerzas,
de Málaga y los Percheles
al peñon de la Gomera.
Ni es conde, ni es mayorazgo,
ni tiene viñas, ni tierras,
ni ganados, ni fortuna
de clase ninguna cuenta;
pero viste, y triunfa y gasta,
y descansa y se pasea,
y nadie le pide un cuarto,
ni con nadie tiene deudas.
Si está fría la mañana,
hasta el punto que convenga
tomar un trago, lo pide,
y es de ver la diligencia,
con que le sirven y ofrecen
cuanto pedir quiere ó piensa.
—Montañés, echa las once.
—De qué precio?
—¡Buena flema!
Del mejor, que yo no bebo
surrapas.
—Vaya.

—Se aprecia.
Jesus y Cruz... ¡Güena boca!...
Apunta...
Y dando una vuelta,
y embozándose en su capa,
que ver en la faja deja
medía tercia de lenguao (1),
hácia la playa endereza
sus pasos, y á los corrillos
de jugadores se acerca.
—Esa baraja no sirve:
dice arrojando en la tierra
otra, y clavando el cuchillo
sobre la manta en que juegan.
—Esa baraja (responde
su dueño) sirve, y se prueba,
camará, cuando usté diga...
—Pá luego es tarde, mi prenda.
—Pues eche usté pá adelante.
—Naita atras me interesa;
conque ya aguardo...
—Corriendo
soy con usté... Eh, Trompeta,
siéntate aquí, y los ochavos
recoge mientras yo güelva.
Cudiao, señores, que alguno
me jaga una mosriqueta,
porque entonces... como hay cielo,
le aplico al hijar mi tienta.
Suelen ser de estos combates
la natural consecuencia,
que el jaque vá á los infiernos,
y que Miguel se apodera
del impuesto, establecido
por su voluntad suprema.
¡Pobres de los que, jugando

(1) Cuchillo.

al aire libre, se niegan
á tallar con las barajas
del baratero!... su regla
no admite medio, ó le pagan,
ó pincha y mata y saquea.
Las corridas de novillos,
al baratero presentan,
mil ocasiones de hacer
visible su omnipotencia.
Que está cansado y no quiere
ir al circo por sus piernas,..
—Venga una caleza: dice
Manuel Rayo, y la caterva
de caleseros se insulta
mútuamente, y se apalea,
por llevar al baratero,
sin un cuarto, en su calesa.
Que llega al circo y no tiene
con que comprar la boleta...
—Pedro, Juan, Antonio, (grita
al primero que se acerca)
compra un asiento de sombra,
luego ajustaremos cuentas.
Y los pillos que el despacho
de los billetes asedian,
con la intencion solamente
de limpiar bolsas agenas,
se apresuran á comprar,
sin dar de disgusto muestras,
la entrada de Manuel Rayo,
que humildemente le entregan.
En los bailes de candil
guitarras y castañuelas,
el baratero dispone
de lo mejor de las hembras,
que siempre las buenas mozas
de los valientes se prendan.
—Niña, ¿me hase usté el osequio

de bailar unas rondeñas
conmigo?—
—Con mil amores!
—Mil grasias... Pero, prinsesa,
parese que el tío Juan Lanas
que tenia usté á la oreja,
se ha disgustao?..
—Que rabie.
—Mucho, cariño, se apresia
ese favor.,.
—Pues, lo dicho:
si no se atreve el babieca,
á disputarme á un güen moso,
que de corage se muera.
. . . .
—Cariño, ¿quiée usté decirme,
como pagaré la deuda
de haber conmigo bailao?...
—Desoyinando á la puerca,
que charla con mi querío...
—Basta... Patron?... Que la gresea
me hace daño... conque mande
usté, que tomen la puerta
toititos los conviaos...
—Pero...
—Si tarda, dies muelas
se traga usté de un sopapo!
—Niñas, se acabó la fiesta.
—Por qué, tío Pablo?
—Porque
este mosito lo ordena...
—Pues que se largue él si quiere.
que á mi la bulla me peta,
y no me voy hasta hacer
pedazos mis castañuelas.»
En mala hora el Juan Lanas
quiere echarla de fachenda,
porque Miguel, que no sufre

de ninguno impertinencias,
contra los duros ladrillos
del suelo le zamarrea.
Gritan, lloran, se sacuden
sin piedad, y en la refriega
el baratero consigue
dar gusto á su dulce prenda.
Por lo demás, Miguel sabe,
que su valor ni sus fuerzas,
le apartarán del camino
de la horca, al que se acerca.
Si tiene sed, se emborracha;
si tiene hambre, sus muelas
entran en grato ejercicio,
hasta que repleto queda;
si una *chaí* le hace salero,
buenamente la requiebra,
y la consigue, sin falta,
pues ninguna le desprecia.
Mientras tiene es un cordero,
mas si le faltan monedas,
con el lucero del alba,
de puñaladas se pega.
Regularmente; (si no
halla una muerte mas presta),
el premio de estas hazañas,
y otras distintas de aquestas,
será acabar Miguel Rayo,
bailando sin castañuelas.

EL BARÓMETRO.

Disputaban dos astrónomos
de una taberna en el quicio,
y un borracho á sus razones
atento prestaba oidos.
—Va á llover.
—No va á llover.
sostenian ambos á gritos.
—Sí; que el tiempo anuncia agua.
Al oir esto, intervino
en la cuestion el borracho,
y, tirándose un cuartillo,
esclamó:—¿Que anuncia agua?
No señor: que anuncia vino.

LO MAS QUERIDO.

Una noche en una reja
se decian dos mil piropos,
una inocente muchacha
y un galan de tomo y lomo.
La noche era oscura, alta
la hora ya y el sitio solo,
por lo que el viejo á la moza
se dispuso á dejar pronto.
Pero antes de realizar
de retirarse el propósito,
pensó en poner á sus plantas
una flor de cabo propio.
—¿Quieres, mi bien, que te deje,
ya que marchar me es forzoso
el corazon? ¿O quedarte
con mi pensamiento todo?
¿O con el alma?; que temo
que, si con ladrones topo,
me han de quitar lo que es tuyo,
dijo el viejo á su pimpollo.
Y ella, que á cada pregunta
volvía el hechicero rostro,
como quien dice, no quiero,
contestó en sencillo tono:
—Ya que en dejarme te empeñas,
de tu amor en testimonio,
algo que puedan robarte,
déjame, mi bien, el bolso

LA RONDA.

Las once han dado en Lebrija,
y una luz, ni una palabra,
turba el general silencio,
ni las densas nubes rasga.
Es sábado, y la costumbre
de más de tres siglos manda,
que salgan los buenos mozos
á rondar á las muchachas,
y á cantarlas seguidillas
junto al pié de sus ventanas.
Por esta razon el sueño
en que Lebrija descansa,
turba á veces la vihuela,
chirreadora y destemplada,
de un galan enamorado
que sus dulces penas canta;
y por esto Manuel Santo,
mozo de mediana estampa,
y aperador de un cortijo
inmediato á Villafranca,
entró una noche en Lebrija,
montado en su yegua baya,
la manta sobre los hombros,
y en la grupa su guitarra.
Manuel quiere hace tres años,
con las mas constantes ánsias,
á Carmeliya Gallego,
una trigueña gitana,
chica de cuerpo, gordita,
graciosa y bien empernada.
Tres años hace que el hombre
emprende la caminata
de Villafranca á Lebrija,

una vez cada semana,
y dejando su caballo
traillado junto á las tapias
de la villa, hace tres años
que se acerca á la ventana
de su chula, y canta y logra...
un poco mas que palabras.
Llegó Manolo á la reja
de su tormento del alma,
y despues de contemplar,
con cariñosas miradas,
el rosal de enredadera
que sus amores velaba,
tendiendo sobre las piedras,
con el relente mojadas,
su manta de mil colores,
y pulsando la guitarra,
escupió, tosió, y al viento
destapó tierno la gaita.
. . . .
Manuel cantó unas playeras,
que hicieron derramar lágrimas
á las vecinas del barrio
y á la dueña de su alma;
mas luego que dibujarse
vió el cantor en la ventana
la sombra de su querida,
(pues más que mujer, fantasma
en lo oscuro parecia
un envoltorio con faldas),
que apareció entre cristales,
en cuanto oyó la guitarra);
luego que entendió Manolo
que su prenda le aguardaba,
hizo callar la vihuela,
y liándose en la manta,
contra los hierros de Cármen
remachó los de sualma,

Qué pasó entre los amantes,
lo mismo que lo que pasa
entre otros enamorados,
que á iguales horas se hablan,
en los libros no lo dicen,
mas por sabido se calla.
Pasar una noche entera
sufriendo nieves y escarchas,
y el agua que cae á torrentes,
ó el calor que el pecho abrasa,
es placer incomprensible
para aquellas toscas almas,
que no han pasado una noche
requebrando á su gitana,
con una reja por muro,
un corazon por cabaña,
y por hoguera dos ojos
ardientes como dos áscuas.
Sin embargo, cuando el cielo
á colorarse empezaba,
con las azuladas tintas
de una apacible mañana,
embozándose Manolo
pausadamente en su capa,
sonó un amoroso beso,
un adios tierno del alma,
y el galope de un caballo,
camino de Villafranca

EL CÓMICO Y EL TORERO.

Maiquez, el actor insigne
que Europa á la España envidia,
estando en Sevilla quiso
ver los *toros* en Sevilla.
Picaba el famoso Ortiz
buena pulla y mejor brida,
aquella tarde, y el cómico
á él daba sus simpatias.
Mas saltó á la arena un toro
de intencion, poder y libras,
y Ortiz se hacia el remolon,
y al clamor sordo se hacia
del pueblo, que le insultaba
porque á la fiera no iba,
temiendo besar el suelo
antes de ofrecer la pica.
Maiquez, siguiendo el impulso
universal, con diatribas
al picador hostigaba,
y con gritos perseguia.
—¡Vaya usté al toro!... Cobarde,
Maiquez gritaba; y con ira,
al oir tales razones,
Ortiz, que no era gallina,
se fué al toro, se afirmó
valientemente en la silla,
y, apretando bajo el brazo
la garrocha, y con la brida
incitando al toro, de este
sufrió tan fuerte embestida,
que picador y caballo
rodaron al suelo aprisa;

y fué milagro que estuvo
tan á punto la cuadrilla
que, aunque perdió su jamelgo,
Ortiz sacó la piel limpia.
  Se alzó el picador del suelo,
y, mientras se desprendía
del polvo y de la basura,
que el toro le arrojó encima,
dijo encarándose al cómico:
—Señó Miqui, ó Señó Mica;
¿piensa usté que aquí se muere
tambien de mentirijillas?

LA NOCHE DE SAN JUAN.

La de San Juan en Sevilla
Es alegre á maravilla.
LOPE DE VEGA.

I.

Bulliciosa es en Sevilla
la verbena de San Juan,
sin límites su alegría,
sus desórdenes sin par:
en la anchurosa *Alameda*,
y en confusa bacanal,
unos suben y otros bajan,
unos vienen y otros van.
Triple fila de candiles
de un tamaño colosal,
donde humeantes torcidas
arden, de aceite en un mar,
ciñe el anchuroso espacio,
y esparce su claridad
sobre las mesas, cargadas
de avellanas sin tostar,
ó tostadas, de turrones,
y de mil chucherías mas,
—¿Quiés guñuelos, saleroso?
dice una gitana, ¡y zás!
planta sus pringosos dedos
sobre el recien hecho frac,
y quiérase ó no se quiera,
por fuerza ó de voluntad,
no hay mas que tomar asiento
y los buñüelos tomar.
en los estrados que forman

de las anafres detrás.
—La candela, caballeros!...
grita un muchacho.
—Tostás!...
¿Quién compra avellanas frescas?...
repite un zafio jayan.
Y aturden los vendedores
con su eterno pregonar;
y un ratero á una señora
toma el pañuelo de holan;
y grita la dama, y sale
tras dél *la seguridad*,
y las madres, dicen «¡hijas!,...»
las hijas dicen «¡mamá!»,
y las hijas y las madres
corren de allí para acá,
hallándose pocas veces,
y perdiéndose las mas.
El veinte y cuatro de junio
del año... no digo más,
que al buen callar llaman Sancho,
y es bueno el año callar;
un veinte y cuatro de junio,
cenaban en dulce paz,
junto á los Hércules nuevos,
Juan Rapiña, sacristan
del Salvador, su sobrina
Pepa Molino, y Tomás
el Tiñoso, tabernero
frente de la catedral;
mientras cantaba rondeñas
de la guitarra al compás,
pellizcando algunas veces,
ya en la carne ó ya en el pan.
Juan Carpanta, alias *Mendrugo*,
mueble de Pepa, años há.
A una copla sigue un trago
de Sanlúcar, y á cantar

vuelve el majo, y los curiosos
se aumentan cada vez más.
—Hagan corro, cabayeros:
dice un encuerado Adan
á otros pillos, que obedecen
la advertencia fraternal.
—Vaya usté aélante.
—No quiero.
—No empujé usté.
—Hácia allá
jágase la vieja.
—Chito,
ó empiezo á meter trompás:
concluye un guapo, y la chusma
muestras de prudencia dá.
—Que cante el *Tiñoso*: salta
una vieja; y á la par,
¡*que cante el Tiñoso*, dicen
cuantos presentes están.
El *Tiñoso*, hombre de forma,
el mejor para fregar
ó barrer, segun lo exijan
las circunstancias, sin más
que lo dicho, se levanta.
vueltas á su capa dá,
toma la guitarra, apura
de un vaso hasta la mitad,
escupe, y canta una caña,
mas triste que un dia sin pan.
Mientras el *Tiñoso* canta
en sí piensa cada cual:
unos roban, otros beben
y otros, por ejemplo Juan,
se acercan á sus gachonas;
¿para qué? á saberse vá.
—Pepa? dice por lo bajo
Carpanta.
—Venga lo émas...

contesta la buena mosa.
¿Qué te píe la voluntad?...
—Que me digas á qué hora
te veré mañana?
—¡Andar,
y qué aspasio vive un hombre!..
¿Pues qué, esta noche no irás
á mi ventana?...
—Se entiende.
—A las dos.
—No hay mas que hablar.
—Cudiao con los dulses...
—Luego
tu ventana me verá
jecho una confitería.
Adios, Pepiya.
—Adios, Juan.
Y el majo toma el portante,
y el *Tiñoso* calla, y vá
desfilando tras la chusma,
la gente de calidad.
Poco á poco las guitarras
cesan, cesan de sonar
los pitos y tamboriles,
dejando al tímpano en paz:
los chicos de la candela
se sientan sobre el umbral
de las casas; las gitanas
descanso á sus lenguas dan:
el viento de norte empieza
terriblemente á soplar,
y apaga una luz; las otras,
por falta de aceite, van
muriendo; los vendedores
tienden las camas detrás
de sus puestos; y á las luces
sucede la oscuridad,
el silencio á los clamores,

y en vez de la bacanal,
se oye la voz del sereno:
las dos acaban de dar.»

II.

Andaluz que tiene prenda,
y, por falta de metal,
no puede llevarla dulces
en la noche de San Juan,
se cuelga, ó nunca parece
ante su gachona más.
¡Y el pobre Juan que no tiene
para dulces ni un real!...
¿Qué hará en tan terrible apuro?
¿Afufarse ó pernear
de un árbol?
—«Pues qué; pregunta
á su capa: ¿me dará
carpetaso esa endinota,
porque no la pueo mercár
dulses? Vamos, no es posible.»
Y en esta esperanza vá,
por la calle de la Cuna,
hácia la plaza del Pan.
Conforme cada mochuelo
se retira á su olivar,
un ruído de cristales
sordo, pero general,
llama la atencion de cuantos
vienen por la calle ó van.
—Chist... chist...
—¡Al diablu! responde
un gallego recental,
insensible al llamamiento
de alguna fregona.
—¿Juan?...

—Me llamo Marcos: contesta
un marido y, sin hablar
otra palabra, se muda
en busca de su mitad,
que á las dos no ha parecido
bajo el techo conyugal.
Junto á una reja dos majos
comen y hablan sin cesar:
mas abajo una doncella
critica á la vecindad,
porque no duerme, y la impide
su buen corazon mostrar:
y entre rejas y entre flores
damas hay de calidad.
que tambien pelan la pava (1),
mal que pese á Barrabas.
Pepa y solo Pepa aguarda
inútilmente; su Juan
no parece, y yá en su cuerpo
empieza el diablo á bailar.
Pero á poco se oyen pasos;
mas próximos suenan yá;
mas cerca luego, y al cabo
llega á la ventana Juan.
—¿Pepa?
—Si tardas dos creos
no me encuentras...
—¿De verdá?...
—Cabales: que naide es güeno
pá jaserme á mi esperar...
¡Sabe Dios dónde habrá andao
esa personiya!...
—Juan
no tiene vía, ni persona,
más que pá su Pepa...
—¡Ya!

(1) Hablar por las ventanas con sus amantes.

palabritas de jalea
nunca te faltan pá dar
con mis corajes en tierra...
—¿Se acabó?
—Dicho se está.
Que yo no guardo segunda
á naide; pelos al mar.
—¡Bendita sea tu boca!
—Pá mi boca, señó Juan,
hace ya falta una yema...
—Es que...
—¡Vamos!...
—La verdá:
anoche una perra sota
no me dejó pá comprar
un caramelo...
—¡Me alegra
la notisia!...
—Pero...
—Ayá
jágase el hombre escurrío,
que no tiene pá quear
bien con su maja... nagensia...
—¡Pero Pepa!...
—A otro portal,
hermano, con la demanda.
porque aquí no hay cariá.
Un portazo en los bigotes
dió á Carpanta la señal,
de que Pepa no pensaba
sus disculpas escuchar,
y mirando de reojo
la ventana...
—Puñalá
de muerte me den, gritó,
si güelvo, perra, á pisar
tus umbrales... Adios, Pepa,
hasta el vaye é Josefá.»

—¡Adios! repitió la chula,
abriendo de par en par
la reja, y vió, sin disgusto,
sentado frente á su umbral,
á Tomás el tabernero,
dirigiendo á su beldad
seguidillas sevillanas,
mas sabrosas que la sal.
—Pájaro que asi sus quejas,
dice Pepa, sabe dar,
bien merece que una moza
lo escuche con caría.
Al fin se decide y llama.
—¿*Tiñoso*?...
—¿Pepa?...
—¿De mas
tienes un dulse?
—¡Quinientos
pá tí sola!
—Bien está.
¿Me quieres?
—¡Que si te quiero!
¿Y te atreves á duar
de mi cariño? ¡Canario!...
Ni Gayferos ni Roldan
me ganan. ¿No sabes, Pepa,
que hase toa una eterniá
que te quiero, con faitigas
color de caña?...
—¿Serás
constante?...
—Como la hoja
al cabo de mi puñal.
—¿Te hase falta corason
pá resibir ó pá dar
cuatro puñalás á un hombre,
si se ofrese?...
—Por tu sal,

poco fué Francisco Estéban
cuando yo empiese á matar.
—Pues tuya soy.
—Mientras viva
yo tu esclavo, que no habrá
quien mas que yo te obeesca,
ni quien te camele más.
Lo dicho: serás mi reina
hasta el morir...
Y allá van.
los amores de Carpanta,
y de Pepa la lealtad,
por un puñado de dulces
en la noche de S. Juan!

AMOR AL PRÓJIMO.

Confesóse una doncella,
muy culta y latini-parla,
de que, á pesar que su madre
miles consejos la daba,
para que odiara á los hombres
y á las mujeres amara,
resistir la era imposible
la fuerza que la arrastraba,
á querer á los calzones,
y aborrecer á las faldas.
—¿No halla usted en la doctrina
que la enseñaron cristiana,
razon para rechazar
predileccion tan dañada?:
la preguntó el confesor;
y la niña, haciendo gala
de hallarse bien instruida,
contestó ruborizada:
—No, padre; por el contrario,
claro el catecismo habla;
me manda querer al *prójimo*;
de *prójima*, allí, no hay nada.

LA MEJOR MUERTE.

Una niña, toda escrúpulos,
toda pudor, toda rezos,
y toda rigor y espanto
contra el masculino secso,
diariamente importunaba
á un Santo-Cristo, queriendo
saber, ¿qué clase de muerte
la reservaba el Eterno?...
Un primo suyo, estudiante,
que supo el tenaz empeño
de la beata, se puso,
tras del cuadro, un día al sol puesto;
y apenas la oyó decir,
la vista fija en el lienzo,
lo de siempre:—¿De qué muerte
tendrá mi existencia término?
la respondió:—De viruelas.
—¡De viruelas! Padre tierno,
pensad que seré de horror
á mis parientes objeto.
—¿Prefieres morir de sarna?
—No, que repugnarles siento.
—¿Y de tercianas?
—Tampoco.
—¿Y de diarrea?
—Eso menos.
Y el estudiante cansado,
y qué decir no sabiendo,
esclamó:
—Pues sea de parto.

—Solo acatar tus decretos,
(se apresuró á contestar
la niña) toca á tus siervos.
¡Hágase tu voluntad
en la tierra y en el cielo!

LA VOZ DE LAS CAMPANAS.

Dudaba Juana, mi prima,
sobre si debia casarse
con un mozo, que la andaba
rondando mañana y tarde,
pero al que no conocía
fortuna ni oficio nadie;
por lo que Juana fué al cura
un consejo á demandarle.
No sabiendo el cura cómo
del compromiso librarse;
pues sabía que los consejos
solo se siguen si placen;
dijo á Juana que volviera
á su casa, y que escuchase
á las campanas, é hiciese
lo que ellas la aconsejasen.
Casóse Juana, y á palos
pronto la mató su amante;
y acudió llorando al cura,
de su consejo quejándose.
—Yo obedecí á las campanas.
—¿Las oiste bíen?
—Sí, padre;
Al balcon con ese indino
me puse á esperar que hablasen;
y como era dia de fiesta,
y á vuelo herian los aires,
yo escuché que me decian:
«cásate, cásate, cásate.»
—Por haber puesto en la fiesta
solo la atencion, erraste
No hubieras, Juana, pensado

ni en fiestas ni en novedades,
sino en los graves deberes
que en sí el matrimonio trae,
y entonces de las campanas
entendieras el lenguaje:
ellas dicen, cuando doblan.
—«No.. te.. cases.» «No.. te.. cases.»

UN MENUDO EN SAN BERNARDO.

Frente á los *caños* que traen,
de Alcalá de Guadaira
el ancho raudal de agua
que bebe y gasta Sevilla,
una estrecha callejuela
hay, de casas desprovista,
donde vive la tia Gancho,
con dos muchachas bonitas
como las perlas; que son
sus hijas ó sus sobrinas;
y allí un año, cuya fecha
me duele ya por lo antigua,
me reuní con cuatro amigos,
con la intencion sola y limpia
de meternos un *menüo*
entre el pecho y la espaldilla.
La casa de la tia Gancho
fama tenia merecida
por su tonono, (1) y sus callos,
y soldados de Pavía (2);
pero lo que mas llamaba
los devotos á la hermita,
eran, María de las Nieves
y Asuncion, las dos chiquillas,
tan buenas para guisar
caracoles en tortilla,
cuál para prestar consuelos,
si algunos se los pedian.

---

(1) Asadura de vaca.

(2) Abadejo ó bacalao frito envuelto en masa de harina: llamaban al bacalao así puesto soldados de Pavía para hacer mofa del regimiento de caballería de este nombre que estuvo mucho tiempo de guarnicion en Sevilla: los soldados de Pavía de los freidores de pescado abultaban mucho, pero en realidad tenian poco bacalao dentro.

Yo tenia en el ventorrillo
vara alta, porque iba
con frecuencia allí á tomar
dos cañas de Manzanilla;
y de paso pellizcaba
y requebraba á las ninfas;
y si daba una peseta,
la vuelta no recogia;
y así, bastó que dijese,
que era obligacion precisa
para mí, quedar airoso
con los que almorzar querian,
para que, en menos que canta
un cura loco una misa,
tia y sobrinas prepararan
cuanto de bueno tenian.
Sobre una mesa pusieron
llena una olla, hasta arriba,
de chorizos y de callos,
que en su pringue se cocian.
Junto á la olla, una fuente
llena de fresca corbina,
con aceite y con vinagre,
y con cebollas por cima.
Y un jamon cocido en vino,
y de salchichon dos libras,
y un blanco queso de cabra,
y negras aceitunillas.
Y para fin de la fiesta
y postres de la comida,
pestiños en miel revueltos,
y seis botellas por crisma.
Dióse principio al almuerzo,
y el jamon, y la corbina,
y el menudo, se acabaron
mas pronto que se quería;
pero nó sin que primero
las mozas que nos servian,

no probaran, con sus lábios
de rosa, la manzanilla,
convirtiendo en fuego el caldo
que las botellas vertian.
Levantados los manteles,
pretendimos que las niñas
se lucieran; y á servirnos
prestarónse tía y sobrinas.
Trajo Asuncion la guitarra
y entonó unas seguidillas,
y unas playeras, que pienso
que si llegaron arriba,
y las oyeron, los ángeles
bailaron sin zapatillas.
Y ¿qué diré cuando en blanco
ella los ojos ponía,
y por un cuarto de hora
lanzaba un ay con fatigas?
Que al oirla, y al mirarla,
como yesca el pecho ardia,
y el alma se requemaba,
y el corazon se hacia trizas.
Acabó Asuncion; y Nieves
saltó de la mesa encima,
y alzándose su vestido,
y quitándose una liga,
con ella se hizo un remango,
sobre las caderas mismas,
para lucir los zapatos,
y acaso las pantorrillas.
Corrimos á rodearla,
y, por la Vírgen Santísima,
que un ángel era la moza,
y en diablos nos convertía!
Ella, con los brazos altos,
que se apartaban y unian,
y al zapateado daban
con sus palmadas medida;

moviendo el cuerpo y cerniéndose
como si fuera una criba;
y las redondas caderas
echando abajo y arriba;
parándose algunas veces
para tomar una *uvita*,
y volviendo luego al baile,
aunque el sudor la corria:
y nosotros con los vasos
pegando en la mesa misma,
y aplaudiendo, y escitando
su danza provocativa,
y diciéndola requiebros
mas encarnados que guindas:
todos parecíamos locos,
todos sudábamos tinta...
Al fin terminó el jaleo,
como todo acá termina,
por cansancio; y cada cual
cantó á la broma el *per istam*.
Y recogiendo las capas,
y adios diciendo á la niñas,
por la puerta de Carmona,
dimos la vuelta á Sevilla.
Muchos años han pasado
desde que mis pies no pisan
la venta de la tia Gancho,
donde hallé tantas delicias.
Pero siempre que hablar oigo
de un menudo, todavía
los dientes se me hacen agua,
y saltan mis pantorrillas,
y me relamo de gusto,
y siento negras fatigas;
y quiero, cuál hoy lo hago,
que el mundo sepa, y se imprima,
que un menudo en San Bernardo
sabe á gloria al que lo pilla.

LA HORMIGUITA.

En el trance de la muerte
un religioso ayudaba
á un gitano, y le leia
las oraciones mas santas.
Tuvo el padre que salir
un momento de la estancia.
cuando daba ya el gitano
las últimas boqueadas,
y al volver, con el intento
de recomendarle el alma,
no pudo hacerlo, porqué
el breviario le faltaba;
y por mas que se buscó
en la alcoba, y en la sala,
y en las sillas, y en las mesas,
no se halló del libro nada.
Fuése el fraile pesaroso
de haber perdido su alhaja,
y el alma entregó el gitano;
y en amortajarle andaban,
cuando al levantar el cuerpo
se vió con sorpresa harta;
que tenía el breviario
metido bajo las nalgas.
—¿Qué es esto? dijo una vieja
que al gitano amortajaba.
—¿Qué ha de ser?(la contestó
sollozando otra gitana),
que siempre fué el probecito
una hormiga pá su casa,
y que hasta despues de muerto
no quiso que el pan faltara.

EL VACIO.

Mandó un pobre zapatero
por pan á su hijo á la plaza,
y le encargó que comprase
y trajese dos hogazas.
Fué y comprólas el chiquillo;
pero era su hambre tanta,
que se habia las dos tragado
antes de volver á casa.
Por el pan preguntó el padre,
y el hijo tuvo la audacia
de confesar su delito.
Entonces cogió una vara
el zapatero, y le echó
al muchacho una botana.
Pero al primer zurriagazo
destapó el chico la gaita,
y empezó á gritar:
—Ay, padre,
déjeme usté, que me mata,
no me pegue en el *vacío*....
Y dijo el padre:—Canalla,
es mentira, tú no tienes
vacío en tu cuerpo nada.
¡Tener no puede *vacío*
quien se tragó dos hogazas!

LA VOCACION.

He observado que á las tontas
siempre las dá la manía,
por tener hácia los hombres
inclinacion decidida.
Y un padre que una hija tonta
por su desgracia tenía,
ponerla quiso en clausura,
para evitar tonterías.
—¿En qué convento mejor
se encontrará?... A la familia
consultaba un dia su padre;
y la tonta, que lo oía,
contestó:—Padre, si usted
quiere que á gusto yo viva,
póngame usté en el convento
de los frailes carmelitas.

EL OLOR DE SANTIDAD.

Abrieron un ancho foso
de un monasterio en la huerta,
buscando de un Venerable
los huesos, ó las chinelas.
Vanamente el hortelano
dijo y porfió que era
inútil buscar al santo,
en la direccion aquella;
pues, como viejo, él tan solo
recordaba, y eso á medias,
que por allí la cloaca
del convento andaba cerca.
Nadie atendió á sus palabras;
y á fuerza de sacar tierra,
toparon con una cosa.
que no era hueso ni piedra,
sino una masa pringosa,
sin forma, terriza y negra;
que al verla prorumpió en gritos
la comunidad entera.
—¡Esas son del Venerable
las incorruptas moléculas!
—¡De su inmensa santidad
inútiles son mas pruebas!
—Doscientos años hará
que aquí sus restos se encuentran,
y hallarlos hoy es milagro!..
clamaba la concurrencia.
Todos eran, gritos, plácemes
y apretones de muñeca,
cuando un lego, que en su hábito
la reliquía tenía envuelta,

se atrevió á decir:—¿No notan
cierto olor sus reverencias?
—Sí: ¡un delicioso perfume!
—Sí: ¡una celestial esencia!
—Sí: ¡el aroma de los cielos!
—Sí: ¡á jazmines y á violetas!
todos á un tiempo gritaron
dando al lego la respuesta.
Todos?—No: que el hortelano,
con menos fé ó con mas flema,
se acercó al lego y pidióle
oler la reliquia aquella,
y apenas á sus narices
la llegó, dijo:
—¡Ca... nela!
el olor de santidad
de este venerable, apesta.
—¡Jesus! esclamaron todos:
pues á qué huele?
—¿A qué? ¡A cera
de la que dan los cereros,
pero no dan las abejas!

LA ULTIMA CAÑA.

En la taberna del *Chato*,
frente á San Juan de la Palma (1).
mucho más de la *Oracion*
y algo menos de las *Animas*,
sentados tranquilamente
ante una mesa, jugaban
José Treinta y Juan Terrones
al rentoy *la última caña*.
Era Terrones casado.
y la Providencia santa
le habia dado cinco hijos,
y una mujer siempre en cama.
Treinta, por el lado opuesto,
aunque devoto á las faldas.
mantenia únicamente
á una moza gaditana.
con mucha gracia la jeta
y en la popa mucha gracia;
pero falta de sentidos
y de caprichos sobrada.
Terrones queria á sus hijos
como á trozos de su alma.
y á su chula Pepe Treinta
más que á una mina de plata:
solo cuando se reunian,
de noche, en aquella casa.
ante el rico manzanilla,
de sus prendas se olvidaban.
Perdió Treinta la partida,
y Terrones, puesto en jarras.

---

(1) Iglesia parroquial de Sevilla.

con el sombrero en la mano
y por el suelo la capa,
levantó con el pulgar
y el indicador la *caña*,
espresando su respeto
al vino en estas palabras.
—Dios te salve, mansaniya,
Dios te libre de las garras,
de aguaores taberneros,
que profanen tu sustansia.
Llena de aromas divinas
nuestras narises te catan,
y no en balde Jesucristo
por su sangre te proclama.
Bendita la viña sea
que te enjendró entre sus ramas.
Benditos sean los lagares
donde estriparon tu cáscara;
benditos sean los barriles
que en sus abismos te guardan,
y bendito el tabernero
que al menudeo te despacha.
No habia acabado Terrones
su arenga sacro-profana,
cuando llegó á la taberna,
llorosa y casi sin habla,
de sus hijas la mayor,
que á diez años no llegaba.
—Qué ocurre?... preguntó Juan.
—Ay paresito del alma:
mi maré está espirrabando.
—Pues véte volando á casa,
que yo te sigo, tan luego
que apure *la última caña*.
—Compare, preguntó Treinta
viendo salir la muchacha,
¿será posible que usté
güelva á la razon la espalda?

—Compare, ni por los clavos
de San Francisco... mas Paca
está é peligro...
—Compare,
la conviá de usté falta.
—Allá vá, compare... ¡Chato!
por mi cuenta echa otra *caña*.
—¡Qué olor tiene!... á los difuntos
resusita esta fragansia...
Pero Coliya, ¿qué traes
tan asustao? qué nos pasa?...
—Poco y malo, señó Pepe,
Que Teresa la Gaitana,
iba hase un rato hásia el muelle
con Perico Calabasa.
—¿El calvo y tiñoso?
—El mesmo.
—Adios, compare...
—Cachaza:
¿se olvía usté que perdió,
compare, *la última caña*?
—Tiene usté rason, compare...
Coliya, vete á la playa,
gusca á la endina, y con ella,
junto á San Pablo me aguardas...
Montañés, echa la última...
Por la de usté...
—Venga y grasias.

. . . .

Y ambos compadres, despues
de las diez y media dadas,
del brazo por no caerse,
cojidos, débil la planta,
el sombrero ali-caido,
y sobre un hombro la capa,
por la calle de las Tiendas,
hácia S. Pablo bajaban.
Llegaron á su vivienda,

en dulce amor y compaña.
y cada cual de su prenda
pidió noticias exactas.
—Ya hace mas de media hora
que mi mare en paz descansa:
dijo su chica á Terrones;
y Coliya. en dos palabras
dió á Pepe Treinta cien muertes:
—«Pa usté voló la Gaitana.»
Entonces los dos amigos,
dando traspieses de á vara,
quién dice que de dolor,
quién de vino, por la plaza
de la Magdalena vuelven
hácia S. Juan de la Palma.
—Compare, si el vino güeno
las desasones apaga,
(dijo Juan Terrones) vamos
á tomar *la última caña.*

PRUEBAS DE AMOR.

—«Es mentira, no te quiere
(dijo la Juana á la Pepa),
hombre tan esaborío,
que no te endiña una ferpa,
á lo menos cáa dos dias,
ni te quiere, ni en consensia
naide dirá que merese
que una real mosa lo quiera.
Y aquí, Pepiya, hago punto
y me las toco é soleta,
que el arratrundi é mi Paco
tiene mal genio y maspera.»
No echó Pepa en saco roto
de su amiga la advertencia.
—«Quiero me atisen, desia,
(mientras daba á sus caderas
aquel suave movimiento,
que en las mozas de mi tierra
equivale á un terremoto)
quiero que me atisen, sepa
mi cuerpesiyo á qué sabe
una conviá de leña.»
Con tan ridículo antojo
Pepa llegó á su vivienda,
adonde ya la aguardaba
su gachon, Diego Paciencia.
—¿Daonde güeno? la pregunta.
—De la caye.
—La respuesta
concluye, mas no convense.
—Y diga usté, só postema!
¿tengo yo jecha escritura

de chimuyarle, (1) canela!...
dásia qué lao corre el viento
cuando mi popa navega?...
Menos borla y mas limosna,
menos selo y mas querensia,
que el dulse é pico á toas horas
empalaga y no alimenta.
—Pues ¿qué te falta endinota?...
¿hay en toitica la tierra,
una jembra mas quería?...
—¡Gran puñao son tres almendras!
—Y ¿nó te he comprao una saya,
con alamares de sea,
que la duquesa de Osuna
se pirrára por tenerla?
—Bien, ¿y qué?...
—¿Y unos sapatos
no tienes con bigoteras?
—¿Bien, y qué?
—¿Y al fin no eres,
y Dios me lo tome en cuenta,
la que manda en mi saranda,
y la que en mi reino reina?...
—Bien; ¿y qué?
—¿Sabes, Pepilla,
que el *bien* y el *qué* ya me apestan,
y, si el pescao se me ajuma,
te vas á tragar dies muelas?
—Y ¿sabe usté, cara é mona,
que nengun alma de...
—¡Pepa!...
—me pone á mí los langustios (2)
en la mitá de la jeta?...
—¿Cuánto apuestas á que sí?
—¿Cuánto vá á que no?
—Pues ea,

(1) De decirle.
(2) Los dedos.

dice Diego, y una vara,
de á dos cuartos por mas señas,
rompe en las pobres costillas
de la antojadiza Pepa;
quién todavía sostiene,
¡lo que son antojos de hembras!
que amor se prueba á trancazos,
y el que mas quiere, mas pega.

EL DIA DEL SANTO.

Un *corral* es, en Sevilla,
una casa en la que hay tantos
inquilinos como puertas,
y mas familias que cuartos.
Una puerta súcia ó limpia,
y un zaguan mas corto ó largo,
lleno de lodo en invierno,
y de polvo en el verano,
y en el que andan á cachetes
veinte desnudos muchachos
de todas fachas y sexos,
del sol naciente al ocaso;
dan, de sopeton, entrada
á un patio mal empedrado,
de corredores ceñido
con barandillas de palo,
y en cuyo centro hay un pozo,
junto á un lavadero ancho;
donde, con toda su alma
á un tiempo menean los cuartos
media docena de mozas,
de las de moco de pavo,
que alegres pasan el tiempo
entonando y jabonando.
Palos que cuerdas sostienen
de un lado al otro del patio;
cordeles que atados corren
del corredor á los palos;
permiten á los vecinos
colgar allí sus guiñapos,
ó las ropas que emblaquecen
de otras casas y otros amos.

En una misma vivienda,
duermen juntos y hacinados,
el marido y la mujer,
el niño, el perro y el gato.
Cada dia, por su turno,
está un vecino obligado
á barrer las escaleras,
á encender la luz del patio,
á fregar los lavaderos,
ó á pagar luz y fregados.
A las diez en el invierno,
y á las once en el verano,
se echa la llave al postigo,
que permanece cerrado
hasta las cinco ó las seis,
segun la estacion del año.
Para sostener el órden
en dominios tan poblados,
el amo del *corral* nombra,
previo informe ó padrinazgo,
un matrimonio sin hijos,
el marido licenciado
de ejército, y la costilla
mujer de puño y de taco,
tan buena para emprender
con un vecino á sopapos,
como fiel para cobrar
el alquiler de los cuartos.
Aparte de las pendencias
entre sastres desastrados,
que vienen á reducirse
á unos pocos agujazos:
fuera de las borracheras
de un zapatero, y los palos
que á tientas sacude un ciego
seguro de dar en blando;
si de mozas y galanes
las desazones callamos,

nunca se salen de quicio
los *corrales* sevillanos,
sino al celebrar el dia
de la casera ó del amo.
¡Pero llega el Santo, y Dios
tenga al corral de su mano!
Apenas el alba asoma
tras del oriente, el cotarro
se alborota, las mujeres
gritan, lloran los muchachos,
maldicen los dormilones,
gruñen los maridos mansos,
y hombres, mujeres y niños,
cochinos, perros y gatos,
bajan á ver al casero
que, de tanto amor pagado,
derrocha aquella mañana
más que ganó en todo el año.
—¿Pepa? grita desde arriba
un cerero, y desde abajo...
—¿Qué tripa, dí, te se ha roto?...
contesta la chula al majo.
—Los calsones.
—Todavia
no están cosíos.
—¡Ca... nario!
—Pasensia, que lo primero
es primero...
—Señó Paco,
baje usté y tome una uvita:
dice el casero mediando.
—Si esa endina me hubiea dicho
que usté yamaba...
Y de un salto
el Señor Paco en camisa,
de pies y piernas descalzo,
baja á dar los buenos dias
y á tomar contento un trago.

—Que los tenga usté felices
—Grasias, Juaniya. ¿Y el cabo
de provinsiales?...
—Se ha dío
á la revista temprano,
pero á la noche vendrá
pá bailar conmigo un rato.
—¡Juan Tirapié! toma un sorbo.
—Señó casero, no gasto.
—Toma un sorbo, y no me jagas
un desaire..,
—Venga el vaso...
Por los dos...
—Así me gusta.
—Es que usté...
—Juan, haste cargo
de lo que es mi obligacion.
Si en la caye te he dejao
dos noches, no es mia la culpa:
á las onse manda el amo
trincar la puerta, y despues
ni al niño Jesus le abro.

. . . .

Por la tarde es otra cosa:
junto al pozo congregados
todos los vecinos, lucen
mujeres y hombres sus trapos.
Una veintena de sillas,
con algunos cojos bancos,
súcios, bajos y pequeños
constituyen el estrado.
Llega el *tocaor*, le ofrecen
el mejor sitio y un vaso
de Manzanilla, sin ruegos
lo admite todo volando,
coge la guitarra, témplala,
se escombra, y con suelta mano
toca y canta malagueñas,

y empieza luego el sarao.
  Pepa baila con Juanillo,
y Juanilla con el cabo
de provinciales; la broma
toma cuerpo, corre el caldo,
y brindan porque el casero
viva cuatrocientos años.
  Pero sucede que Pepa
hace un renuncio bailando,
lo advierte Paco y se acerca
al militar, hablan bajo
primero, despues mas fuerte,
y á grito despues pelado,
hasta que á las herramientas
éste y aquel meten mano.
  Alborótase la chusma,
y entre gritos encontrados,
cada cual toma partido
por su pariente ó su hermano.
  La guitarra se hace añicos,
vuelan botellas y vasos,
y bancos, sillas y mesas,
van por el suelo rodando.
  Entre tanto Pepa y Juana
se agarran como dos gatos,
se arañan, muerden y acosan
hasta que una cae debajo.
Pepa que sale triunfante
levanta á Juana el refajo,
y la aplica dos docenas
de azotes con un zapato.
Chilla Juana, su marido
de su suerte lastimado,
empuña el hierro, la gente
corre, quedan sobre el campo
tirándose puñaladas
los dos maridos, y el cabo
atraviesa la tetilla

de su temible adversario:
sale el asesino huyendo,
viene el alcalde del barrio
con la guardia mas cercana,
prende al bueno, libra al malo,
y aquel lugar de delicias
momentos antes, trocado
queda en lugar de tormento
para muchos desgraciados.

MALA COMPAÑERA.

Enfermo cayó un doctor,
que á nadie salvó la piel,
y, á sí propio no asistiéndose,
logró vivir casi un mes.
De su vida sin embargo
llegó el instante postrer,
y á sus ojos se ofrecieron
sus víctimas en tropel.
Cuál los puños le enseñaba;
cuál le maldecia, porqué
morir le dejó olvidado,
por asistir á un Belen.
Ninguno logró asustarle;
mas de frio sudor su piel
se cubrió, cuando volviendo
la cara hácia la pared,
para no escuchar los cargos
de aquella nueva Babel,
vió puesta á la cabecera
de su cama á una mujer,
armazon sola de huesos,
sin miriñaque y corsé,
que á él estendia sus garras
para apretarle la nuez.
Quiso hablar; pero imposible
por algun tiempo le fué;
mas luego que el moribundo
pudo de la lengua hacer
uso, preguntó á la dama:
—¿Qué quiere aquí su merced?
—Vengo por tí. ¡Soy la muerte!
—¡La muerte! ¡Dios de Israel!

—¡La misma! Que te ha seguido
siempre, á caballo y á pié...
dijo la muerte; y el médico
se apresuró á responder:
—¡Qué ingratitud! Compañera:
¿ni á mí me perdona usted?

DESPEDIDA.

¡Rosa, á Ceuta por diez años
mi perra suerte me envía.,.
Dios perdone á la real mosa,
causaora é mis desdichas!. .
¿Te acuerdas, Rosa, del majo,
cara de chupa-torsías,
que se atrevió á requebrarte,
junto al barrio de la Viña?
Pues esa mona encontró,
por respuesta en la tetiya
una cuarta de lenguao
que lo tendió pansa arriba.
Vino la guardia, prendiome,
y, entre fariseos y escribas,
á presiyo por diez años,
como te he dicho, me envían.
Por tí Rosa, por tu gracia
presa yo el alma tenia,
y entre caenas el cuerpo
tambien por tu sal se mira.
¡Por tí no verán mis ojos,
en diez años de faitigas,
los terruños de Chiclana
ni del Puerto las marismas!
Mas ¿qué importan estos males,
si los comparo, mi vida,
con el mal de abandonarte
por diez siglos?—¡Mala víbora
pique al juez y al escribano
que asistieron á la vista
de mi causa, y mala bomba
los pegue contra una esquina!

Ya no irás, Rosa del alma,
sentada tras de mi silla
baquera y sobre mi tordo
á la feria de Lebrija;
ni sentiré ya tu mano
á mi cintura ceñida:
ni el roce de tu vestido
sacará á mi cuerpo chispas,
ni me quemará tu aliento,
ni, de la rosa prendida
en tu pelo, la fragansia
me hará que pierda la crisma.
Ni embosaos, yo en mi capa
y tú Rosa en tu mantilla,
iremos ya á Puerta é tierra
á merendá pescaiyas
vivitas, con aseitunas
gordas, morás y partías.
Ni allí, teniendo delante
una mesa coja y chica,
y arrellanás las presonas
sobre dos temblonas sillas,
tú, mirándome con ojos
de carnero cuando espicha,
y yo, Rosa, devorándote
con el alma y con la vista,
meterás los cinco dedos
en la fuente de corbina,
para que yo te los chupe
hasta sacar sangre viva.
¡Ni en los bailes del tío Roña
bailaremos seguiiyas
punteás con castañuelas
y guitarras!... Rosa mía,
si tanto pierdo, si tanto
me cuestan las ansias finas
con que te camelo, paga
con tu constancia mis cuitas:

que no me jagas traiciones,
porque, entonces, no te libra
la caría de un jabeque
en la mitá de la fila. (1)

¡Adios, Rosa, adios, morena
de mis ojos!—Persuadía
pues quear, que mientras yo
en Cádiz ó en Ceuta viva,
no te faltará un gachon
que te quiera con faitigas,
un braso que te defienda,
ni un corason que te rinda,
su sangre por un recuerdo,
y por un beso su vida.

(1) Pintar un jabeque en la fila es cortar la cara.

DIEGO CORRIENTE (1).

I.

FRAY DIEGO.

¡Ah, de la ermita!
—¿Quién llama?—
—Diego Corriente.
—¡San Pablo
me asista!
—Menos clamores
y mas obedensia... Hermano.
abra la puerta; si nó
la abro yó de un trabucaso...
Asi me gusta... los hombres
se entienden, páe Diego, hablando...
¿Qué gente tenemos?
—Nadie.
—Mejor.
—¿Mas sabré?—
—Despacio:
necesitamos la ermita
pá un negosio...
—¿Y has pensado
que la casa de Dios sirva...?
—Como dos y dos son cuatro.
Más quiero: que usté me ayúe...
—¿Tal vez á un asesinato?—
—No le rompo á usté la crisma

(1) Este cuento es el único con forma de leyenda, que hemos trasladado á esta edicion de la de 1844. Lo conservamos, porque es una pintura mas ó menos exacta de la vida de los bandidos andaluces, y de su fin á manos de la justicia.

piadosamente pensando,
que no sabe lo que jabla...
¡Yo asesino! ¿Diga, hermano,
si nunca Diego Corriente
se bañó en sangre las manos?
Defendiendo mi persona,
si quieren matarme, mato;
pero ¿quién sabe que Diego
haya nunca asesinao?...
Conque recoja esa lengua,
padre Diego y convengamos,
en nuestro plan...
—Santos cielos!
yó en planes con...
—¡Por los clavos
de Cristo, que no me insulte
mientras no me esplique!... al grano.
¿Conoce, hermano, en Gandul
á Remigio Perez...?
—Años
hace, que sirve al marqués
del Pino...
—¿Y sábe usté cuantos
hijos tiene?
—Seis.
—¿Y sabe
usté, que tiene un cuñao
enfermo, sus padres lelos,
y á su costilla de parto?...
—¡Pobre Remigio!...
—¡Y tan pobre,
que ayer se vió el desdichao
sin pan que dar á sus padres,
ni á sus hijos!...
—Pero, al cabo,
el marqués no dejará
morir de hambre á un criado
tan antiguo...

—Sí.,. el marqués!...
Pues quién, sino ese malvao
es causa de sus desdichas?...
Quiso premiar á un lacayo,
que le sirvió de... me esplico?...
y despidió á un hombre honrao,
como Remigio, que nunca
aduló ni lamió platos.
—¿Es eso cierto?
—Tan cierto
que si ayer, por un milagro,
no vá mi teniente al pueblo
y me cuenta luego el caso,
á estas horas la paría
está del cielo gosando.
—Pero el marques ¿no ha sabido?
—Buenas lanas tiene el macho
pá acordarse de otra cosa,
que de sus casas de campo,
sus bailes, sus comilonas,
y sus... pero quince rayos
partan á la buena moza
que el pecho me tiene asao,
á Teresa, la mas rica
hembra de todo el Condao (1),
que si el marqués no se enmienda
al infierno va de un salto!...
—Me dirás?—
—De eso se trata.
Segun parte, que me ha dao
un amigo de Sevilla,
esta mañana temprano,
debe llegar á Gandul
el marqués, acompañao
de sus dos hijas y el mozo
primera causa del daño.

(1) De Niebla.

Pero, que me coja un toro
si antes que pisen el barro
de Gandul, no capitulan,
como Dios tiene mandao.
—Y qué intentas?
—Poca cosa:
que haga renunsia el lacayo
de la plaza de Remigio,
bien á bien, y que su amo
sea padrino del chiquillo
que ayer nasió.
—Pero, hermano,
¿quedará en esto la broma?—
—En esto, si no encontramos
resistencia, porque entonces
habrá .. lo que quiera el diablo.
Mientras yo viva en el mundo,
pueden dormir descansaos
los probes... cuando yo caiga...
En fin lo dicho, tocayo;
ponga usté en esa casucha,
que está de la ermita un paso,
una botella con vino
de Sanlucar y dos vasos,
que pronto güelvo...; la noche
vá de sumbío y porraso,
y puede ser que mi gente...
Adios, páe Diego...
Y tocando,
levemente con la espuela,
al hijar de su caballo,
entró en el bosque Corriente,
y en su ermita el hermitaño.

II.

LA SORPRESA.

Era una hermosa mañana
de abril, y las negras sombras
de la noche habian cedido
su imperio á la blanca aurora.
Poco á poco el horizonte,
teñido de azul y rosa,
se enrojeció; los cabreros
abandonaron sus chozas;
cantaban los ruiseñores,
al compas que hacian las hojas
de los árboles, movidas
por la brisa arrulladora
de los bosques, y el camino,
desierto por muchas horas,
brotó, casi por milagro,
una pesada carroza,
tirada por ocho mulas
grandes, valientes y tordas.
¡Cuántas veces quiere el cielo
que duerma bajo las rosas
el venenoso reptil
que al hombre pica ó devora!
¡Cuántas permiten los cielos
que la luz esplendorosa
del sol, alumbre del crímen
la carrera triunfadora!
¿Quién, al ver la grande escena,
que presenta la tortuosa
senda que á Gandul conduce,
por entre violetas rojas,
y olivos y palmas verdes
y pintadas amapolas;
quién habria de sospechar

que, detras de cada hoja,
un hombre escondido aguarda
la ocasion, triste y traidora,
de hacer que elija otro hombre
entre su vida y su bolsa?...
Tranquilamente arreaba
el mayoral á sus tordas,
tendiendo, á veces, el látigo,
mas siempre con mano floja;
y el marqués del Pino, que era
el dueño de la carroza,
trazaba tranquilamente
mil espediciones locas,
con sus hijas; y el lacayo,
á la zaga y á sus solas,
ya en sus adentros soñaba
con un fortunon de arrobas,
cuando un balazo, tirado
con la intencion bondadosa
de asustar únicamente,
llenó de justas zozobras
al marqués y á sus dos hijas,
tan tímidas como hermosas.
—Alto: gritó un desalmado
bandido, con voz vinosa,
apuntando al mayoral;
y al mismo tiempo una tosca
mano, en la puerta del coche,
clavó sus uñas de loba.
Pensó el marqués defenderse;
mas viendo que era una loca
temeridad, preguntó:
—Qué se ofrece, buena tropa?...
—Abajo!
—Abajo?... si es gusto
de ustedes, nadie lo estorba.
—Boca abajo.
—Boca abajo!

—Lo dicho!
—Si esto acomoda
no hay que replicar: con todo,
si esa órden, tan incómoda,
no hablara con mis dos hijas?...
—Bueno fuera que una hermosa,
anduviera boca abajo
mientras yo mando en persona!
Las chiquiyas estarán
lo mesmito que las rosas
en su rosal, mientras limpian
mis compañeros las bolsas
del coche... Oye, Cascarrias,
tapa al lacayo la boca,
y amárrale los pulgares,
porque ese pájaro importa...
—Pero, mis hijas...
—Las niñas
corren de mi cuenta!... Ola!...
Y la mayor tiene un cuerpo!
Sobre que se me alborota
la sangre en las venas... Prenda,
no sea usted tan desdeñosa...
Sobre que me gusta usté,
mucho, muchito! Qué tonta!
Pues no güelve la cabesa
á otro lao!... Salerosa,
saque usté de penas pronto
á un cristiano... ¡Cachiporra,
y qué guapo bofeton
me encajó en la chirinola!...
Pero no hay remedio: usté
me querrá...
—Alma de roca,
deje usté en paz á la niña,
que estraña esas palabrotas...
—Señor marqués, si otra vez
echa usté á sonar la trompa,

le machuco á usté los sesos...
Vamos, muchachos, que asoma
la mañana, y no es pruente
que el sol, *tomando*, nos coja...
Por lo mismo, remismito,
que el señor marqués se amosca,
no hay remedio... soy el amo...
y la chica me acomoa...
Sabe Dios el resultado
de escena tan ruborosa,
si la presencia de Diego,
arrogante y seductora,
no hubiera impuesto al bandido,
y dado aliento á la hermosa.
—Vamos, Mala-sangre, deja
descansar á la señora
y al avío, que no hay tiempo
que desperdiciar... Ahora,
señor marqués, en la ermita,
que está sobre aquella loma,
nos hablaremos...; se trata
de hacer una buena obra,
y no creo que un bandido,
cuyos crímenes asombran,
tenga que enseñar virtudes
á un señor de ejecutoria.

III.

JUSTICIA DE DIOS.

Dos meses han trascurrido,
desde la triste mañana,
en que el marqués y Corriente,
mano á mano y jarra á jarra,
firmaron cierto contrato,
con la fé de sus palabras,
que dió al noble libertad.

y al bandido la esperanza
de ver repuesto á Remigio,
en su viejo empleo de guarda.
Dos meses han trascurrido,
y en aquella misma sala,
sentado Diego Corriente,
al parecer, sin gran calma,
escucha de vez en cuando,
y de vez en cuando traga,
para entretener el tiempo,
vino mezclado con agua.
Las facciones del bandido,
regularmente selladas
con la tristeza que el crímen
imprime en las nobles almas,
tan grande inquietud demuestran,
que ó medita una venganza,
ó un atroz remordimiento
hace trizas sus entrañas.
De pronto sonaron gritos
sofocados, y á patadas
y á golpes fieros, dos hombres
de malditísíma traza,
al noble marqués del Pino,
atrás las manos atadas,
pusieron en la presencia
de su capitan...
—¡Canallas!
(dijo Corriente, rompiendo
contra una mesa, la jarra
en que bebia). ¿Mis órdenes
no se obedesen?... ¿Se trata
así á un criminal?... Marqués,
levante usté mas la gaita,
y mire usté, si se atreve,
á Corriente, cara á cara.
—¡Corriente!...
—El mismo: ninguno

mas que yo, sobre su espalda,
se echa el vengar á los probes,
de vuestras torpes infamias.
Vamos pronto.—Mala-sangre,
di al páe Diego, que lo aguarda
su tocayo... Conque, andando,
vaya fuera la mordasa,
y responda usté, marqués...
¿Por qué sin culpa ni causa,
faltó usté á lo prometío
solemnemente?...
—La falta
es de mi administrador.
—Esa disculpa no basta...
Y ¿sabe usté que Remigio,
al verse sin pan ni plata,
cogió la escopeta al hombro
y, en la primera jornada,
fué cogido, y perneó
en la horca á las tres semanas?
Y ¿sabe usté que los padres
de Remigio, sin mas causa
que el abandono, murieron
como perros?... ¿que su amada
espiró de sobreparto,
y que su hijo descansa
en el sielo, entre sus padres,
que á voces piden venganza?.
¡Venganza! (repitió Diego,
con voz terrible...) Colmada
la tendrán... si la justicia
de los hombres no se pára
en tus crímenes, la ira
de Dios mi brazo levanta,
y para vengar los probes,
á cada instante me salva...
Bien venido, padre Diego...
Prepare usté seis palabras

de consuelo, pá ese hombre
que va á morir... Fueran vanas
las súplicas... la justicia
de Dios cumple cuando amaga.
Y antes que el bandido hubiera
vuelto á la ermita la espalda,
sonó un tiro, y del marqués
el cuerpo quedó sin alma.

IV.

JUSTICIA DEL HOMBRE.

Ya se murió mi madrina
la duquesiya de Alba,
que si eya no hubiera muerto,
á mi no me ajusticiaran (1).

Así cantaba sus penas,
con melancólico son,
Diego Corriente, la noche
que á su muerte precedió.
La justicia de la tierra,
siempre inexorable, atroz,
cuando se trata de un nombre
que el nacimiento ilustró,
y glacial é indiferente,
cuando resuena el clamor
de un pobre; desde el momento,
que el marqués muerto cayó,
dió en perseguir á Corriente,
sin tregua ni compasion.
Preso al fin, su triste suerte
tranquilamente esperó.

---

(1) Esta mal limada estrofa que se atribuye efectivamente al celebre ladron Diego Corriente, se canta todavia por los bandidos andaluces, que la han conservado por tradicion. Diego Corriente es para ellos siempre un hombre respetable.

Eran las once del dia,
y el populacho feroz,
con impaciencia aguardaba
la sangrienta ejecucion.
A la aurora, las tabernas,
que ocupan en su alredor
la plaza de San Francisco,
llenáronse, de hoz y coz,
por artesanos, mujeres
de equívoca profesion,
muchachos de la candela,
quintos, mozas de labor,
y otras mil clases y castas,
que Bufon no describió!
¡Curioso es ver, cómo el mundo,
sordo al humano clamor,
bebe, goza y se embriaga,
junto al cadalso feroz,
que un hombre contra otro hombre
levanta á la luz del sol!
Apenas dieron las doce,
en el lúgubre reloj
de la cárcel de la Audiencia,
Diego Corriente empezó
á bajar las escaleras,
sin indicios de temor.
Cuando llegó á la meseta,
como es costumbre, entonó
la *Salve* de despedida
con firme y sonora voz;
y un eco triste y lejano,
que á su canto respondió,
era de sus compañeros
el triste y último adios.
Sonó el cerrojo terrible,
en sus goznes rechinó
la puerta, y Diego Corriente
bajó el primer escalon

de la cárcel y la vida,
con paso firme y veloz.
La muchedumbre apiñada,
al mirarle prorrumpió
en lágrimas y alaridos,
que hirieron su corazon.
—¡Mira qué hermoso! esclamaba
una mujer: y el dolor
cubrió sus ojos de lágrimas,
y su pecho de afliccion.
—¡Siempre valiente! decia
una aguardentosa voz,
al través de los curiosos...
—¡Qué sereno vá!
—Mejor.
—¡Pobrecito!
—Muy bien hecho.
—Es una injusticia atroz.
—¡Diego Corriente era el padre
de los probes!
—¡Un ladron
no merece otro destino!...
—No me empuje usté.
—¡Si yo
vine antes!...
—¡So embustero!
—¡Silencio!
—¡Toma!...
—Bribon.
—¡Ay! ¡me ahogan!
Y la gente,
que mas no necesitó,
corre, y grita, y roba, y caza
sin escopeta ni huron.
Restablecida la calma,
prévio el remedio feroz
de unos cuantos cintarazos,
que la tropa sacudió,

siguió el infeliz su marcha
de un parche enlutado al son.
Pronto el fúnebre cortejo
dió la vuelta á la estacion
del Corpus-Christi, y Corriente
junto al cadalso llegó.
Tranquilo subió á la horca,
y en el último escalon
sentado, al pueblo en su ejemplo
quiso dar una leccion...
Quiso hablar; pero su vista
un momento se fijó
sobre una mujer que estaba
de la plaza en un rincon,
y, mudo y cobarde y ciego,
por primera vez tembló.
Era la mujer que amaba,
era el moribundo sol
de su vida, su esperanza,
su fé, su gloria, su amor...
Quiso hablar: ¡mas ay! que el lábio
á trasmitir se negó
los sentimientos que al alma
desgarraban de dolor.
—¡Adios, Teresa, en silencio
su corazon repitió
una y mil veces; la muerte
no conseguirá, mi amor,
separarnos; para el cielo
te cita mi corazon!
Ave-María purísima:
el populacho gritó;
sonaron tres campanadas,
y el redoble de un tambor
puso fin á la agonía
del mas famoso ladron.

LA IMPRUDENCIA DE LOS NIÑOS

Una beata tenia
la costumbre perdurable
de dirigirse á la Vírgen
piadosísima del Cármen,
que al niño Jesus llevaba
en brazos, y preguntarle:
—Señora, ¿me meto monja,
ó es tu gusto que me case?
Un dia tras de otro dia,
por mañana, noche y tarde,
á la Vírgen la beata
dirigia las mismas frases;
y á la reina de los cielos
tanto debian ya cansarle,
que fué milagro si el niño
no tiró á la preguntante.
Pero notó el sacristan
el caso, y quiso burlarse
de la beata: y la vez
primera que volvió á darle
á la Vírgen la jaqueca,
con su pregunta constante:
«Señora, ¿me meto monja,
ó es tu gusto que me case?»
del niño Dios ocultóse
el sacristan bajo el traje,
y con voz dulce, atiplada,
cual si Jesus contestase,
la respondió:—Monja, monja
has de ser para salvarte.
Sorprendióse la beata
de que el niño así la hablase

tan fuera de su deseo,
y con cara de vinagre,
repuso:
—Calla, monono:
yo la pregunto á tu madre
y no á tí: los niños callan
cuando hay mayores delante.

TORRIJOS

I.

Sobre potros andaluces
de la casta de Varela,
(cubiertos con aparejos
de floja y carmesí seda);
con una mano en las bridas
y otra mano en la cadera,
y con el cuerpo á las ancas
de una graciosa morena,
á la feria de Torrijos,
uno y otro dia fiesta,
mientras dura la otoñada,
van los mozos de mi tierra.
No supongan los lectores,
que á tan celebrada hacienda (1)
concurren los traficantes
en vacas, potros y ovejas,
ni allí comercian chalanes,
ni allí gitanas se encuentran,
que vendan buenas venturas,
ni malas venturas vendan,
ni hay jugadores de envite,
fulleros de cuatro suelas;
allí á lo que se concurre,
por mas que raro parezca,
es á rezar, á pesarse
con trigo, maiz ú avena (2),

(1) La ermita del Santo Cristo de Torrijos está anexa á una hermosa hacienda de campo propia del Baron de Hoz.

(2) Es original esta costumbre. En Torrijos hay una enorme balanza donde los devotos se colocan, entregando por via de limosna al Santo Cristo que se venera en la ermita, el equivalente de su peso en trigo y otras semillas semejantes.

á comer, comprar estampas,
y á tocar las castañuelas.
Los señores de Torrijos,
es decir, los de la tierra
que dió nombre al Santo Cristo
que en la ermita se venera,
arriendan todos los años,
al mejor postor, la cera,
la semilla y las limosnas
todas, que al Señor se ofrezcan.
Gentes de á pie y de á caballo,
mozas de carro ó carreta,
grandes, chicos y medianos,
con dinero y sin moneda,
tontos y sabios, calzados
y descalzos, segun sea
la romería voluntaria,
ó en virtud de una promesa,
todos gritan, todos gozan,
todos corren, todos llevan
la fé en el alma, y la bota
entre el alma y la conciencia.
Imposible es describir,
con exactitud, la escena
que el camino de Torrijos
á todas horas presenta.
Allí el honrado artesano
y su familia se mezclan,
con el zafio macareno,
y la uraña mondonguera:
allí un cura y su sobrina,
y un asturiano que lleva
en un cesto las viandas,
para entretener las muelas,
se confunden, mal su grado,
con un sacristan sin renta,
y el monacillo su hijo,
y su costilla la hostiera:

allí junto á un mequetrefe
de ensortijada melena,
espolin, fusta y futraque,
levanta sus dos orejas,
un burro cano y sarnoso,
que, en destempladas cadencias
parece que le saluda,
mirando su estampa mesma:
allí en fin, todos á una,
cantan, gritan, sudan, penan,
preguntan, responden, fuman,
y, en pisando la pradera,
juegan, y saltan y corren
hasta que á la ermita llegan.

II.

—Candelaria, trinca el gayo
y tuérsele la cabesa...
—¿Vamos á Torrijos?...
—Vamos.
—¿Cuándo?—
—Mañana...
—Tía Pepa,
¿sabe usté que mi marío
mañana al campo me yeva?...
—Y qué importa á las vecinas
que estemos ó no de fiesta?...
—Calla, hombre! ¿Te parese,
que no rabiará de perlas
la prima del tabernero,
cuando la envidiosa sepa,
que voy á Torrijos?...
—Pero
lo primerito, Candelas,
es preparar la comía...
Anda, vé y pon en la cesta
peros, castañas y nueces,

sardinas gordas y frescas
chorizos, pan y alcaparras
y aceytunas de la reina.
Que no se olvíe la bota,
porque si falta en la gresca
la sangre de Jesucristo,
no vá este cura á la feria.—

. . . .

—Chulundri, pon á mi tordo
la siya y manta de muestras
y una almoada á las ancas
que vá á Torrijos mi prenda
—Arriba, cuerpo salao!
Bien por las mosas morenas!
Echa un braso á mi sintura
y trinca el pañuelo é sea,
sujeto á la baticola,
con la mano que te resta.
¡Qué bien te sienta, Conchiya,
esa torsía peineta,
y ese pañuelo de espuma,
y ese coyar con mas perlas
que hay en tu boca, salero,
chiquita como una almendra!
¡Qué bien dise á tu presona
jacarandosa y morena,
el vestío color de rosa
con faralares de á tersia,
y con las medias caladas
las sapatiyas de sea!
¡Mira cual se junde el puente
de Triana á tu presencia!
¡Concha, contigo hasta el fin
de la vida y de las ferias!—

. . . .

—Marcos, vamos á Torrijos?..
—No, mi bien, que la monea
anda escasa, y un barbero.

si á los peligros se jecha,
pronto encuentra la basía,
basía por dentro y fuera.
—¿Conque no me yevas?...
—No.
—Marcos, sobre tu cabeza
ya verás los resultaos ..—
Estas y otras conferencias
semejantes, que aun calladas,
adivinarse pudieran,
en visperas de Torrijos,
perturban la paz doméstica.
Pero llega al Santuario
la comparsa vocinglera
de hombres, mujeres y niños,
y allí terminan sus penas.

III.

Asentada está la ermita
sobre una florida vega,
y entre olivos seculares,
que sombra y apoyo prestan
á las mesas de aguardiente,
de aleluyas y de almendras.
Llegar y besar el Santo,
llama un refran de mi tierra
al *llegué, ví y he vencido*,
tan celebrado, de Cesar;
mas segun es la oracion
de las gentes macarenas,
alta, tierna y compendiosa,
no han llegado, cuando besan.
Pronto á la súplica ardiente
al Señor de cielo y tierra,
suceden las seguidillas
bailadas con castañuelas.
Presto un devoto inspirado

por una bota arrobeña,
con la que amenaza al cielo
hasta que vé las estrellas,
canta, grita ó se columpia,
baila, salta ó se revuelca.
Aquí un padre de familia
parte un trozo de ternera,
asado, entre su mujer,
sus chiquillos y su suegra.
Allí dos majos sentados
junto al tronco de una higuera,
disputan sobre los años
y los remos de sus yeguas.
Mas allá, bajo un olivo,
se miran, juntan y aprietan
media docena de mozos,
y de mozas otra media.
Uno toca la guitarra,
dos sacuden la talega
de los pecados, y el resto,
tendido sobre la yerba,
con gritos y con palmadas
acompañan la vihuela.
—Bien por Curriya!
—Lentones,
dá á los zapatos con fuerza!
—Ay yayay!
—¡Por la tuya!
—Venga ese chisme.
—¡Alza, perra...!
—Vaya otra copla conmigo...
—Contigo, al infierno, Pepa.
—Canta, Juan.
—Venga la bota.
para remojar la letra.

Quien llevar solicite
de amor la palma,

gaste poco cariño,
muchas palabras.
Porque las hembras,
mas que cariño, quieren
palabras huecas.

Cuando mas regocijados
unos cantan y otros echan
al aire las pantorrillas,
y algunas veces las piernas,
gritos y ayes lastimeros
ponen término á la fiesta.
—¡La guardia!
—¡Socorro!
—¡Quietos!
—¡Mi capa!
—¡Mi pañoleta!
—¡Que se asesinan!
Y el pueblo
que por un momento tiembla,
y corre, y grita, y parece
muerto de susto, se entrega
de nuevo á nuevos cantares,
mientras pasa una escalera
con un hombre asesinado,
y preso, y detrás de aquella,
el asesino y sus hijos,
que lloran que se las pelan.
Todo en el mísero mundo
tiene fin; la noche llega
y el concurso desparece
delante de las tinieblas.
Los devotos y devotas
de todas fachas y fechas,
unos de rezar cansados,
y otros cansados de fiesta,
quién con la capa arrastrando,
quién con vacilantes piernas,

quién triste, quién placentero,
dan á Sevilla la vuelta.
Entre ahullidos femeniles
y hombrunas impertinencias,
y cencerros y tambores,
y pitos y castañuelas,
tambien vuelven á Sevilla,
los carros y las carretas
en que alumbran los hachones,
mas que á mujeres á fieras,
que unas nécias y otras locas
y todas con vino acuestas,
ya cantan *las habas verdes*,
ya á los que pasan desprecian,
ya en fin, gritando y riendo,
al son de las panderetas,
entonan súcios cantares,
gratos solo á sus *orejas*.
Y con su prenda á las ancas,
y una estampa en la cabeza,
y media arroba de vino
entre el cuello y las calcetas,
cruzan el puente contentos
los majos, á la carrera,
entre columnas de gente
de á pié, coches y carretas.

LA MERIENDA.

Al oriente de Sevilla,
inmediato al hospital
de la sangre, y frente al muro
que circunda la ciudad,
por el lado que á la puerta
de la Macarena dá,
levanta una pobre venta
sus tapias de canto y cal.
Allí la gente del bronce
irse suele á despenar
con un vaso de lo puro,
queso, aceitunas y pan;
y allí Tomasa Cascajo
fué una tarde á merendar
con su gachon Manuel Penca,
baratero y capataz
del presidio, y tan cobarde
como atrevido y rufian.
—A la paz de Dios, señores.
—Dios guarde á la gente honrá:
dicen al entrar los majos,
y, sin circunloquios, ¡zás!
llegan, piden, toman, pagan,
y al salir, sobre el umbral,
se atraviesa Juan *Sin Pelos*
embozado y...
—Camará:
murmura, por el colmillo
de saliva echando un mar,
¿es trapo nuevo esta moza?
—¿Y á usté que le importa...?
—Ná...
Sino que la niña tiene

mu buen gusto.
—¿De verdad?
—Como que lo quiere á usté,..
—¿Y ná mas que eso?
—Ná mas.
Si al fin y al cabo las jembras
son tan muables...
—¡Pues ya!
—Y si te ví no me acuerdo,
y usté es quien manda...
—¡Pues ya...!
—No hay mas que tené pasensia
y guiyarselas...
—¡Pues ya!
—Premita Dio á esa traidora
la den mala puñalá,
y el santolio no la alcanse...
—¿Qué ha dicho usté?
—Lo que hará
güeno mi lesna, si hay jombre
que efienda á esa esgalichá.
—Comparito, sonsoniche
y hablemos con claría.
¿Usté quiée camorra?—güeno.
Sobre que ha vinío usté á dar
con la jorma é su sapato...
mas le aviso en caría
que se ponga bien con Dios,
que si le llego á tocar
con la punta é mi alfilé:..
—Tomasa: jaste pa allá,
que esta mona me jiée á muerto!
—Menos solfa y mas cantar,
alsando se prueba un moso,
y al que le toque jincar
la cabesa, que se ajupe
ó lo alse la caría.
—¡Mi Sin Pelos!

—¡Endinota!
esclamó irritado Juan;
¿ahora vienes con palabras
de almibar?... Tire usté yá...
Frente á frente los dos chulos,
sobre el cuchillo el pulgar,
la mano bajo el sombrero
y el cuerpo haciendo una ká,
se observan, tiran y acosan,
saltan, huyen, vienen, van,
con fatigas por pincharse
mas sin poderse alcanzar.
—La guardia!
—Que se asesinan!—
gritan á quien puede mas
los concurrentes, la ronda
acude, cerca el portal,
entra y quita la herramienta
lo mismo á Manuel que á Juan,
y un cabo toma las ínfulas
de comision militar.
—Vomite usté, so real mosa:
dice el juez, con voz de paz,
á Tomasilla, prendado
de su sandunga...
—Ayá vá.
El señor es mi marío;
vinimos á merendá
al ventorrillo, y *Sin Pelos*,
que fué mi chulo años há,
se empeñó en armar camorra
con mi sangre, sin mirar
que tengo yo mucho pelo,
y él la moyera pelá.
—Esas tenemos! ventero,
eche usté un cordel acá,
para evitar que este gallo
puea otra vez cacarear.

—Mas, señó cabo...
—¡Silencio!. .
Aprenda usté, so peal,
á tratar con las máamas,
y á sufrir no se espondrá
con semejantes trabajos...
Vaya preso!...
—Y preso va,
por la Puerta de la Carne,
rodeado de un millar
de chiquillos, Juan *Sin Pelos*;
en tanto que el capataz,
el cabo y su protegida,
amigablemente dan
principio y fin á una cuba
del triunfo en celebridad.

LA RONQUERA.

Conocí yo á una doncella
tan remilgada y miedosa,
que ponia el grito en el cielo
si á urgarla llegaba en broma.
Cansáronme sus tonteras
y dí de codo á la tonta,
y, al pasar por junto, nunca
volví á decirla ni jota.
Mas no debió parecerle
bien mi prudencia á la moza,
porque una vez que en su casa
me encontré con ella á solas,
huyendo á lo mas oculto
me dijo con voz temblona:
—No me toques, que hoy no puedo
pedir favor, que estoy ronca.

EL VIUDO.

Casóse un mozo de masa
con una moza de humos,
y antes de pasar dos meses
quedó el infeliz viudo.
Cuál su desesperacion
fué, se comprende; mas supo
el Señor con un milagro
calmar su dolor profundo.
Habia cerca de la puerta
del cementerio, un copudo
zarzal que en lugar de hojas
daba punzones agudos.
Adornada y descubierta
iba la moza al sepulcro;
y al pasar bajo sus ramas
la hirió el zarzal en mil puntos.
Y en hora tan buena, que
se vió que había sido insulto
lo que se tuvo por muerte;
y dejó la moza el túmulo;
y volvió á ser de su esposo
la dicha á mas del orgullo;
aunque los vecinos cuentan
que el diablo en la casa anduvo.
Pasó el tiempo, y otra vez
Dios de la moza dispuso,
y á verter volvió su esposo
lágrimones como puños;
Y tanto debía quererla,

que al llevarla, segun uso,
descubierta al cementerio,
corrió al balcon como pudo,
y entre suspiros y lágrimas
dijo al sacristan:—Tio Curro,
que no la toque el zarzal,
que aun muerta, la quiero mucho.

UN JALEO POBRE.

Las siete y cuarto serían
de una noche del otoño,
cuando el tío Crispin Becerro
daba vueltas como un trompo,
de la cocina á la sala,
de la sala al dormitorio.
Tratábase de un jaleo
pobre, pero con decoro,
como puede y suele armarlos
un zapatero rumboso.
Era la funcion en Cádiz
y, para mas alborozo,
en el barrio de la Viña,
de buenas mozas tesoro.
Ay Cádiz! Cádiz! ¿quién puede
pisar tus muros hermosos,
y perderte y recordarte
sin lágrimas en los ojos?
A las ocho menos cuarto,
(la funcion era á las ocho),
abrió Becerro la sala,
satisfecho de su adorno.
Sobre dos mesas de pino,
pintadas de verde al óleo,
ardían cuatro velones,
todos limpios como el oro,
pero en edad y tamaño
distintos entre sí todos.
Anticuadas cornucopias,
sillas forradas de coco
ó de damasco, segun
las diera Dios ú el demonio.
demostraban la riqueza

y el gusto de este jolgorio,
que ha sido célebre en Cádiz
y cien leguas en redondo.
En breve los convidados
unos llegaron tras otros.
Con Candelaria Melendez
entró su gachon Manolo,
y con Concha, la Ecijana,
al baile llegó un buen mozo,
malagueño por mas señas
y de ella pariente próximo.
Ya estaba la sala llena
de cuerpos jacarandosos,
y el *tocaor* no llegaba
con murmuracion de todos.
—Tío Crispin, no empiesa el baile?...
—En cuanto venga, Manolo,
el *tocaor*...
—¿Quién es?—
—Curro
Sanguijuelas.
—¡Ese tonto!
—¿Qué dises?
—¿No es el barbero
de la plaza é San Antonio?...
—El mesmo.
—Pues que lo guarde
el santo si yo le cojo,
jonjabando á mi gachona
con salidillas de tono!
—Pero ¿se baila ó tomamos
la puerta yo y mi Victorio?...
Esto dijo la Ecijana
Conchilla, y, uno tras otro,
todos la misma pregunta
hicieron de varios modos.
—Si Manolo hisiera el gusto
de tocar...

—Déme usté pronto,
tío Becerro, la vihuela:
por mi causa no se ha roto
nunca una groma... de punta
los huesos, niñas, que entono.

Te quiero mas que á un divé,
mas que á mi pare y mi mare,
y si no fuera pecao,
mas que á Virgen del Carmen.

—Bien por la grasia!
—Conchilla,
dale fuerte al envoltorio
de los pecaos.
—Bendita
sea tu sal, cuerpo garboso.
—¡Churrú!
—¡Salero!...
—Que vivan
las rondeñas, y que un lobo
le coma las pantorriyas
al que no baile el sorongo!
. . . .
—Gracias á Dios que viniste!
dijo el tío Crispin á un mozo
patilludo y mal carado,
que entró y buscó su acomodo
junto á Candelas. (1) Curriyo,
deja en paz los matrimonios
y toma la vihuela.
—Venga:
yo á todito me acomodo.
Y tomando la guitarra
de las manos de Manolo,
que al darla á Curro queria

(1) Diminutivo de Candelaria,

comerselo con los ojos.
Curro cantó esta rondeña,
que acompañaron los mozos
con botes de pantorrillas,
y castañuelas por coro.

Por mas que tu mare riña
y aunque se oponga el infierno,
tengo de ser tu querío
y tu mi prenda, salero.

Allí eran de ver las sayas
movidas de un lado á otro,
con tantísima modestia,
como prisa, broma y gozo.
Allí eran de ver las ligas
verdes con flecos de oro,
y los azules refajos,
mas que las enaguas cortos.
Allí justo es que viniesen
á sentenciar por sí propios,
los que censuran los bailes
de candil, guitarra y mosto.
Cádiz, ¿qué valen tus plazas
ni tus muros poderosos,
ni tus casas, ni tus muelles,
si á compararlos me pongo
con tus sandungueros bailes,
donde al son de un mueble roto,
echan al aire las piernas
con las muchachas los mozos?
. . . .
No era Manolo quien menos
gozaba en estos jolgorios;
pero apenas acabó
su rondeña el Limpia-rostros,
á este dió una bofetada
que dejó al barbero tonto.

—¡Manolo!
—¡Curro...!
—¡Señores!
¿Qué es esto?
—Esto es bien poco:
que ese raspa-jetas quiere
quemar la sangre á Manolo,
y á mi naide se me aserca,
que echo fuego por los ojos.
—Pues si tiene usté las manos
tan largas...
—Toma, piojoso,
¿toavía quieres que te diñe...?
Y antes que el noble auditorio
pudiese evitar la accion,
un segundo sopla-mocos
tiró al *cantaor* por tierra;
de su derrota furioso
el barbero sacudió
con la guitarra, y Manolo,
que se vió en la frente herido,
atropellando por todo,
velones, mesas y espejos
tiró á su enemigo al rostro.
En esto alcanzó á Conchilla
el cacho de un vaso roto,
y chilló, y el malagueño
se tiró sobre Manolo,
y Candelaria sacó
las diez uñas por su novio,
y Concha atacó á Candelas,
y estas, y aquellos y todos
con uñas, manos y dientes
se acosaban como lobos.
—¡Que me matan!
—¡La justicia!
—¿Dónde te escondes?
—Socorro!

—¡Asesino!

—¡Ay!

—¡Silencio!

Y entre ahullidos espantosos,
maldiciones y tinieblas,
quejidos y gritos roncos,
cada cual tomó la puerta,
haciendo solemne voto
de no volver á otro baile
donde estuviese un celoso.

. . . .

Resúmen de esta refriega:
cuatro botellas sin fondo,
tres sillas desvencijadas,
dos brazos derechos rotos,
cuatro frentes magulladas,
una herida sobre un hombro,
catorce arrobas de pelo,
y llenos dos calabozos.

LA VISTA GORDA. (1)

Si es mentira ó si es verdad,
disputarlo no es mi gusto;
mas voy á contar un caso
que, á ser verdad, fuera chusco.
Dicen que un dia el Señor,
cansado de los chanclullos
con que el pueblo de Israel
faltaba á todo lo justo,
llamó á Moisés y en sus manos
los diez mandamientos puso,
escritos sobre dos tablas
de marmol blanco ó parduzco;
mandándole que bajasé
y anunciase, segun uso
y costumbre, al pueblo hebreo
de Dios los preceptos sumos.
Recogió Moisés las tablas
de la ley, y taciturno,
como quien sabe que vá
á correr riesgos mayúsculos,
subióse sobre una silla,
otros dicen, que en un púlpito,
y empezó á leer el pueblo
el bando de Dios producto.
Aunque fué á regañadientes,
no hubo hebreo casi ninguno
que á los primeros preceptos
recibiera con murmullos.
Pero luego que adelante
pasó el lector, un ahullo

(1) El autor suplica que se considere este cuento como un rasgo de buen humor y no como una falta de respeto al Ser Supremo, al que venera como síncero católico.

universal, la lectura
del bando trocó en tumulto.
En vano Moisés quería
hacerse oir; los insultos,
las amenazas, velaban
la voz del caudillo augusto
de Israel, y con trabajo
logró sacar libre el bulto,
y presentarse al Señor
que ya le esperaba adusto.
—Lo que yo tengo mandado,
dijo Dios, cumplirá el mundo.
Y Moisés repuso:—Eso
Señor del alma, es muy justo;
pero el caso es que á esos pillos
se les ha subido el humo
á las narices, temiendo
de mozas total ayuno,
y yo no bajo á la tierra
si algun camino no busco,
con vuestro divino ingenio,
para que sufran el yugo.
Yo creo que podrán pasar
ocho preceptos, mas dudo
que á los otros dos, ni á palos,
dé su aprobacion el vulgo.
—Ya mucho me lo temia,
dijo Dios (y cegijunto
por algun tiempo pensó
su fallo terrible y último.)
Baja, Moisés, á la tierra
y dile á ese pueblo estúpido,
que pues comprender no sabe
el cariño con que ducho
yo evitarle deseaba
á cada paso un disgusto,
vedandole que anduviera
tras la mujer siempre al humo;

y teniendo á cada paso
la desazon tras del gusto;
supuesto que yo no puedo
volverme atrás ni en un punto,
lo escrito quedará escrito,
mas que en amantes asuntos
siempre haré *la vista gorda*
desde hoy hasta el fin del mundo.

. . . .

Si esto es verdad ó es mentira,
ni lo afirmo ni lo dudo;
mas que viene refiriéndose
de padres á hijos presumo,
al ver cómo los humanos
pecar suelen sin escrúpulo
contra ciertos mandamientos,
fundados en el anuncio
de que hará la vista gorda
Dios, al juzgar á los tunos,
que en una real moza ven
la mayor gloria del mundo.

LA MUERTE DEL MOCHILERO (1).

I.

Al pié de un cerro elevado
y entre dos encinas viejas,
carcomidas por los años
y por la intemperie negras,
la vista fija en el monte,
la planta fija en la tierra,
colgada la brida al brazo,
y en el brazo la escopeta,
Curro Atina (así llamado
por su admirable destreza
para pegar un balazo,
si alcanzase, á las estrellas);
Curro Atina, en sus facciones
desencajadas revela
que al hombre de mas agallas,
llega un momento en que tiembla.
Nunca Curro ha conocido
lo que miedo ó temor sea,
cuando llevaba á la espalda
y en la mochila su hacienda;
pero hoy lleva en cuatro tercios
de algodon, sobre su yegua,
su fortuna y la fortuna
del dueño de sus potencias,
y antes que dar una hilacha,
por bien ni mal, consintiera
que le horadasen cien balas
del pecho las entretelas.
¡Mas ay! que presto se tornan

(1) Contrabandista pobre que lleva sobre la espalda los fardos.

en realidad sus sospechas,
y el que era riesgo dudoso
riesgo tan fijo á ser llega,
que apenas dá tiempo á Curro
para montar en su yegua,
requerir rienda y trabuco,
y al viento exhalar sus quejas.

II.

—¿Hay mas negra fortunilla?
chineles (1) son por las señas!
¡Y solo estoy contra nueve!
¡Y no hay de escapar manera!
Madrecita mia del Cármen,
si de esta escapo, de cera
te he de regalar dos cirios
que pesen arroba y media.
¿Empieza ya el tiroteo?
Pues por vida de mi Pepa
que al primero que yo enfile
vá á los infiernos de priesa.
Lo dicho: ya hay uno menos.
Vayan balas, balas vengan;
que mientras tenga cartuchos
veremos quién se me acerca.
¡Otro al agua! Pero ¡ay!
que una bala traicionera
cortando al jaco la cincha
con los bultos me echa á tierra!
¿Dónde está mi yegua? Herida,
vá libre por esas sierras,
llevándose la esperanza
que me quedaba en sus piernas.
¿Qué he de hacer? Morir matando.
¡Tunantes! Si hay quien se atreva

1) Guardas ó alguaciles.

entre ustedes á medir
puño y navaja, que venga.
Todos callan, y en silencio
todos me acosan, me cercan,
y sobre mi pecho todos
disparan sus escopetas.
¿Así se asesina á un hombre?
¡Jesus! la tetilla izquierda
me han partido... ¡Vírgen santa,
no me niegues tu asistencia!
¡Pepa del alma! ¡Hijos mios!
¿Por qué en mi hora postrera,
lágrimas de vuestros ojos
los dolores no me templan!
¡Un dia y otro hácia el camino
ireis á esperar mi vuelta,
y no vereis llegar nunca
al que en el cielo os espera!
¡Y sin pan, y sin abrigo
llorareis mi larga ausencia,
sin que acuda yo á aliviaros
con la sangre de mis venas!
¡Y de mi muerte ignorantes,
siempre en duda, siempre en pena,
no rezareis por mi alma
ni un Padre nuestro siquiera!
Robado por esos perros,
sin vida va y sin hacienda,
mi cuerpo medio enterradò
entre jaras y entre breñas:
aquí moriré, y aquí
seré comido de fieras;
y del pobre Curro Atina
rastro quedará ni seña.»

III.

En ancho lago de sangre
Curro Atina se revuelca,
y llora y piensa en sus hijos,
y á la Vírgen se encomienda!
La mano se lleva al pecho
cual si ver salir temiera
con la sangre de su herida,
la vida y alma revueltas.
Y poco á poco á sus ojos
falta la luz, y se cierran
sus lábios, que balbucientes
quieren rezar y no aciertan.
No parece que en el mundo
hay ya nadie que dar pueda
al pobre contrabandista
un consuelo en tantas penas;
y de sus miembros helados,
haciendo la muerte presa,
calor y vida hay tan solo
ya en el pecho y la cabeza;
cuando siente el moribundo
que un vapor que moja y quema,
se estiende sobre su rostro,
le vivifica y consuela.
Siente que lamen su herida,
y que á su sangre se mezcla
otra sangre, y que á su lado
otro cuerpo cae y resuella.
Sus ya amortiguados ojos
abre Curro, y vé á su yegua,
que á morir viene á su lado,
que á partir viene su hüesa.
Y aproximando sus lábios
del fiel jaco á la cabeza,
dibújase una sonrisa

en su cara descompuesta.
—Pronuncia:—¡Pepa...! ¡Hijos mios.. !
¡Dios en sus brazos me tenga...!
Y á Dios entregó su alma,
y allí quedó el cuerpo en tierra.

FRANCISCO ESTEBAN (1).

Primera parte.

Emperatriz de los cielos,
madre de dios soberana,
lumbrera del firmamento,
tu amparo dame y tu gracia,
para revelar al mundo
las inauditas hazañas,
del sol entre los planetas,
de la rosa entre las plantas,
del leon entre las fieras,
y entre las aves el águila,
del guapo Francisco Estéban
gloria del mundo... y de España
Nació Francisco en Lucena,
de valientes noble pátria,
hijo de padres gallegos,
segun las historias cantan.
Quiso aprender á barbero,
pero tuvo unas palabras
con el maestro, y, despues
de romper en sus quijadas
las ollas de agua caliente,
los paños de hacer la barba,
los sillones de la tienda,
y quince ó veinte navajas,
salió huyendo y no paró
hasta la ciudad de Málaga,
donde en los tercios del rey
voluntario sentó plaza.
De Málaga á Cartagena

(1) Imitacion «servil» de los antiguos romances populares.

fué de guarnicion su escuadra,
y allí, fama de valiente
cobró, sin mentir la fama.
Una noche el enemigo
intentó asaltar la plaza,
y solo Francisco Estéban
deshizo la encamisada,
matando doscientos hombres
con jefes, pitos y cajas.
Otra vez le entrecogieron
diez hombres de pelo en barba,
sobre no sé qué mozuela,
y en menos que un cura canta
el Credo, desbarrigó
de los diez los nueve, y gracias
que dejó al uno con vida
para referir la hazaña.
En otra ocasion, estando
de vigía en la muralla,
vió venir una galera
de moros, y bala á bala
mató á cincuenta y dejó
color de sangre las aguas,
y quince meses despues
de Cartagena en las playas
mas que á pescado sabía
el salmon á sangre humana.
Por estas y otras proezas
pronto logró la alabarda
de sargento; mas un dia,
que en presencia de unas damas
le ultrajó su capitan,
él, que á nadie sufre ancas,
tantos sablazos le dió,
lo partió en tantas tajadas,
que recoger sus pedazos
fué preciso con cucharas.
Y aunque acudió un batallon

á prenderle, con la espada
matando de cinco en cinco,
se huyó y ahorcó la casaca.
Libre ya de las alcuzas (1)
volver pudo á las andadas.
En Cartagena cobró
los cuartos con su baraja,
y á un majo que disputarle
quiso el barato por gracia,
le arrimó tal soplamocos,
que embutiéndole en la tapia
mas próxima, le dejó
tan solo una mano franca,
para quitarse el sombrero
cuando él por allí pasara.
Marchó á Granada despues
por saber que allí campaba
el *Guapo de Santaella*,
y á las primeras mojadas (2)
le hizo en el pecho un portillo
por donde entraron á gatas
los cirujanos, buscando
los pedazos de su alma.
No sacó mejor despacho
en Alicante otro mandria
que robar quiso á Francisco,
porque, sin decir palabra,
con el rejon lo clavó
al quicio de una ventana,
por la uña del dedo gordo,
sin tocar la carne en nada.
De vuelta á Lucena vió
una noche á cierta maja,
de veinte y cinco cumplidos,
mas con tantísima gracia

(1) Los arreos militares.
(2) Navajazos.

que era un saladero andando
segun la sal derramaba.
Chica de cuerpo, gordita,
morena y bien empernada,
los hombres la perseguian
y las mujeres la odiaban.
Mas sacó Francisco Estéban
á lucir sus esperanzas,
y los hombres y las hembras
anudaron sus gargantas.
Envidó Francisco el resto,
y la niña, sin tardanza,
contestó:—quiero y me voy
de seguida á la baraja.
Casóse Francisco en martes,
y antes de las dos semanas,
entendió que un chulo hacia
la ronda á su prenda cara,
y apenas quedó seguro
de la traicion de su chaira,
á ella metió de un sopapo
dentro de tierra cien varas,
y á él de un puntapié le echó
tan alto, que en tres semanas
bajar no pudo á la tierra
hecho polvo de batata.
La justicia acudió luego,
trabóse pendencia larga:
pero al fin herido Estéban
que entregar tuvo las armas,
despues de haber empedrado
con cabezas quince varas.
Merced á los protectores
que le grangeó su fama
pudo Francisco escapar
de la penca y de la escarpia;
pero *la Sala del crímen*
le condenó á que remara

sin sueldo ni prez diez años
en las galeras de España;
donde vamos á dejarle
mientras que la Vírgen santa
nos presta su luz y amparo
para acabar la jornada.

Segunda parte.

No hay tinta en diez mil tinteros,
ni dan papel treinta fábricas,
para seguir describiendo
de Francisco las hazañas;
mas con la gracia divina
supliré mi ciencia escasa.
Dije en la primera parte
cómo dispuso *la Sala*
que purgase en las galeras
Francisco Esteban sus faltas.
Dos meses y cuatro dias
duró no mas su desgracia,
porque cansado de hacer
vida tan aperreada,
con el aliento quemó
del barco catorce tablas
y el barco se hundió, y quedaron
libres los que en él remaban.
Francisco entonces á tierra
saltó con seis camaradas,
fuertes y altos como torres
y de atravesadas almas,
y trocando sus cadenas
por alamares de plata,
sus doblones por caballos,
y sus pesetas por cargas
de tabaco, hácia Alicante
encaminaron sus plantas.
Quiso la mala fortuna

que mientras Curro agenciaba
la venta, los metedores
se encontrasen con los guardas,
y que aquellos en las uñas
de estos dejasen las cargas.
Supo Francisco el suceso,
y que en pública subasta
había el juez de contrabandos
vendido hasta las albardas,
y cogiendo su trabuco,
y colgándose la charpa,
en el despacho del juez
se entró sin decir palabra.
Quiso el juez pedir socorro,
mas Francisco que esquivaba
derramar sangre, le dijo:
—Si destapa usía la gaita,
le abro una puerta en el pecho
mayor que la de Triana (1).
Lo que yo pretendo es
que me pague en buena plata
mi tabaco, y que mi gente
fuera de la carcel vaya.»
—Se hará como usted lo pide:
contestó el juez;—y hácia Cabra,
con su plata y con su gente,
Curro volvió las espaldas.
Tuvo noticias Francisco
de que en Cádiz murmuraban
de que para sus empresas
buscaba siempre compaña.
No necesitó su arrojo
espuela mas afilada:
fijó un puesto de tabaco
en la esquina de la plaza
de San Antonio, sin mas

(1) Puerta magnífica de Sevilla.

compañero que su charpa,
al primer guarda que vino
á impedir que despachara
su hacienda, de dos sopapos,
tanto le aplastó la cara,
que sus narices sirvieron
á un barbero de navaja;
y á despecho del resguardo
despachó la última paja.
Pero un soplon, que enemigos
nunca á los valientes faltan,
descubrió dónde tenia,
ocultas sesenta cargas,
y Francisco se encontró
de la noche á la mañana,
perdido y descaminado (1),
sin amigos y sin plata.
Entonces se echó Francisco
el corazon á la espalda.
Montado sobre una yegua
de piel negra y piernas largas,
ni los pájaros del cielo
de sus uñas se escapaban.
Robó carros y galeras,
saqueó ventas y casas
de campo, cobró pensiones
hasta de grandes de España,
y fué el ladron mas famoso
que corrió la tierra baja,
por sus golpes de fortuna,
por su valor y su maña.
A una niña le quitó
las ligas de seda y plata
cuando se hallaba en la iglesia,
sobre las piernas sentada.
En una huerta que entró

(1) Así se llaman á sí propios los contrabandistas arruinados.

mandó todas las naranjas,
bala á bala, y tiro á tiro,
desde la huerta á su casa.
Y en fin, tanto de robar,
era su gusto y su gana,
que á una muchacha quitó
que encontró descarriada,
la cera de los oidos,
y, hasta el polvo de las naguas.
Sucedió que el Asistente
de Sevilla, D. Juan Cánobas,
ofreció dar treinta onzas
al que vivo lo entregara,
y Francisco que lo supo
pensó la mayor hazaña
que referirán los siglos.
A las diez de la mañana
entró en Sevilla, buscó
del Asistente la casa,
é hizo pasarle recado
de que un sujeto esperaba.
Hallábase el Asistente
rodeado de sus guardias,
y Francisco sin turbarse
le dirigió estas palabras:
—Treinta onzas ha prometido
vuecencia al que presentara
con vida á Francisco Estéban;
pues para mí las medallas
han de ser, que aquí vuecencia
tiene vivo al que buscaba;
y pues soy quien lo presento,
venga para mí la plata.
Alborotóse la gente;
mas Francisco dijo:
—Calma,
que á ninguno dejo hablar
antes de tomar la paga.

El Asistente admirado
de una accion tan arrojada,
sin vacilar accedió
de Francisco á la demanda,
diciendo:—Pues lo has ganado,
toma y vete.
—Muchas gracias:
contestó el guapo, y salió
por enmedio de la sala,
con el sombrero calado,
sin volver atrás la cara.
Tarde á veces la justicia
del Señor al hombre alcanza,
mas tarde ó temprano llega,
y á hierro muere el que mata.
Estaba una tarde Estéban
apurando cuatro cañas
de manzanilla, en la venta
mas acá de Dos-hermanas,
y el vino le iba quitando
fuerza, poder, tino y maña,
cuando diez carabinerôs
llegaron á la posada.
No temió al pronto Francisco;
mas viendo que rodeaban
la casa toda, tembló
sin saber por qué su alma.
Quiso violentar la puerta,
y una traicionera bala
le partió el brazo derecho,
y le puso entre las garras
de la audiencia de Sevilla,
azote de gente zafia.
Escaso tiempo duraron
los trámites de su causa.
Lunes nueve de noviembre
dió al verdugo su garganta
de los valientes llorado

y sentido de las damas.
Y aquí de Francisco Estéban
la vida y hechos acaban,
esperando del lector
perdon para nuestras faltas.

CUESTION DE NOMBRE.

Un polizonte seguía
á un andaluz con ahinco,
y este, adonde quiera que iba,
que hallara á aquel era fijo.
Cargado ya el andaluz
de tan molesto cilicio,
un día que en el paseo
se vió, cual siempre, seguido,
volvióse hácia el polizonte
rápidamente y le dijo:
—Camará, ¿quiere usté hacerme
un favor?
—Mande usté, amigo.
—¿Se llama usté Lunes?
—¿Yo?
—Sí señor, porque es sabido
que van Domingos y Lunes
constantemente reunidos,
y usté yendo tras de mí
de dia y de noche, imagino
que por fuerza ha de ser Lunes,
pues yo me llamo Domingo.

LA POLITICA.

Pasando por una calle,
un dia de Carnestolendas,
un jaqueton se enganchó
en el lazo de una cuerda
que estaba puesta en el suelo,
y dió con la estampa en tierra,
de donde se alzó votando
y con un chirlo en la pierna.
—Si conociera al gracioso
á quien debo esta cojera,
dijo el jaqueton, por vida
juro de mi quinta abuela...
—¿Qué haria usté?—le murmuró
otro valiente á la oreja,
que le vió caer, riendo,
y votar le oyó, con flema.
—¿Qué haria? repuso el valiente
(despues de medir las fuerzas
del majo que le pedia
calladamente respuesta).
—¿Qué es lo que yo haría? Decirle
que fué chusca su ocurrencia;
que tiene en mí un servidor,
y un amigo que le aprecia;
y, en fin, que hasta le agradezco
haberme roto la pierna.

EL PECADO DEL ESCANDALO.

Cogiéronse por las greñas
Juana y Paula por Juan Pablo,
y hubo feroz azotina,
y hubo mayúsculo escándalo.
Confesóse Juana á poco,
y un terrible varapalo
la dió el Padre por haber
con Juana escandalizado.
—El escándalo—la dijo,
es de todos los pecados
el mas grave: *cualquier cosa*,
es preferible al escándalo.
Con Juan Pablo se encontró,
sola una tarde, y el zángano,
la dió un abrazo y dos besos
de la ocasion abusando.
Pudo gritar y escaparse,
llevando solo el abrazo,
pero temió que á la gente
la escandalizara el caso:
y recordando el consejo
que el confesor la habia dado,
tambien sufrió los dos ósculos,
y quedó tranquilo su ánimo.
Pero volvió á confesarse
con el mismo varon santo,
y al ver que la reprendia,
por haber Juana aguardado
á que vinieran los besos
seguidos tras del abrazo,
dicen que contestó Juana

arrepentida y llorando:
—Padre, aunque á miel me sabía,
no dí á olvido sus mandatos;
mas preferí... *cualquier cosa*,
antes que dar un escándalo.

LA VENTA DE LOS GATOS.

—En mi vida olvidaré,
(me dijo una vez un nene,
al que conocí empedrando
las calles con un grillete),
las fatigas que pasé
por querer á dos mujeres,
en la venta de los Gatos (1)
una tarde de setiembre.

. . . .

Era yo chiquillo, y feo,
y pobre, con otras veinte
faltas además, que hacían
de mí una alhaja de peltre (2).
Pero tambien tenía fama
yo de pillastre y de terne;
punteaba una guitarra,
y cantaba como un seise (3);
y con tanta y buena prenda
de sobra tenia yo siempre,
para amarme una real moza,
y olvidadas seis ó siete.
Así fué, que en esa tarde,
de que hablar hoy me conviene,
salí embozado en la capa,
con el sombrero á las sienes,
y un cigarro de á dos cuartos
entre mis lábios imberbes,
por la ancha puerta que el nombre
de la Macarena tiene.

(1) Venta situada frente al hospital llamado de la Sangre, en Sevilla.
(2) Estaño.
(3) Niño de coro de la catedral de Sevilla.

Salí, llevando á mi lado,
medio oculta entre los pliegues
de su mantilla, á una hembra
que pasaba de los veinte;
pero chica, regordeta,
de bozo y de génio fuertes,
aunque gracia derramaba
desde el zapato al copete.
Luz se llamaba, y sus luces
me asaban frecuentemente,
porque ninguna á celosa
se encontró que la venciese.
Gustaba de echar al aire
una cana, y que la gente
supiera que ella era el ama
del gachon con que la viesen.
Yo era chaval, ella rica;
ella gachona, yo alegre;
ella orgullosa, yo humilde;
ella altiva, yo obediente;
y dijo ella: esta tarde
quiero tomar anisete,
y un platillo de aceitunas,
y aliñados cuatro arenques;
y yo, que por sus pedazos
pasaba fatigas verdes,
á la venta de los Gatos
la llevé echando los dientes.
Era la venta una sala
grande, de ahumadas paredes,
alfombrada de colillas
y colgada de toneles,
por delante de los cuales
corría un mostrador luciente,
con mas cruces en la tapa
que diez cementerios tienen:
señales de los devotos
que al tomar el aguardiente,

ó cuatro cañas,—Apunta,
dicen al mozo, y no vuelven:
una sala en cuyo estremo
una escalerilla aleve,
dejaba salir los humos
y colarse el puro ambiente.
No había un asiento vacante
en la venta; pero al verme
el ventero, y conocer
de los marchantes la especie,
saltó el mostrador de un brinco,
y llegó y dijo:
—Si ustedes
quieren estar en la gloria,
subiendo arriba la tienen.
Es una hermosa azotea
en la que hay, entre claveles.
dos mesas y cuatro sillas,
y un toldo que al sol contiene.
Subimos, sin que faltase
mozo que, al subir mi peine,
á sus piernas no endilgara
miradas de rechupete;
pero ella, que de esas cosas
no hacia caso, y que mil veces
solia decir, «al que gusten
mis pantorrillas que pene»,
sacudiendo la talega
de sus culpas, sin volverse
ni asustarse, y en dos saltos
sobre la azotea poniéndose,
cogió una silla, sentóse,
casi arrancó del rodete
su mantilla y gritó:
—«Niño»,
dando en la mesa cachetes.
Subió el niño, (un montañés
con mas cuerpo que un trinquete)

nos trajo cuanto pedimos,
y nos hallamos enfrente
de una fuente de corbina,
con vinagre y con aceite;
de seis cuartos de aceitunas
y dos cañas de anisete.
Y á merendar nos pusimos,
y metimos en la fuente
los diez mandamientos, y ella
partió con sus mismos dientes
una aceituna, me dió
la mitad, haciendo dengues,
y yo, rechupando el hueso,
lo volví á su boca en breve.
Y la cosa mantecosa
se iba poniendo, y ardientes
nuestros ojos despedían
diez docenas de cohetes;
cuando sonó en la otra mesa
de la nuestra casi en frente,
una recia carcajada
que hizo brincar como liebre
á mi prenda, al observar,
que quien tanto y tan alegre
se mostraba, era una moza
de la que Luz varias veces
tuvo celos, y que habia
seguídonos claramente,
y subido á la azotea
sin que ninguno la viese.
Llamábase Juana Gancho,
ponía á zapatos ribetes,
y antes de Luz había sido
de mi corazon el jefe.
Como Luz, tenia mal génio;
cual Luz, resollaba fuerte;
y era, como Luz, capaz
de usar de uñas y de dientes.

—Seña Juana, ¿hace á usté gracia
que este mozo me requiebre?
—Seña Luz, me río de ver
que usté piensa que la quiere.
—Seña Juana, usté me carga.
—Seña Luz, usté me jiede.
—¿A que prueba usté mis manos?
—¿A que á alzarlas no se atreve?
—¡Pues ea! dijo Luz; y á Juana
se tiró como una sierpe.
Y Juana dijo:
—¡Pues ea!
y á Luz aguardó valiente.
Poco tiempo la balanza
fiel se mantuvo en el eje,
que Luz clavó á Juana Gancho
las uñas en el copete,
y tirándola en el suelo,
y echándola sobre el vientre,
se montó encima de ella,
y con mano diligente,
levantó los faralares
de Juana, y la atizó veinte
azotes con un zapato
que sonaron en Umbrete.
Lo que entonces ocurrió
allí, imaginarse puede;
Juanilla chillaba; Luz
la amenazaba; la gente
paz entre las dos ponia,
con ruegos ó con cachetes,
mientras yo, de aquella gresca
causa prima, y no inocente,
escurrí bonito el bulto:
dije á Luz: ¡Dios te remedie!
y en la venta de los Gatos
no parecí en treinta meses.

LA OVEJA DESCARRIADA.

Pecaba una buena moza
contra los diez mandamientos
y sostenia, la muy perra,
que era por ganar el cielo.
Echóla en cara su madre
de sus culpas el esceso,
y ella contestó:
—¿No dicen
que Dios siente más contento
en salvar á un pecador
que en conservar veinte siervos?
¿Pues cómo he de arrepentirme,
madre, sin pecar primero?

LA MAYOR PENA.

Cogieron á un salteador
de caminos, á un verdugo,
de crímenes mil cubierto,
bañado en sangre hasta el puño
Quiso dársele un castigo,
horroroso cual ninguno;
y unos decian:—ahorcarle;
y otros:—quemarle desnudo;
y otros:—hacerle tajadas
mas pequeñas que almendrucos;
y el preso se sonreia.
Mas gritó un hombre viudo:
—Casarlo;—y el criminal
muerto se cayó del susto!

EL BAILE DE PALILLOS.

Allá en los años de mil
ochocientos treinta y ocho,
habia en la calle de Jimios,
(callejon súcio y angosto
de Sevilla) y en los altos
de un rancio almacen de mosto,
una blanqueada casa
con un balcon bajo y solo.
Subíase á la vivienda
por veinte peldaños rotos;
más de lo justo empinados,
pero limpios como el oro.
Arriba yá se ofrecian
del visitante á los ojos,
una sala aljofifada;
bancos de la sala en torno;
candilejas encendidas
de trecho en trecho; y al fondo,
una cocina sin más
ollas, cazuelas ni adornos
que una tinaja con agua,
tan grande como el cimborrio
de la catedral, y un mueble,
que por respeto no nombro.
Más adentro había una alcoba;
mas de esta solo es forzoso
decir que allí descansaba
de sus triunfos borrascosos,
Miguel Barrera, el Platero,
bailarin el mas famoso
de fandango y castañuelas,
desde Sevilla hasta el Polo.
De seis á siete en invierno,

y en verano al dar las ocho,
la sala de Miguelito
llenábase, poco á poco,
de los mocitos del barrio
y de otros barrios remotos,
solos que hacían la guardia
á mas de un divino rostro;
de hijas de honradas familias,
pobres, con su madre al codo;
de sastras, de cigarreras,
y freidoras de tonono (1);
unas lindas y otras feas,
mas todas de alegre rostro,
de zapatitos con galgas
y de vestidillos cortos.
Presto la sala llenábase
de cuerpos jacarandosos;
presto una ronca guitarra
comienzo daba al jolgorio,
punteando seguidillas,
ó unas mollares, ó un polo,
y en punta ponían los huesos,
mozos y muchachas pronto.
Hace años mil que estas fiestas
dieron ya punto redondo,
y aun se hace mi boca agua,
si á recordarlas me pongo.
Aun me parece estar viendo,
sacudiendo el envoltorio
de las culpas, veinte mozas
frente á frente de sus novios,
cerniéndose, y repicando
las castañuelas en coro,
y diciéndose al oido,
al pasar de un lado al otro,
palabrillas de jalea,

(1) Asadura de vaca.

á que respondían los ojos,
ó un suspirillo arrancado
al pecho de lo mas hondo.
Aun oigo decir:—«Mi vida.»
Y responder:—«Yo te adoro.»
Y murmurar:—«A las doce.»
Y añadir:—«No sea usted tonto.»
Aun me parece que escucho,
yendo y viniendo, piropos;
y que celos y amenazas
entre vuelta y vuelta, oigo.
Y aun creo ver á una muchacha,
que ha cansado á veinte mozos,
roja como una cereza,
sudando á mares y á chorros,
que vá á buscar á su madre
y á su lado sienta el hopo,
y con el olan del cuello
se limpia el sudor del rostro,
y sin mas, ni mas, se alza
la enagua corta de coco,
y toma en la faldriquera
un bollo de pan con lomo,
y lo ofrece á las amigas,
y, en menos que canta un pollo,
se lo traga, y vuelve al baile
á dar mas vueltas que un trompo.
Mientras las doce no daban,
no habia un punto de reposo,
ni un instante de silencio
para unas ni para otros.
Solían, cuando acababan
de descuadernarse locos,
ellas, ir á la cocina
á tirarse de agua un chorro;
y ellos, bajar á la tienda
del montañés allí próximo,
á tomarse cuatro cañas,

de chorizo con un trozo;
pero apenas Miguelito,
puesto en el centro del corro,
sacudía las castañuelas,
llamándolos al jolgorio;
empujándose corrian,
á ocupar sus puestos todos,
y á bailar como azogados,
y á gritar como demonios.
Solo al dar la media noche,
cesaba el baile de pronto,
y sus prendas recogian
las muchachas y los mozos,
y se echaban á la calle
dos á dos y unos tras otros,
sin dejar de su presencia
mas señal en el contorno,
que algun dulce, «hasta mañana»,
ó el eco blando y sonoro
de algun regalado beso
que daba envidia al demonio.

UN BUEN OFICIO.

A confesar un gitano
iba todos los domingos,
con un fraile escrupuloso
del órden de San Francisco.
De culpas mil se acusaba,
pero había el fraile advertido
que entre ellas nunca salía
la culpa del latrocinio.
Y viendo en el penitente
de ladron mas de un indicio,
le preguntó:
—¿Qué, es posible
que nunca quebrantes, hijo,
el sétimo mandamiento?
¿Que por torpeza ó descuido
no tomes lo que no es tuyo?
Al oir esto dió un brinco
el gitano y dijo:
—Padre:
aunque malo, no imagino
que uno tenga que acusarse
de lo que es solo su oficio.

ECHE USTED DIOSES...

—¿Cuántos dioses hay, tio Lila?
preguntó un fraile á un gitano;
y el gitano dijo:
—Siete.
—¡Siete!
—Vaya usté contando.
Los tres primeros son: Padre,
Hijo y Espíritu Santo;
¿de tres personas distintas
no hablan luego?... pues pá cabo,
tiene usté un Dios verdaero...
¡Con que de siete no bajo!

LOS MISTERIOS.

Brindaron á una beata
con un dulce en un bateo,
y ella contestó:
—Perdonen
si cojo tres, porque tengo,
tiempo hace, la devocion
de obrar siempre con misterio,
y á la Santa Trinidad
gran reverencia profeso.
Un fraile la hizo tomar
otro dulce, y ella haciendo
dengues esclamó:
—¡Ay padre,
Dios le perdone el tormento!
Porque he tomado su dulce
ya otros tres que tomar tengo,
porque á los Siete Dolores
de la Vírgen reverencio,
y han de ser los dulces siete
para que me hagan provecho.
Todavía quiso un devoto
que tomara un dulce nuevo
la beata, pero el amo
de la casa, recogiendo
prontamente la bandeja,
dijo:
—No permita el cielo
que yo, señora, la ponga
en el durísimo aprieto
de reventar, por cumplir
piadosa con los misterios;
porque si toma otro dulce,
y recuerda al mismo tiempo

que dá á las once mil vírgenes
culto dentro de su pecho,
si se traga tantos dulces
como las vírgenes fueron,
el misterio será entonces
cómo le entran en el cuerpo.

EL JALEO DE JEREZ.

A Jerez, mi cielo,
vámonos los dos,
tu, sobre mi potro,
y en tus brazos, yo.

Esto y otras cosas
que á ver el lector,
á una moza buena
cantaba un gachon.

I.

Cuando, tú, mi vida,
bella como el sol,
sentada á las ancas
vas de mi troton;
siento unas fatigas
me dá un qué sé yó,
que el alma manteca
se vuelve, y turron.
A Jerez, etc.

II.

Y si á mi cintura
vuelta al rededor
dá tu brazo, blando
más que el algodon,
del pecho á la frente
me sube un calor,
que perder me hace
la vista y la voz.
A Jerez, etc.

III.

Y si te desmontas,
y es fuerza que yo
á subirte vuelva
del suelo al arzon,
cuando te levanto
temeroso estoy
de que al cielo vueles
con saya y manton.
A Jerez, etc.

IV.

Tienes tú en los ojos
las luces del sol;
tus pies y tus dientes
de piñones son;
tu boca es de azúcar,
tu aliento es de flor,
tu cuerpo es de pera
y tu alma es de un Dios.
A Jerez, etc.

V.

Cuando me hablas, siento
resonar tu voz
dentro de mi alma,
con tan dulce son,
que los mismos ángeles
no hirieran mejor,
morena, las cuerdas
de mi corazon.
A Jerez, etc.

VI.

Ven, y en mi caballo
la tierra traspon,
y al mundo y los hombres
dejemos los dos:
tu sitio es la gloria,
mi gloria es tu amor,
y si tú me quieres,
¿qué mas quiero yo...?
A Jerez, etc.

VII.

Vámonos por esos
desiertos de Dios,
que si el agua falta,
y es mucho el calor,
de mi lábio al tuyo
tendremos los dos,
diluvio de besos,
de abrazos, turbion.

A Jerez, mi cielo,
vámonos los dos,
tú, sobre mi potro,
y en tus brazos, yo.

UN AMOR EN TRES JORNADAS.

Primer mes.

Sea mi alma lo que usté quiera:
(dijo á su chula un torero).
Arrepuraiyamente
tengo yo, cariño, un génio
mas dulse que un alfeñique...
Si á usté dá golpe el jaleo,
escuaérnese, mi reyna,
hasta que yo diga, güeno.
¿Quiée usté una saya?—la prata.
¿Una peineta...?—el dinero;
que pá eso este gachon
lo aviyela (1) y no es gayego.
Ni el que usté mire á un güen moso,
con ojos saragateros,
me importa seis marandises...
Lo dicho, dicho: mi génio
es mas suave que una malva
y usté manda y yo obeesco.

Segundo mes.

—Aspasio, mi prenda, aspasio,
tome en el peir risueyo.
¿Otra saya?—Vaya en gracia.
¿Otra peineta?—Con tiento...
¿Sabe usté si é pesos duros
tengo cosecha, salero?...
¡Y despues, pá que la taifa (2)

(1) Aviyelar: tener.
(2) Reunion de pillos.

ande royendo mis güesos,
sobre si gasto ó no gasto,
sobre si tomo ó si dejo!
¡La verdá, lus de mis ojos,
güeno se estará los güeno,
mas me jase poca grasia,
que ande usté siempre é bureo,
dando á los puros, jariya, (1),
y á mi presoniya, selos!»

Tercer mes.

—Hasta aquí yegó y ná mas:
güeso fuera ó carne aentro,
que ni gusto é templar gaitas,
ni este mi bendito genio
se acomoa fasilmente,
á tanta groma y jaleo
como ese cuerpo le píe...
Si á usté la priva, mi dueño,
una peineta cáa dia,
y un güen vistío cáa creo,
y un quiribó (2) cáa minuto
que la aquere (3) chicoleos,
güsque otro moso mu blanco,
porque este moso mu negro
por la puerta vá á la caye,
si que hayga chispita é mieo,
que güelva pá atras la cara
hasta el vaye de los muertos.»

(1) Dando conversacion á los viejos ó tontos.
(2) Mozo.
(3) Diga.

RECETA PARA HACER SANTAS.

En una reunion de viejas,
de aquellas que allá en su tiempo,
no le escupían á un buen mozo
ni ascos hacian á un requiebro;
de vuelta de una *novena*
en que un orador severo
designado habia las sendas
distintas que van al cielo;
ante una mesa cargada
de helados y dulces secos,
y tomando un chocolate
que un prior tendría por bueno,
discurrían las señoras
sobre el camino mas cierto
de dar al Señor el alma,
despues de negarle el cuerpo.
—Lo mejor es, gritó una,
(y que era muy fea por cierto)
hacer la cruz á los hombres,
y en un gato ó en un perro
poner todo su cariño,
y partir tranquilo el tiempo
entre lavarle las lanas
y rezar diez Padre-nuestros.
—Para eso, (repuso otra
que tres veces tomó dueño)
lo mas acertado fuera
dejar el mundo; á un convento
retirarse, y no tener
más trato ni más consuelo
que el del padre confesor,
ni mas entretenimiento.
que vestir niños de cera

y hacer dulces ó buñuelos.
—Todas ustedes no saben,
señoras, por lo que entiendo,
en materia de salvarse
dónde está su brazo izquierdo:
(dijo una vieja que habia
callado hasta aquel momento).
Gozar del mundo y subir
luego á gozar del Eterno,
es lo mas fácil del mundo,
si atencion ponen en ello.
¿No dicen los Santos Padres,
inspirados por Dios mesmo,
que siete veces al dia
peca un justo por lo menos?
Pues las que quieran tomar
del Señor al lado asiento,
siempre que las tiente el diablo,
y no puedan poner freno
á antojos, que por pecados
entre cristianos tenemos,
no tienen más que abstenerse
de violar otros preceptos,
aquel dia, del decálogo;
y en quedándose en el sesto,
como al sétimo no lleguen
de sus pecados, el cuento
de justos aumentarán
é irán derechas al cielo.

LOS DERECHOS.

De un pueblo de ochenta casas
alcalde y juez fué nombrado,
un médico sin visitas
en política fanático.
Y en cuanto empuñó la vara,
escribió y publicó un bando,
de sus principios políticos
reflejo, y del pueblo pasmo.
«Los derechos, los derechos
»son para mí los mas caros.
»¡Ay del que no los respete!
»¡Ay del que intente atacarlos!
»Vengan á mí los que sufran
»entuertos, que á enderezarlos
»me comprometo: ninguno
»los sufrirá si yo mando.
»Todos han de andar derechos
»mientras yo tenga en la mano
»la vara de la justicia:»
Dijo, pero el pueblo bárbaro
no lo comprendió, y su casa
llenóse de jorobados.

LA ÚLTIMA DESGRACIA.

A la puerta de iglesia
del barrio de San Bernardo,
estramuros de Sevilla
del matadero cercano,
número inmenso de gente
se apiñaba voces dando.
—¿Quién había de decirlo?
—¿Quién lo hubiera imaginado?
—¡Qué desdicha!
—¿Y para esto
una madre cría un muchacho?
—No se ven mas que desgracias.
—¡Dios lo coja confesado!
decían; y ante estas voces,
de un lado para otro lado,
iban hombres y mujeres,
corrían perros, corrian gatos,
y se cerraban las puertas,
y acudían jadeando
celadores y alguaciles,
temiendo un funesto caso.
—¡Qué desgracia! repetian.
—¿Pero qué es lo que ha pasado?
(preguntó uno). ¿Le han muerto
á algun infeliz de un palo?
¿O se le ha hundido la casa?
¿O perdió padres y hermanos?
—No, dijeron, que es mayor
su desdicha... ¡Se ha casado!

LA PESCA DE ANGUILAS.

Al prior de la Cartuja
de Granada, que tenía
por las anguilas delirio,
regalaron diez anguilas.
Queriendo él solo comerselas,
y no pudiendo en un día
despacharlas, y temiendo
que se pusieran podridas,
á cada anguila pasó
la agalla con una guita,
y ató luego los cordeles
todos á la barandilla
del balcon, que de su celda
sobre la huerta caía;
para que el viento alejase
la putrefaccion temida.
Observáronlo dos legos,
y pensaron que podrían
dar á las anguilas salto,
en tanto que el prior iba
de noche al coro; mas fueron
sus señas tan espresivas,
que, aunque hablaron por lo bajo,
cayó el prior en malicia.
Y aquella noche, en lugar
de ir al coro, cual debía,
fingióse malo y se puso
firme á esperar la embestida.
Y esta no tardó en llegar.
Luego que empezó la antífona,
á la huerta los dos legos
bajaron, y una cerilla
colocando en una caña,

y elevándola encendida,
se propusieron quemar
las cuerdas de que pendían
las anguilas, y cogerlas
una á una, y á medida
que quemados los cordeles,
del balcon se desprendian.
Cual lo pensaron lo hicieron;
y veinte veces distintas
á las guitas arrimaron
las cerillas encendidas;
mas todas con tal desgracia,
que jamás quemar querían
los cordeles, sin que el aire
apagase las cerillas;
y era que el prior estaba
detrás de la celosía,
y al subir la luz, de un soplo
tornaba el fuego en ceniza.
Atribuían los legos
al viento la fechuría,
y en su intento no cejaban;
y otra, y otra vez subian
la caña; pero otras ciento
soplaba el prior de prisa,
y á las cuerdas no llegaban
de que el pescado pendía.
Compadecióse el prior
al cabo de las fatigas
inútiles de los legos,
y abriendo la celosía
de pronto, y apareciendo
ante su asombrada vista,
les dijo:—Con estos vientos
nunca se pescan anguilas.

AGUA AL PADRE...

Llamó un fraile á un melonero
de los que vendiendo andan
por las calles de Sevilla,
mas que melon, calabaza.
Hízose el ajuste pronto;
mas fué condicion fijada,
que si calado el melon
al fraile no le gustaba,
por falta de dulce ú otra
menos disculpable falta,
el melonero tendría
que quedarse con la maula.
Y dicho y hecho: sacó
el regaton su navaja,
buscó el mejor sitio, y zás,
sacó una media tajada,
y cortando por lo bajo,
casi á raiz de la cáscara,
y haciendole luego encima
perpendiculares rajas,
levantando con la punta
de su cuchillo una cala,
la presentó al reverendo
y este se la echó á la panza.
Mas fué en mal hora, que el padre
la hubo de hallar tan amarga
que por poco echa y vomita
tras del melon las entrañas.
Alborotóse la gente,
pronto entendiendo la causa
de aquella dolencia, pero

gritó el melonero:
—Calma,
señores, no hay que asustarse:
agua al padrecitó, agua,
que esto es que su Reverencia
con el dulce se empalaga.

LAS TENTACIONES.

Era Inés una doncella,
de un pudor tan estremado,
que si á picarla en el cuello
llegaba un mosquito ó tábano,
corría, al punto á confesarse,
por si era el mosquito macho;
y ella ni de los mosquitos
aguantaba picotazos.
Sucedió que un dia á la iglesia
fué á escuchar á un Trinitario,
varon de santa elocuencia,
que era en el púlpito pasmo.
—No es posible, decia este,
que pueda el género humano
resistir las tentaciones
con que le acomete el diablo;
y en este trance terrible,
¿qué debe hacer el cristiano?
entre malo y malo, siempre
escoger lo menos malo.
No echó Inés en saco roto
la opinion, ni el corolario
del orador, proponiéndose
todo en su día aprovecharlo.
Un estudiante atrevido
siempre que la hallaba al paso,
la pellizcaba, y la niña
llamaba á Dios y á los santos.
Pero mas que los pellizcos
de aquel travieso muchacho,
daba á la doncella apuros
el ardor desenfrenado
que ella sentía por el lujo

en casas, coches y trapos.
Ver un vestido precioso
sin tener para comprarlo,
la hacía perder la cabeza,
la hacia prorumpir en llanto.
—Esto es que el diablo me tienta,
dijo Inés, y si no hallo
en el amor mi defensa,
me doy por el lujo al diablo.
Dos enemigos del alma
me acosan... y en este caso,
¿hácia dónde he de inclinarme?
bien lo dijo el Trinitario.»
Y se inclinó hasta caerse,
por los efectos juzgando;
porque el primer dia que Inés
se acercó al confesonario,
se oyó al confesor decir:
—¡Niña, no comprendo el cambio!
¡usted, antes tan modesta,
sufrir pellizcos de un zángano!
Inés que pecado había,
si se quiere, por mal cálculo,
golpes dándose en el pecho,
dijo al confesor llorando:
—Yo aguantarlo no quería;
pero el enemigo malo
con el lujo me tentaba
sin darme jamás descanso;
mientras que el otro, el chiquillo,
tan solo de vez en cuando
me pellizcaba; conqué,
viéndome puesta en el caso
de dar oido al demonio,
ó á un mancebo, al fin cristiano,
tentacion por tentacion
yo escogí lo menos malo.

POR SI ACASO...

Yo conocí á dos beatas
mas viejas que los demonios,
siempre del confesonario
andando al comulgatorio.
De tan rígidos principios
eran y tan pudorosos,
que á San Juan ponian calzones
y á la Magdalena gorro.
Si topaban con un hombre,
por casualidad, los ojos
cerraban y un ¡Dios me asista!
lanzaban juntas y en coro.
Pero llegó el caso horrible
en que uno de estos pimpollos
de castidad, de la muerte
se halló en el trance forzoso,
y su hermana, no olvidando
nada para su reposo,
se acercó y la dijo:
—Hermana,
¿Si mueres, palma te pongo?
Entonces la moribunda,
abrió espantada los ojos
y contestó:
—*Por si acaso*
no la pongas: es mas cómodo,
y no estoy para pensar
ahora en esos negocios.

SIMILIA SIMILIBUS.

Un cuarenton rico y loco
cayó enfermo, y á curarlo,
tras de mil esperimentos,
vino un doctor homeopático.
Halló el médico al paciente
mas triste y desengañado
de lo que hacían esperar
sus dolencias y sus años.
Preguntó al ama de llaves
cuanto se usa en tales casos,
y despues de haberla oido
dió inexorable su fallo.
—Lo que usted mas necesita,
que medicinas y emplastos,
(dijo el médico al enfermo)
son afectos, son cuidados;
vida tranquila, arreglada,
muchos mimos, muchos caldos,
mujer *jóven* que le cuide,
que harto habrá usté loqueado:
y si usted quiere salud
no la pida al herbolario,
sino á una inocente *niña*
que haga un altar de su tálamo.
El ama que atentamente
había al médico escuchado,
se apresuró á contestar:
—Ese remedio es ya en vano.
Dos veces casado estuvo
mi señor, y hace seis años,
que yo á sus menores gustos
atiendo, como á un hermano.
—Con todo, (dijo el enfermo,

fuerzas del alma sacando),
eso era cuando al curarme
seguí el sistema alopático;
es decir, que á grandes dósis
todo lo tomaba incauto,
mujeres de edad provecta,
y por botellas el láudano.
Ya que el doctor cree preciso
otro sistema, veamos
si una mujer homeopática,
es decir, de pocos años,
cura los males añejos
que otras viejas me han causado;
que aquesto será: *similia*
per similibus curantur.

LA VIUDA.

Falleció un recien casado
de repente, y la viüda
revelaba con mil ayes
de su corazon la angustia.
—¡Ya para mí no hay consuelo!
decía á las personas muchas,
que fueron á darla el pésame
despues que al otro la tumba.
De tanto dolor prendado,
uno de la *turba multa*
de amigos, que en casos tales
consuelan á las viudas,
resolvió ofrecer su mano
á la que pruebas tan puras
daba de su amor inmenso,
y de su constancia suma;
pero temiendo que á otro
picara la misma pulga,
y que por andar mas listo
le robara su ventura,
aguardó á que se marchasen
las personas, que una á una,
y en voz baja consolaban
en su pena á la viuda,
y dijo:—antes que la mia
no ha de haber ninguna súplica.
Y en cuanto quedaron solos
así estendió la minuta:
—Señora, impresion tan grande
siento al mirar su amargura,
que de su feliz esposo
ser quiero edicion segunda.
Usted me dirá, que está

caliente aun la sepultura
de su amado, que esta tarde
marchó á su morada última;
pero el temor que me asalta
de que acepte la coyunda
de otro mortal, á pedirla
mano de esposa hoy me impulsa.
—Pues amigo, siento mucho
(le contestó la viüda)
que haya usted llegado tarde.
—¡Tarde! esclamó el sin ventura.
¿Tarde, y de enterrar venimos
al que del cielo disfruta?
¿Tarde, y solo usted ha oido
el pésame de esa turba?
—Pues uno de ella me ha dicho
que hablarme quiere ante el cura;
y yo *amen* le he contestado
para no andar en disputas...
Pero no se desconsuele,
que si este baja á la tumba,
de la primera vacante
yo le ofrezco la resulta.

LAS BENDICIONES.

Por senda y causa distintas
á un ventorrillo llegaron,
al anochecer tres frailes,
dos arrieros, y un majo.
De cenar los seis pidieron,
y hacerlo juntos pensaron
por ser la provision poca,
y al hambre engañar charlando.
Convenidos, el ventero
sacó la cena y un palmo
se abrieron los doce ojos
ante la vista del plato.
Tres éticos palominos
nadaban en negro caldo;
y el pan no andaba abundante;
y eran seis los convidados.
Hubo un instante terrible
de silencio; pero, al cabo
se levantó un reverendo,
cual si estuviese inspirado,
y echando atrás la capilla
y el hábito arremangando,
con voz grave, y estendiendo
sobre la fuente la mano,
dijo: —«En el nombre del Padre»;
y echó á un palomino el gancho.
—«Pues, en el nombre del hijo»,
rezó otro fraile, pescando
al segundo palomino,
y trayéndolo á su plato;
y el tercer fraile ya iba
á echar bendicion y mano
al palomino postrero,

cuando arrojando un—¡Ca... nasto!
que se oyó á las veinte leguas,
pegó el jaque un puñetazo
en la mesa, y gritó:
—A quien
toque al Espíritu Santo
lo hago yesca, que yo soy
muy devoto de ese pájaro,
y naide tiene derecho
sino yo para enjaularlo

EL AMBIDIESTRO.

Para salir á campaña
pidió un gitano dos sables.
—¿Para qué? le preguntaron.
—La esplicacion, dijo, es fácil:
cuando mi mano derecha
con uno franceses mate,
¿si otro sable no me diñan,
mi mano izquierda qué jace?

LA FERIA DE MAIRENA (1).

I.

Allí donde la hermosura
tiene su asiento, y campea
con la gracia sevillana,
la sandunga macarena;
Allí donde las mujeres,
ya sean rubias, ya sean negras,
tienen mas fuego en los ojos
que el sol tiene y las estrellas;
Donde un guarda-piés airoso
levanta mas polvareda,
que un escuadron de á caballo
y una descarga de á ochenta;
Donde la Vírgen Santísima,
despues de rodar mil leguas
desde Oriente hasta Occidente,
dijo en fin, «esta es mi tierra»;
Allí levanta Sevilla
sus muros de tosca piedra,
mas que la miseria negros,
mas viejos que la Cuaresma.
Ostente Madrid las galas
y el fausto de su grandeza;
Barcelona sus talleres,
y sus jardines Valencia;
Que en la hermosa Andalucía,
Sevilla orgullosa ostenta,
para dar envidia al mundo,
la hermosura de sus ferias.

(1) Este romance fué escrito en 1846 cuando todavía no se habia establecido la feria de Sevilla, que por preceder á la de Mairena y por otras circunstancias, ha quitado á esta última casi toda su importancia.

II.

Ved cómo en tropel cien majos,
sobre jerezanas yeguas
que dejan atrás al viento
y apenas rozan la tierra;
Con una mano en la brida
y otra mano en la cadera,
por los caños de Carmona,
salen, cruzan y se alejan.
Ved y envidiad, pecadores,
la sin par omnipotencia
con que una moza de rumbo,
retozona y sandunguera,
Junto al cacho de su alma,
zapatero por mas señas,
sobre un calesin sentada
se cimbra y se contonea.
Ved al rico mayorazgo
sentado en la pesebrera,
que el tiro de seis caballos
de su barrocho (1) gobierna.
Y ved, en fin, al chochero,
y al vendedor de mistela,
y al aguador, y al borracho,
y al chico de la candela;
Y á los hombres que murmuran,
y á las mujeres que enredan,
y al pueblo entero que goza,
grita, suda y se jalea.
A Mairena vá Sevilla
en cuerpo y alma, y sin cuenta
brota el camino peones,
ginetes y carretelas.
Tras de un coche con seis mulas

(1) Nombre que se dá á carruaje propio del país.

se desboca una calesa,
tras la calesa un caballo,
y un burro tras de una yegua.
A Mairena vá Sevilla;
mal dicho, la Europa entera
vá á Mairena, porque nada
comparable es con Mairena.

III.

Del ancho *Real* ocupan
las próximas eminencias,
grandes piaras de bueyes,
lechones, potros y ovejas.
Y en cada piara vénse
que entre el ganado descuellan,
ganaderos y tratantes,
montados sobre sus yeguas;
Y al rededor del ganado
corredores que dan vueltas,
solicitando marchantes
para despachar la hacienda.
Y entre bestias y entre mozas
sério un inglés se pasea,
con frac negro, roja faja,
corbata á la marinera.
Larga chivata en la mano,
y de lado, en la cabeza,
negro sombrero de alcuza
sobre sus rojas melenas;
Y aquí y allá sobra gente
caballista y bullanguera,
que mete espuela á los jacos,
y hace con los jacos piernas.
Y quién alaba los remos
de un bicho, y quién lo desprecia;
quién apuesta, y quién responde
con su dinero á la apuesta.

—Veinte doblones de á cuatro
por el tordo.
—Esas monedas
aquí están contra mi potro
castaño, y viva quien venza.
Sigue á la apuesta el juicio,
y al triunfo la borrachera,
y al vino los navajazos,
y al navajazo la trena.
Todo es confusion, y todo
baladronadas, pendencias,
palos, gritos, risa, llanto,
bendiciones y anatemas.

IV.

Una vieja desdentada,
gitana, á mas de ser vieja,
dice la *buena ventura*
á una muchacha trigueña.
—Cara de cielo (principia),
naciste en hermosa estrella.
¡Ay, rosa del paraiso,
cuántos placeres te esperan!
Te casarás con un mozo
de muchísimas pesetas,
rubio, si te gustan rubios,
negro, si negros te petan.
Parirás cuatro chavales,
tres varones y una hembra,
que ha de ser, como su madre,
mas hermosa que las perlas.
Tendrás una enfermedad
despues de cumplir cuarenta;
y, si te embarcas, procura
que no sea en luna llena.
Permita la Vírgen pura
que ningun perro te muerda.

que no te hagan mal de ojo,
ni jamás llegues á vieja.
Así la astuta gitana
da punto y fin á su arenga,
cuando un mozo á la chiquilla
calladamente se acerca.
—¿Quiere usté, prenda, la dice,
que mi personíta sea
la que haga bueno el pronóstico
de ese carcamal?
—Se aprecia.
—No esquive usted mis miradas,
que esos ojos rayos echan,
y, aun cerrados, me achicharran
del pecho las entretelas.
¿Ignora usted que en mí tiene
un alma que vive en pena,
y que no quiere otro cielo
que el cielo que usted la ofrezca?
Quiérame usted, y que el mundo
se hunda sobre mi cabeza;
para pagar tanta dicha
no es nada la vida eterna.
Oígame usted sin desdenes,
que por mi casa, morena,
se juega limpio... Si sirven
veinte y cinco primaveras,
Diez bestias en el camino
y una casa en Castilleja;
prontito y claro; si gusto,
corriente, y si nó, nagencia.
Y la muchacha, vencida
de razones, como aquesta,
toma el brazo, y monta el potro
del gachon que la requiebra.

V.

Vengan á Mairena y digan,
cuantos entienden de ferias,
si hay feria mas animada
ni en el mundo otro Mairena.
Unos, aquí de buñuelos
se atracan sobre una estera;
y otros allá se emborrachan,
y otros acullá meriendan.
Y otros gritan, y otros votan,
y otros cantan, y otros juegan
el valor de sus ganados,
y el alma, si hay quien la quiera.
Y otros á vender se atienen,
y otros en comprar se emplean,
y otros roban, y otros andan
de retozo con las hembras.
Y los vendedores gritan:
—¿Quién compra avellanas frescas?
—¡A las pasas moscateles!
—¡Tortillas y biscotelas!
Y en un corro de chalanes
dos gitanos se hacen lenguas,
sobre las prendas de un jaco,
con muermo, cojo y sin muelas.
Y salta á su lomo un chico
medio encueros, le espolea,
y el jaco sale brincando,
y al pueblo entero atropella.
. . . .
Antesala de los cielos,
gloria del mundo, Mairena,
¿por qué tu feria se acaba
casi al tiempo que comienza?
¿Por qué tus contados dias
no se prolongan siquiera,

hasta que las ranas bailen
mollares con castañuelas?
¡Mas ay, que solo en el mundo
duran del hombre las penas,
y son tus placeres muchos
para que durables sean!

. . . .

Adios, Mairena; ninguno
sin verte á esperar se atreva
verle á Jesus los bigotes,
ni alcanzar la gloria eterna.
Porque es tu feria el camino
de los cielos, y en la tierra
ni hay feria mas animada,
no en el mundo otro Mairena.

EL GITANO Y LAS ANIMAS.

Pidiendo para las ánimas
gritaba un fraile afanoso:
—Quien eche dos cuartos, saca
un alma del purgatorio.
Se acercó al fraile un gitano,
y echando tras de un responso
los dos cuartos, preguntó:
—¿Habrá salío ya del jorno?
—Sin duda.
—En ese caso,
padre, mi monea cojo,
(dijo el gitano metiendo
los dos cuartos en su bolso);
Pues ya salió, no ha de ser
Dios tan cruel, ni él tan tonto,
que de grado ni por fuerza
á entrar vuelva al purgatorio.

LAS TRES MARIAS.

Un borracho á su mujer
de contínuo solfeaba,
y ella hundía la casa á gritos,
quitando al barrio la calma.
Una vez compadecidas
tres vecinas, de las ánsias
que hacía sufrir el borracho
á su prenda idolatrada,
á la mujer propusieron
que en manos de ellas dejara
la curacion de sus males
y del borracho las mañas.
—Para que aquesto se logre,
señora vecina, basta
que usted nos deje escondernos
dentro de su misma estancia,
y que en cuanto su marido
alce contra usted la vara,
se ponga usted á gritar:
—«Las tres Marías me valgan».
Como se pensó se hizo;
y en cuanto cogió la tranca
la vez primera el borracho
para zurrar la badana
á su mujer, y esta dijo;
«Las tres Marías me valgan»;
salieron de bajo el catre
las tres vecinas, armadas
de garrotes y cubiertas
con los pañuelos las caras,
y dieron sobre el borracho
con tales fuerzas y ganas,
que le pusieron el cuerpo

tan blando como unas gachas.
Con los trancazos y el vino
fué operacion necesaria
que al borracho le llevasen
tras la paliza á la cama;
mas lo que reir hacía
á sus verdugos con faldas,
era que, á guiso de rezo,
y cual si se encomendara
á algun santo, repetía
el borracho entre las bascas
del vino y de los dolores:
—¡Mujercita de mi alma,
bendita, bendita seas
que así á tu marido lo amas!
Tanto y tanto la bendijo,
que la mujer entró en ganas
de saber por qué el borracho
de bendiciones la hartaba;
y él contestó entre suspiros:
—Mira, mujer, te doy gracias
de que solo en tus apuros
á las tres Marías llamaras,
porque si aquellas me han puesto
hecho, cual ves, una lástima,
si á las once mil doncellas
acudes, y estas te amparan,
no me queda un trozo sano
ni en el cuerpo ni en el alma.

EL DESCONOCIDO.

Era costumbre en un pueblo,
á Portugal fronterizo,
vestir en Semana Santa
espléndidamente á Cristo,
y poniéndolo detrás
de un velo al altar corrido,
rasgar el velo y mostrarlo
al final de *los oficios*.
Por carecer de una efigie
decente de Jesucristo,
al Señor representaba
sobre el altar un chiquillo
del sacristan, que vestian
con trajes pobres ó ricos,
segun era el mayordomo,
un ricachon ó un perdido.
En el año de mi cuento,
sucedió que el diablo quiso
que fuese un viejo soldado
el mayordomo del Cristo:
y, no teniendo otras prendas,
puso bigotes postizos
al Señor, y charreteras,
y espadin de acero al cinto,
y cartuchera y peluca:
y así disfrazado y listo
al muchacho colocó
detrás de un velo tupido,
con órden de que estuviese
quieto, callado y tranquilo,
cuando el cura reclamara
su presentacion á gritos,
y el velo que lo cubria

quitara su padre mismo.
 Predicó de la pasion
el padre cura, y con vivos
colores pintó la muerte
de Jesus al pueblo pio;
y esclamó:
 —Tantos dolores,
tantos horribles martirios
sufrir los judíos hicieron
á nuestro Dios amantísimo,
que quien le vió entrar triunfante
entre palmas el domingo,
y el viernes lo contemplara,
no lo hubiera conocido.
¡Mirad, si nó, cuál le han puesto,
cristianos, sus enemigos!
Miradlo...
 Y el sacristan,
de su papel instruido,
descorrió de pronto el velo.
Pero el orador que visto
no había el disfraz del muchacho,
continuó embebecido
con su discurso:
 —¡Miradle!
¿Quién le conoce? Decidlo.
—Ni su madre lo conoce,
ni yo que soy su padrino,
(contestó un majo); y la Vírgen,
que le saliera al camino
y lo viera en esa facha,
no conociera á su hijo.

LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

Frente al puente de Triana
predicaba un capuchino,
ante un inmenso concurso,
sobre el malecon subido.
Desgañitábase el fraile
de la embriaguez contra el vicio,
en el punto en que se habian
al santo auditorio unido
dos hombres, que por sus capas,
arrastrando y su tufillo,
más parecian devotos
de botas, que no de Cristo.
Seguía el fraile con su tema,
y ensordecía con gritos
los aires, diciendo:
—Esos
que no educan á sus hijos,
que apalean á sus mujeres,
son esos hombres perdidos
que pasan en las tabernas
la vida, dándose al vino.
Así se espresaba el padre,
y como, al lanzar bufidos
contra la embriaguez, volviera
la cara á los dos mosquitos,
tirándole de la capa,
el uno al otro, le dijo:
—Compare, agáchese usté;
porque el pare habla de fijo
por nosotros; con que vámonos,
que aquí nos han conocío.

LA DEVOTA.

Una beata sentía
hácia el sacristan del pueblo,
que era un mancebo robusto,
un amor flaco en estremo.
Reprendíala su madre,
y al fin, gracias al empleo
de pellizcos y azotainas,
á tanto amor puso freno.
Pero un dia que el sacristan
fué á encender los candeleros
de un santo Cristo, y quedóse
sobre el altar un momento:
la beata que lo vió,
esclamó con tierno acento,
los ojos puestos en blanco
é hiriendo á golpes su pecho:
—¡Ay, Señor! ¿cuándo contigo
me iré á gozar de los cielos?

EL HERMANO DE LA POSMA.

En los tiempos en que era
pan nuestro de cada dia,
á las siete el desayuno,
y al medio dia la comida,
y á las cinco de la tarde
de chocolate la jícara,
y antes de las nueve irse
al lecho con su costilla;
en aquel tiempo en que otras
novedades nunca había,
que el sermon que predicaba
fray Ambrosio á Santa Rita,
ó en palacio un besamanos,
ó el valor que en la corrida
de toros habían mostrado
Costillares y Sevilla;
cuando España otros partidos
contaba ni conocía,
que el de la Vírgen de abajo
contra la Vírgen de arriba,
fundaron nuestros abuelos,
echando el asunto á risa,
de la hermandad de la Posma
la olvidada cofradía.

Para profesar de hermano
en esta hermandad, tenían
los aspirantes que dar
prueba, solemne y cumplida,
de gastar sangre de plomo
y asadura de cien libras,
demostrándolo con hechos
que saltaran á la vista.
Y era preciso, por tanto,
probar que vivido habían

veinte años con vieja suegra
sin dividirle la crisma.
O haber pasado, aguardando
á un amigo en una esquina
cinco horas; ó no correr
si un buey les acometía,
ó acostarse y levantarse
diez años á la hora misma,
ú otras cosas semejantes
de un hombre de calma dignas.
Tenía la hermandad por sello
una gran jaula en que había
con grillos un elefante,
y esta letra por encima:
«No sea que vuele», en un lazo
de cinta aplomada escrita.
Este prefacio que algunos
supondrán digno de crítica,
verán que es indispensable,
si no han de creer mentira
el *cuento* que á contar voy,
y que es verdad pura y limpia.
Una noche de diciembre,
que en la catedral morisca
de Sevilla se cantaban
maitines, de ella salia;
en medio de un torbellino
de agua y de piedras de á libra;
un escribano, el mayor
posma que albergó Sevilla.
Quiso saltar el arroyo,
no en verdad con mucha prisa,
pero con tan poco tino
tomó el hombre sus medidas,
que ¡paf! del arroyo en medio
vino á caer panza arriba.
Del uno y del otro lado
hubo gentes compasivas,

que acudieron á sacarle
de su posicion supina.
Pero él, á todos haciendo
con la mano y con la vista
señal de que lo dejasen,
alzó sin pena y sin grima
la cabeza, y se sentó
sobre la corriente misma;
sin reparar que á torrentes
agua le arrojaba encima
de la calva, un canalon
desde una azotea vecina.
—¡Quietos! ¡quietos! nuestro héroe
dijo á cuantos pretendían
levantarle; y sin quitarse
del agua que lo envolvía,
sacó la caja, tomó
de rapé presa no chica,
sorbióla, sacó el pañuelo,
sonóse, guardó en seguida
pañuelo y caja, y volviéndose
hácia aquellos que seguían
sus acciones asombrados,
así descifró el enigma:
—«¿No es cosa cierta, señores,
que peor que una caida
las recaidas ser suelen,
si con calma se examina?
Pues vamos poquito á poco,
paso á paso y pizca á pizca;
y aquel que ayudarme quiera,
que reze una Ave-maria,
y me encomiende á la Vírgen,
antes que la mano amiga
me tienda; que de otra suerte,
aquí he de aguardar al día,
para ver con la luz clara
si evito una recaida.»

EL NOVIO EN ACEITE.

Un arriero muy corto
tenia una hija muy larga,
y una vez que él fué al molino
ella metió al novio en casa.
Tranquilamente cenando
el mozo y la moza estaban,
cuando llegó el arriero
de aceite con una carga.
Llamó, y el galan buscando
modo de evitar palabras,
eligió para esconderse
el fondo de una tinaja.
Quiso aquella misma noche
el buen hombre que quedara
entinajado el aceite;
y no bastaron instancias,
ni ruegos, á convencerle
de que se fuera á la cama,
y dejase para el día
siguiente el echar la carga.
Como lo pensó lo hizo,
y al llegar á la tinaja
donde se hallaba escondido
el galan, tal rociada
de aceite le arrojó encima,
que el mozo sacó la gaita
de la tinaja, y de un brinco
se halló fuera de la casa.
El arriero pasmado
quedó, pero la muy sátrapa
de la muchacha esclamó,
alzando al cielo las palmas.
—¿Lo ha visto usted, señor padre?

Pues tan claro es como el agua
que ha venido en el aceite.
—Y él con la vista asombrada,
la respondió:
—Puede ser;
¡más, por Cristo y por mi alma,
que no sé cómo coló
por el embudo de lata!

LAS MANCHAS DEL PECADO.

Predicaba un reverendo
ante la junta de damas,
en la iglesia del Refugio,
frente al altar de las Animas;
y con mas fervor que letras,
con fé y candidez bien hartas,
al femenino auditorio
inculcó, media hora larga,
que aun los pecados mas leves,
si el amor tenían por causa,
marcábanse sobre el rostro
cada uno con una mancha.
Todas á un tiempo, soltaron
incrédulas carcajadas;
pero el caso es que al salir
del templo las mas beatas,
cuál quejándose del frio,
cuál del viento, cuál del agua,
todas salieron tapando
y retapando sus caras.
Y aun hubo cándida niña
que iba diciendo á su hermana:
—¡Desde que tuve viruelas
no se me quitan las manchas!

LA BUENA HERMANA.

Yo conocí una doncella
solterona y con bigotes,
que hacía alarde de tener
ódio implacable á los hombres;
con los que nunca (á creerla)
quiso guardar relaciones,
y mucho menos casarse,
porque eran á cual peores.
Esta doncella asistía
á su hermana en los atroces
dolores de un duro parto,
y esclamaba en tristes voces:
—¿Por qué no seré, Dios mio,
yo, quien sufra estos dolores?

OTRA MAGDALENA.



Una preceptora rígida
de un colegio de doncellas,
por haber mirado á un hombre
las puso por penitencia,
que cada una tenia
que imitar, semana y media,
las virtudes de una santa
de las que el mundo venera.
Obedientes las muchachas
prestáronse á la faena;
y cuando la preceptora,
de noche, celda por celda,
iba de todas notando
las austeras penitencias,
vió que eran sus educandas
ángeles mas que doncellas.
Al cuarto llegó no obstante
de una niña, y como oyera
dentro grandes carcajadas,
llamó indignada á la puerta.
Abrieron; mas de su asombro
juzgue el lector cuando entienda,
que halló adornada á la niña
con cuantos moños y prendas
pudo encontrar á la mano;
cargados brazos y orejas
de pulseras y pendientes;
la garganta descubierta,
y sobre un sofá tendida,
haciendo guiños y muecas
frente al espejo, y bebiendo
copitas de Valdepeñas.
—¿Qué es esto? ¡Dios de justicia!

gritó irritada la vieja.
—Cumplir lo que usté ha mandado,
dijo la incauta doncella.
De las santas, la que á mí
me gusta es la Magdalena,
y yo he resuelto imitarla
sin quitar ni poner letra.
Hoy me divierto, y mañana,
si persiste usté en su idea,
me retiraré al desierto
mas remoto de la tierra,
y por si el miedo me asalta
haré que conmigo venga
un primo mio, capitan
de la artillería ligera.

QUIEN LO HEREDA NO LO HURTA.

Casóse un galan de oro
con una niña de perlas,
y al ir la tercera noche
á dormir á su vivienda,
halló el marido á su esposa
de palique en la escalera
con un alférez, que habia
tenido tratos con ella.
Fué á quejarse al papá-suegro
de la muy poca vergüenza
de la niña; pero el padre
contestó al yerno con flema:
—¿Y eso te admira, inocente?
¡Al cabo tres noches buenas
tú has pasado con mi hija,
y la has hallado á la puerta
con un oficial hablando!...
¿Pues sabes que hizo la perra
de su madre y mi mujer,
que el diablo en sus garras tenga?
¡Que á las veinte y cuatro horas
de casada, en la alhacena
me escondió á un cabo de escuadra!
—¿Conque es decir?..
—Que si llegas,
yerno, á tener una hija,
y se casa, es cosa cierta
que su marido ha de hallar
cuando venga de la iglesia,
dentro de su misma alcoba
á un gastador ó un trompeta.

UN APAREJO REDONDO.

Vayan con dos mil demonios
los años que aun de vivir tengo,
si en brazos de una real hembra
no han de correr placenteros.
¡La gloria! ¡Buena es la gloria
para almas de canto y yeso!
Bueno es el oro, y el vino,
y el supremo poder, bueno.
Pero ¿dónde en este mundo,
ni en el otro, hay mas inmenso
placer, que el placer sin límites
de un amor loco, frenético?
¿De un amor que haga crugir
entre los brazos los huesos,
y en que besos y palabras
salgan del lábio revueltos?
Si amar es sufrir, suframos;
si es morir, la muerte anhelo;
si es dar el alma al demonio,
suyos son mi alma y mi cuerpo.
Pero es mentira: en sus alas
el amor nos lleva al cielo:
solo en el amor la gloria
comprender de Dios podemos.
Yo en la mujer, por lo mismo
miro á Dios, y á Dios venero,
y la traigo en mis entrañas,
y en lo mas hondo del pecho.
Mas nó de sedas vestida,
de encajes ni terciopelos,
vá la mujer que hoy me roba,
alma, vida y pensamiento.
Qne es una moza de á veinte,

alta, de color trigueño;
muy redonda de caderas,
muy levantada de pecho;
Con pelo negro y sedoso;
y con dos ojos de fuego,
donde encienden sus cigarros
cuantos pasan junto á ellos.
Y es, en fin, una real moza
de las que apellida el pueblo:
un aparejo redondo.
¡Y qué divino aparejo!
Sentada estaba á la puerta
de un ventorrillo comiendo,
y bailando, y repicando
por castañuelas los dedos;
Cuando una tarde la ví
junto al puente de Toledo,
dando tormento á los hombres
y envidia á los mismos cielos.
Verla, y quedarme prendado
de sus gracias fué un momento;
que es el amor trabucazo
que pega del alma en medio.
Y si el tiro lo disparan
dos ojos traidores, negros,
cuando con piedad no miran,
dejan al herido muerto.
Muerto quedé; pero á darme
vida nueva y nuevo aliento
vinieron sus dulces ojos,
mas que su lengua, parleros.
Y desde entonces la busco,
y soy feliz si la encuentro,
y por donde vá la sigo,
y por verla lloro y muero.
¿Qué vale una ilustre dama
de carmin cargada y yeso;
con algodones por carnes;

con puñales en los huesos;
  Pintada como retablo;
por solfa hablando y riendo;
y que al dar su amor parece
que lo mide y lo dá al peso;
  Si á compararla me pongo
con el cuerpo retrechero,
y con el alma y las gracias
de mi redondo aparejo?
  Sin mas adobos que el agua
que dan la fuente y el cielo;
por todo adorno llevando
una rosa en sus cabellos;
  Fresca, limpia y colorada,
salud y alegría vertiendo,
y amándome á puñetazos,
y devorándome á besos,
  Tiene la prenda que adoro,
pura el alma y sano el cuerpo;
y en mí los cinco sentidos
con que me idolatra, puestos.
  Por esto yo con fatigas
negras la quiero y requiero,
y la retequiero, ¡andando!
porque me lo pide el pecho.
  Busquen otros los salones
donde se chapurra el griego,
donde se come con guantes
y á donde se asiste en cueros;
  Y déjenme á mí la casa
cerquita del Mundo Nuevo,
donde la moza garbosa
que me abrasa con su aliento,
  Saca de las entretelas
de su corsé un dulce seco,
y lo parte con sus dientes,
y me dá, y se come medio.
  Busquen otros esas aves

de menos carne que pelo,
divinidades por fuera
y estátuas solo por dentro;
Que á mi me gustan las mozas
que al respirar echen fuego;
y al abrazar, crugir hagan
entre los brazos los huesos

INDICE.

Páginas.

Dedicatoria.. 7
A los toros!.. 9
El almacen de los Gerónimos........................ 17
Un contrabando...................................... 21
Andana.. 27
La noche en el melonar.............................. 29
Todos sargentos..................................... 33
La confesion del gitano............................. 35
El sermon á Santa Clara............................. 37
Un paseo por el rio................................. 39
El secreto.. 43
Lo dijo el médico................................... 45
Una curiosidad disculpable.......................... 47
El rocio.. 49
La muerte repentina................................. 55
El purgatorio....................................... 57
La fuerza de los pesares............................ 59
Bodas y entierros................................... 61
La cena indigesta................................... 71
¡Sea todo por dios!................................. 73
El pago del piso.................................... 75
Los tres medios..................................... 81
La boquita de verdades.............................. 83
El peladero de pava................................. 85
Una caida desgraciada............................... 91
La moda del paraiso................................. 93
La vista de las estrellas........................... 95
El baratero... 97
El barómetro.. 103
Lo mas querido...................................... 105
La ronda.. 107

El cómico y el torero.................................. 111
La noche de San Juan.................................. 113
Amor al projimo.................................. 123
La mejor muerte.................................. 125
La voz de las campanas.................................. 127
Un menudo en San Bernardo.................................. 129
La hormiguita.................................. 133
El vacío.................................. 135
La vocacion.................................. 137
El olor de santidad.................................. 139
La última caña.................................. 141
Pruebas de amor.................................. 145
El dia del Santo.................................. 149
Mala compañera.................................. 155
Despedida.................................. 157
Diego Corriente.................................. 161
La imprudencia de los niños.................................. 175
Torrijos.................................. 177
La merienda.................................. 185
La ronquera.................................. 189
El viudo.................................. 191
Un jaleo pobre.................................. 193
La vista gorda.................................. 199
La muerte del mochilero.................................. 203
Francisco Estéban.................................. 209
Cuestion de nombre.................................. 219
La política.................................. 221
El pecado del escándalo.................................. 223
La venta de los Gatos.................................. 225
La oveja descarriada.................................. 231
La mayor pena.................................. 233
El baile de palillos.................................. 235
Un buen oficio.................................. 239
¡Eche usted dioses!.................................. 241
Los misterios.................................. 243
El jaleo de Jerez.................................. 245
Un amor en tres jornadas.................................. 249
Receta para hacer Santas.................................. 251
Los derechos.................................. 253
La última desgracia.................................. 255
La pesca de anguilas.................................. 257
Agua al padre.................................. 259

Las tentaciones.................................... 261
Por si acaso.. 263
Similia similibus.................................. 265
La viuda.. 267
Las bendiciones.................................... 269
El ambidiestro..................................... 271
La feria de Mairena............................... 273
El gitano y las ánimas............................ 281
Las tres Marías.................................... 283
El desconocido..................................... 285
La voz de la conciencia........................... 287
La devota... 289
El hermano de la Posma............................ 291
El novio en aceite................................. 293
Las manchas del pecado............................ 297
La buena hermana.................................. 299
Otra Magdalena.................................... 301
Quien lo hereda no lo hurta....................... 303
Un aparejo redondo................................ 305

ERRATAS.

Este libro *debe* tener muchas. Hasta recordamos que en la cancion, El Jaleo de Jerez, dice en el segundo verso de la nota que sigue al estribillo: *que á ver el lector*: en lugar de: *que verá el lector*. Este y otros sapos y culebras habrá en la presente obra; pero el autor no tiene tiempo ni paciencia para volver á examinarla letra por letra. Quede pues como ha salido, y la indulgencia y la inteligencia del público remedien las faltas que el autor humildemente confiesa, y para las que de antemano pide perdon á sus lectores.

SE VENDE:

EN MADRID, En la librería de A. Duran, Carrera de San Gerónimo, núm. 2, y en la de L. Lopez, Cármen, 13.

Y en la administracion de *La Correspondencia de España*, Rubio 23, adonde dirigirán sus pedidos, acompañando su importe, los libreros y comisionados de las provincias.

EN PROVINCIAS. En las principales librerías.

Tambien recibirán la obra á vuelta de correo, los suscritores á *La Correspondencia* que lo pidan en carta franca al administrador de dicha *Correspondencia*, enviando al mismo tiempo 10 rs. en metálico ó en libranzas.

A los que paguen cuatro ejemplares al precio de 12 reales cada uno, se le darán cinco, y trece á los que satisfagan diez á dicho precio.

